

Boletín Oficial

OBISPADO DE OURENSE

AÑO CLXXII

Nº4

ABRIL 2009



NUESTRA PORTADA:

TESOROS DEL MUSEO DE LA CATEDRAL DE OURENSE

Cruz de azabache. Leon, año 1497.

Director: MANUEL EMILIO RODRÍGUEZ ÁLVAREZ

Redacción, administración y fotocomposición: OBISPADO DE OURENSE - Área Informática

Teléfono: 988 366 141

Impresión: ARIGRAF

Depósito Legal: OR-13/1958



Boletín Oficial del Obispado de Ourense

Año CLXXII	Abril 2009	Nº 4
------------	------------	------

SUMARIO

LA VOZ DEL PRELADO

Artículo para la revista de la Asociación de Belenistas de Ourense	501
Ante la visita de la Bendita Imagen de la Virgen de los Milagros a nuestra Ciudad de Ourense	504
Homilía del Sr. Obispo - Domingo de Ramos.....	506
Homilía del Sr. Obispo - Misa Crismal	510
Homilía del Sr. Obispo - Jueves Santo	518
Homilía del Sr. Obispo - Viernes Santo	523
Homilía del Sr. Obispo - Vigilia Pascual	528
Homilía del Sr. Obispo - Domingo de Pascua.....	533
Carta Pastoral de los obispos de la Provincia Eclesiástica con motivo de la Jornada Interdiocesana de Enseñanza Religiosa Escolar. Galicia 2009.....	537
Actividades del Sr. Obispo	540

IGLESIA DIOCESANA

Secretaría General	
Nombramientos y Defunciones.....	545
Vicaría de Pastoral	
Ante la visita de la Bendita Imagen de la Virgen de los Milagros a la ciudad de Ourense.....	547
Vicaría para el Clero	
Festa de San Juan de Ávila, padroeiro do Clero Español.....	548

IGLESIA EN ESPAÑA

Conferencia Episcopal Española	
XCII Asamblea Plenaria. 24 al 28 de abril. Discurso inaugural del Emmo. Sr. Cardenal Antonio M ^a Rouco Varela Arzobispo de Madrid y Presidente de la CEE	553
Palabras del Sr. Nuncio de Su Santidad en España, Excmo. y Rvdmo. Sr. D Manuel Monteiro de Castro .	564
La Diócesis de Toledo ha sido elegida como sede del Congreso Eucarístico Nacional que se celebrará en 2010	565
Mons. D. Juan Antonio Martínez Camino, reellegido Secretario General de la CEE	566
Nota de Prensa final de la XCII Asamblea Plenaria de la CEE	568
Nombramiento episcopal: Mons. Braulio Rodríguez Plaza, Arzobispo de Toledo.....	572

IGLESIA UNIVERSAL

Santo Padre Benedicto XVI	
Ángelus	577
Regina Caeli.....	579
Audiencias Generales.....	581
Cartas.....	593
Discursos.....	595
Homilías	609
Mensajes	637
Santa Sede	
Homilía del Cardenal, Tarcisio Bertone, durante el funera de las víctimas del terremoto en los Abruzos..	650
Carta con motivo de la Jornada Mundial de Oración por la Santificación de los sacerdotes	652

CRÓNICA DIOCESANA

Abril.....	663
------------	-----



LA VOZ DEL PRELADO

MENSAJES**Artículo para la revista de la Asociación de Belenistas de Ourense***Navidad regalo de vida y de esperanza*

Es justo y necesario y hermoso, si me dejáis comenzar como si se tratase de un festivo prefacio, que los cristianos, pero no sólo nosotros sino todos los hombres y mujeres de buen corazón, celebremos, vivamos, agradezcamos el misterio de la Navidad, la presencia de Dios en la Historia y por ello la más eficaz invitación a la paz, a la ternura, a la esperanza.

Parece suicida, pero, por desgracia, hay quienes así se comportan, eliminar la Navidad del horizonte de nuestras vidas. Si desde el punto de vista teológico sería una mutilación intolerable el hacerlo, también desde el punto de vista humano es un grave atentado a la serena felicidad de los hombres.

Si miramos nuestra propia historia, descubrimos que lo mejor de nuestros recuerdos, lo más imborrable de nuestros escarceos en los linderos de la felicidad, tiene paisaje de infancia y de Navidad.

La familia convocada, la liturgia tan festiva, los villancicos, los nacimientos son estaciones de nuestros mejores caminos de esperanza.

Por ello, como obispo quiero alentaros, queridos belenistas de Ourense a aportar con generoso esfuerzo, a

pesar de limitaciones presupuestarias o de incompreensiones o indiferencias, a que sigáis regalando a nuestra tierra el recuerdo y la luz de lo que significa Navidad, que sigáis alentando la colocación de los belenes como un capítulo precioso de evangelización que a todos los creyentes nos obliga.

Sí, quiero animaros y bendeciros, quiero estar a vuestro lado y daros las gracias como pastor de esta Iglesia por vuestro precioso don.

Sembrar Navidad es sembrar dicha, perdón, alegría, amor, la mejor solidaridad y la perfecta poesía que es brisa que necesita el alma para sobrevivir.

Sigo vuestras actividades, quisiera estar físicamente cerca de vuestros empeños, por ello acepto gustoso escribir estas breves líneas para la revista que, nacida hace algunos años, queréis revitalizar y difundir.

Cada Navidad procuro que, con mi felicitación, una representación navideña de las muchas del rico patrimonio de nuestra diócesis diga mi alegría y mi esperanza, mi gratitud a Dios por acompañarnos y mi plegaria por todos los hombres para que no borren de sus vidas el sendero que nos lleva desde la propia existencia al Portal de Belén, a

donde como dice un hermoso villancico, aunque no tengamos nada que llevar al Niño, no importa porque a Belén se va a buscar.

Vayamos pues a buscar, sobre todo que vuestra labor y vuestros empeño ayude a los Niños a crecer con el “pan bendito” de la Navidad y a todos nos entusiasme a ser defensores de la Vida y de la Verdad.

Queridos Belenistas, que este nuevo número de vuestra revista sea como un retazo de Navidad que abierto y leído en cualquier momento del año sirva para que la Navidad de a nuestras vidas un tono de feliz de paz y de amor.

Ourense, 13 de abril de 2009

+Luis Quinteiro Fiuza
Obispo de Ourense

Artigo para a revista da Asociación de Belenistas de Ourense

Nadal regalo de vida e de esperanza

É xusto e necesario e fermoso, se me deixades comezar como se se tratase dun festivo prefacio, que os cristiáns, pero non só nós senón tódolos homes e mulleres de bo corazón, celebremos, vivamos, agradezámo-lo misterio da Nadal, a presenza de Deus A historia e por elo a máis eficaz invitación á paz, á tenrura, á esperanza.

Asemella suicida, pero, por desgraza, hai quen así se comportan, elimina-la Nadal do horizonte das nosas vidas. Se dende o punto de vista teolóxico sería unha mutilación intolerable o lo face, tamén dende o punto de vista humano é un grave atentado a serena felicidade dos homes.

Se ollámo-la nosa propia historia, descubrimos que o mellor dos nosos lembranzas, o máis imborrable dos no-

sos escárceos nos lindeiros da felicidade, ten paisaxe de infancia e de Nadal.

A familia convocada, a liturxia tan festiva, os panxoliñas, os nacementos son estacións dos nosos mellores camiños de esperanza.

Por elo, como bispo quero vos alentar, queridos belenistas de Ourense a aportar con xeneroso esforzo, a pesar de limitacións presupostarias ou de incompreensións ou indiferenzas, a que sigades regalando á nosa terra o lembranza e a luz do que significa Nadal, que sigades alentando a colocación dos beléns como un capítulo precioso de evanxelización que a tódolos crentes obríganos.

Si, quero animarvos e bendicirvos, quero estar ó voso beira e vos da-las

grazas como pastor desta Igrexa polo voso precioso don.

Sementar Nadal é sementar dita, perdón, ledicia, amor, a mellor solidariedade e a perfecta poesía que é brisa que precisa o alma para sobrevivir.

Sigo as vosas actividades, quixese estar fisicamente preto dos vosos empeños, por elo acepto gustoso escribir estas breves liñas para a revista que, nada fai algúns anos, queredes revitalizar e difundir.

Cada Nadal procuro que, coa miña felicitación, unha representación do nadala das moitas do rico patrimonio da nosa diocese diga a miña ledicia e a miña esperanza, a miña gratitude a Deus por nos acompañar e a miña pregaría por tódolos homes para que non borren das súas vidas o carreiro que nos

leva dende a propia existencia ó Portal de Belén, a onde como di unha fermosa panxoliña, aínda que non teñamos nada que levar ó Neno, non importa porque a Belén vaise buscar.

Vaiamos pois a procurar, sobre todo que a vosa labor e os vosos empeño axude ós Nenos a medrar co “pan bendito” da Nadal e a todos nos entusiasme a ser defensores da Vida e da Verdade.

Queridos Belenistas, que este novo número da vosa revista sexa como un retazo de Nadal que aberto e lido en calquera momento do ano sirva para que a Nadal de ás nosas vidas un ton de feliz de paz e de amor.

Ourense, 13 de abril de 2009

+Luís Quinteiro Fiuza
Bispo de Ourense

Ante la visita de la Bendita Imagen de la Virgen de los Milagros a nuestra Ciudad de Ourense

Muy estimados hermanos:

Con inmenso gozo quiero comunicaros una gran noticia: “el día 1 de mayo viene a visitar nuestra ciudad la Bendita Imagen de Nuestra Señora de los Milagros de Baños de Molgas”.

Como a vosotros, también a mí me embarga una profunda emoción. ¡Cuántas veces nos ha acogido en su Santuario de los Milagros a todos los ourensanos! Ella ha guiado con amor materno nuestros trabajos pastorales; Ella ha acogido nuestras súplicas personales, familiares y eclesiales; Ella ha sido estímulo en nuestras convivencias, en nuestros ejercicios espirituales, en nuestras peregrinaciones; Ella ha sonreído en nuestras bodas, celebradas bajo su amparo. Cada año, en la romería de septiembre, bendice nuestra diócesis con miles de gracias; cada fin de semana, cada domingo, nos escucha en confianza y es nuestra portavoz ante Cristo su Hijo.

Como Padre y Pastor quiero pedir os un favor muy especial a los sacerdotes, a los religiosos, a los seminaristas, a to-

dos los agentes de pastoral: “sed generosos en recibir y en acoger a la Madre de Dios en la ciudad de Ourense”. ¡Cread el ambiente propicio en vuestras parroquias y en vuestras comunidades religiosas para que una muy digna representación de todas ellas se hagan presentes en la Plaza Mayor y en las calles por las que va a transcurrir la procesión! Hace ahora 55 años que la Virgen de los Milagros visitó nuestra ciudad (17 de Octubre de 1954). ¡Que hoy como ayer Ourense sepa responder con su presencia y oración a tan celestial visita!

Porque sé que queréis a la Virgen de los Milagros, confío en vuestra repuesta de hijos. Por su intercesión pido al Señor que bendiga vuestras familias, vuestros hogares y a nuestra ciudad; que acoja vuestras súplicas y que nos alcance la gracia de ser fieles transmisores de la fe en Cristo, nuestro Salvador.

Os saluda y bendice vuestro Obispo.

+ Luis Quinteiro Fiuza
Obispo de Ourense

Ante a visita da Bendita Imaxe da Virxe dos Milagres á nosa Cidade de Ourense

Moi estimados irmáns:

Con inmenso gozo quero vos comunicar unha gran noticia: “o día 1 de maio vén visita-la nosa cidade a Bendita Imaxe da nosa Señora dos Milagres de Baños de Moias”.

Como a vós, tamén a min embárgame unha profunda emoción. ¡Cantas veces nos acolleu no seu Santuario dos Milagres a tódolos ourensáns! Ela guiou con amor materno os nosos traballos pastorais; Ela acolleu as nosas súplicas persoais, familiares e eclesiais; Ela foi estímulo nas nosas convivencias, nos nosos exercicios espirituais, nas nosas peregrinacións; Ela sorriu nas nosas vodas, celebradas baixo o seu amparo. Cada ano, na romaría de setembro, bendí a nosa diocese con miles de grazas; cada fin de semana, cada domingo, escóitanos en confianza e é a nosa voceiro ante Cristo o seu Fillo.

Como Pai e Pastor quero vos pedir un favor moi especial ós sacerdotes, ós relixiosos, ós seminaristas, a tódolos

axentes de pastoral: “sede xenerosos en recibir e en acoller á Nai de Deus na cidade de Ourense”. ¡Create o ambiente propicio nas vosas parroquias e nas vosas comunidades relixiosas para que unha moi digna representación de todas elas se fagan presentes na Praza Maior e nas rúas polas que vai transcorre-la procesión! Fai agora 55 anos que a Virxe dos Milagres visitou a nosa cidade (17 de Outubro de 1954). ¡Que hoxe como onte Ourense saiba responder coa súa presenza e oración a tan celestial visita!

Porque sei que queredes á Virxe dos Milagres, confío na vosa reposta de fillos. Pola súa intercesión pido ó Señor que bendiga as vosas familias, os vosos fogares e á nosa cidade; que acolla as vosas súplicas e que nos alcance a graza de ser fieis transmisores da fe en Cristo, o noso Salvador.

Saúdavos e bendivos o voso Bispo.

+ Luís Quinteiro Fiuza
Bispo de Ourense

HOMILÍAS

Homilía del Sr. Obispo - Domingo de Ramos

Hermanos: Después de esta entrañable procesión por las calles de la ciudad acompañando el paso de Jesús montado en un borrico, el Señor nos ha congregado para celebrar la Eucaristía de este domingo, que es el pórtico solemne de la gran semana del año. Hemos entrado en la Semana Santa. Es la semana, en la que los cristianos celebramos los grandes misterios de la vida de Cristo y de nuestra vida, unida a Él.

La Eucaristía de hoy nos invita a contemplar a Jesucristo en su anonadamiento, en su vaciarse de gloria, humillarse haciéndose hombre y terminar muriendo en la Cruz (Or. colec.). Es la cara oscura y de humillación del misterio pascual, el misterio de la donación total del Hijo de Dios en obediencia al Padre. Era necesario que la condescendencia de Dios, en su Hijo amado, llegara hasta este extremo. Convenía que el hombre pudiera comprobar hasta qué punto le ama Dios. La Cruz es el signo culminante para el hombre de cuánto le ama Dios. Es el signo extremo de la misericordia, ofrecida siempre y a todos. El Padre no sólo pidió a su Hijo, al “amado” que aceptase la muerte por amor, sino que entregase su vida con una muerte considerada “maldita” y vejatoria (Fil 2, 6-11). Pero en aquella muerte, aceptada desde al amor al Padre y por amor a los hombres, resplandeció la “gloria” de la obediencia y

sometimiento pleno del Hijo. La Cruz se convierte así en el árbol de la vida, en sacramento que rubrica la alianza de Dios con el hombre, en puente eficaz de paso de Dios hacia los hombres y de éstos a Dios, en plenitud de gracia y salvación para la creación entera, en signo culminante de “la misericordia entrañable de nuestro Dios”.

En la Cruz, resplandece toda la entrega del Siervo de Dios, que no rechazó ninguno de los sufrimientos profetizados, hasta llegar al final (Is 50, 4-7). En la Cruz tiene lugar para Cristo la experiencia más honda de abandono y soledad (Sal 21), por la que al Padre le pide que pase. Pero la Cruz es también la experiencia marcada por la paz serena, que concluye en invitación a la alabanza (Sal 21): “Contaré tu fama a mis hermanos, en medio de la asamblea te alabaré. Fieles del Señor, alabadlo, linaje de Jacob, glorificadlo”... Es la “noche oscura del alma” de Jesús, sellada en todo momento por la fidelidad completa y la oración confiada. Así nos ha dado ejemplo a todos nosotros de cómo aceptar la Cruz y cómo llevarla día a día.

El pórtico de la Semana Santa, que estamos hoy atravesando, tiene este objetivo, tal como hemos rezado en la oración colecta: “...para que todos nosotros sigamos su ejemplo”. Vivir la

semana Santa es celebrar el anonadamiento de Cristo en su pasión y muerte, abrir de par en par el alma para que el Espíritu Santo lo grave en nuestro interior y nos configure con el Crucificado para resucitar con Él, la noche de Pascua. La Liturgia tiene el poder de hacernos *contemporáneos* del acontecimiento de la Pasión, muerte y Resurrección del Señor. No se trata de un mero recuerdo; la Iglesia y el Espíritu Santo actualizan, para nosotros hoy, aquel acontecimiento único que cambió el curso de la historia y la vida de los hombres. Por eso, cada domingo de Ramos la Iglesia nos pide proclamar el relato culminante de los Evangelios: la pasión, muerte, sepultura y espera de la resurrección del Señor. En esas páginas, está el “corazón” de la vida y del mensaje de Dios a los hombres: “Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo único para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna” (Jn 3, 16).

Este año, la pasión según san Marcos comenzaba con el deseo de los sumos sacerdotes y letrados de prender a Jesús, dos días antes de la pascua de los judíos y concluía con la sepultura de Jesús, el

rodar de la piedra de la entrada y dos mujeres amigas observando dónde era depositado el cuerpo de Jesús. Pero, un poco antes, el centurión romano que vigilaba los últimos momentos de la vida de Cristo, “al ver cómo había expirado dijo: <Realmente, este hombre era el Hijo de Dios” (Mc 15, 39). Es la confesión de fe de un pagano que, contemplando el comportamiento y las actitudes de aquel reo, por gracia de Dios, penetró en el misterio que encerraba Jesús. Alguien tan humanamente sublime no puede ser sino el mismo Hijo de Dios. ¡Qué magnífico ejemplo de fe para todos nosotros!

Ojalá, queridos hermanos, que la Semana Santa que hoy comenzamos, sea una invitación fuerte a vivir, con la Iglesia, los misterios de Cristo en las celebraciones litúrgicas y nos lleve a una fe que confiese a Jesucristo como el Señor, crucificado y resucitado, fuente de nuestra vida, Salvador de todo el universo y sentido único de nuestra existencia. Que nos ayude a ello la Virgen María, nuestra Madre.

Luis Quintero Fiuza
Obispo de Ourense

Homilía do Sr. Bispo - Domingo de Ramos

Irmáns: Despois desta entrañable procesión polas rúas da cidade acompañando o paso de Xesús montado nun burriño, o Señor congregounos para ce-

lebra-la Eucaristía deste domingo, que é o pórtico solemne da gran semana do ano. Entramos na Semana Santa. É a semana, na que os cristiáns celebrámo-

los grandes misterios da vida de Cristo e da nosa vida, unida a El.

A Eucaristía de hoxe convídanos a contemplar a Xesus Cristo no seu anonadamiento, no seu baleirarse de gloria, humillarse facéndose home e rematar morrendo na Cruz (Or. colec.). É a cara escura e de humillación do misterio pascual, o misterio da doazón total do Fillo de Deus en obediencia ó Pai. Era necesario que a condescendencia de Deus, no seu Fillo amado, chegase ata este extremo. Conviña que o home puidese comprobar ata que punto lle ama Deus. A Cruz é o signo culminante para o home de canto lle ama Deus. É o signo extremo da misericordia, ofrecida sempre e a todos. O Pai non só pediu ó seu Fillo, ó “amado” que aceptase a morte por amor, senón que entregase a súa vida cunha morte considerada “maldita” e vexatoria (Fil 2, 6-11). Pero naquela morte, aceptada dende ó amor ó Pai e por amor ós homes, resplandeceu a gloria” da obediencia e sometemento pleno do Fillo. A Cruz convértese así na árbore da vida, en sacramento que rubrica a alianza de Deus co home, en ponte eficaz de paso de Deus cara os homes e destes a Deus, en plenitude de graza e salvación para a creación enteira, en signo culminante de “a misericordia entrañable do noso Deus”.

Na Cruz resplandece toda a entrega do Servo de Deus, que non rexeitou ningún dos sufrimentos profetizados, ata chegar ó final (Is 50, 4-7). Na Cruz ten lugar para Cristo a experiencia máis

fonda de abandono e soidade (Sal 21), pola que o Pai pídelle que pase. Pero a Cruz é tamén a experiencia marcada pola paz serena, que conclúe en invitación á loanza (Sal 21): “Contarei a túa fama ós meus irmáns, en medio da asamblea loareite. Fieis do Señor, loádeo, liñaxe de Xacob, glorificádeo”... É a “noite escura da alma” de Xesús, selada en todo momento pola fidelidade completa e a oración confiada. Así deunos exemplo a todos nós de como acepta-la Cruz e como la leva día a día.

O pórtico da Semana Santa, que estamos hoxe atravesando, ten este obxectivo, tal como rezamos na oración colecta: “...para que todos nós sigámo-lo seu exemplo”. Vivi-la semana Santa é celebra-lo anonadamiento de Cristo na súa paixón e morte, abrir de par en par o alma para que o Espírito Santo o grave no noso interior e configúrenos co Crucificado para resucitar con El, a noite de Pascua. A Liturxia ten o poder de nos facer *contemporáneos* do acontecemento da Paixón, morte e Resurrección do Señor. Non se trata dunha mera lembranza; a Igrexa e o Espírito Santo actualizan, para nós hoxe, aquel acontecemento único que cambiou o curso á historia e á vida dos homes. Por iso, cada domingo de Ramos, a Igrexa pídenos proclama-lo relato culminante dos Evanxeos: a paixón, morte, sepultura e agarda da resurrección do Señor. Nesas páxinas está o “corazón” da vida e da mensaxe de Deus ós homes: “Tanto amou Deus ó mundo que lle entregou ó seu Fillo único para que todo

o que crea nel non pereza, senón que teña vida eterna” (Xn 3, 16).

Este ano, a paixón segundo san Marcos comezaba co desexo dos sumos sacerdotes e letrados de prender a Xesús, dous días antes da pascua dos xudeus e concluía coa sepultura de Xesús, o rodar da pedra da entrada e dúas mulleres amigas observando onde era depositado o corpo de Xesús. Pero, un pouco antes, o centurión romano que vixiaba os derradeiros momentos da vida de Cristo, “ó ver como había expirado dixo: <Realmente, este home era o Fillo de Deus” (Mc 15, 39). É a confesión de fe dun pagán que, contemplando o comportamento e as actitudes daquel río, por graza de Deus,

penetrou no misterio que encerraba Xesús. Alguén tan humanamente sublime non pode ser senón o mesmo Fillo de Deus. ¡Que magnífico exemplo de fe para todos nós!

Oxalá, queridos irmáns, que a Semana Santa que hoxe comezamos, sexa unha invitación forte a vivir, coa Igrexa, os misterios de Cristo nas celebracións litúrxicas e lévenos a unha fe que confese a Xesus Cristo como o Señor, crucificado e resucitado, fonte da nosa vida, Salvador de todo o universo e sentido único da nosa existencia. Que nos axude a elo a Virxe María, a nosa Nai.

Luís Quinteiro Fiuza
Bispo de Ourense

Homilía del Sr. Obispo - Misa Crismal

Esta misa crismal que cada Obispo celebra con su presbiterio, y dentro de la cual consagra el santo crisma y bendice los demás óleos, es como una manifestación de comunión de los presbíteros con el propio Obispo, tal como señala la Introducción General del Misal Romano.

Con el Santo Crisma consagrado por el Obispo, se ungen los recién bautizados, los Confirmados son sellados, y se ungen las manos de los presbíteros, la cabeza de los Obispos y la iglesia y los altares en su dedicación. Con el óleo de los catecúmenos, éstos se preparan y disponen al Bautismo. Con el óleo de los enfermos, éstos reciben alivio en su debilidad.

De acuerdo con la sagrada tradición de la Iglesia, para esta Misa se reúnen y concelebran en ella los presbíteros, puesto que en la confección del Crisma son testigos y cooperadores del Obispo, de cuya sagrada función participan, para la construcción del pueblo de Dios, su santificación y su conducción. Es éste uno de los modos de manifestarse la naturaleza del presbiterado en cuyo orden están constituidos los presbíteros como esenciales colaboradores del orden episcopal para realizar adecuadamente la misión apostólica confiada por Cristo (Cfr. Vaticano II, P.O., 2). Así se manifiesta claramente la unidad del sacerdocio y del sacrificio de Cristo, que se perpetúa en la Iglesia.

En esta Eucaristía, pues, queridos hermanos sacerdotes, el Señor sale a nuestro encuentro para tomarnos de la mano con verdadero amor en las verdades de nuestras fatigas y decirnos una vez más en la intimidad del cenáculo de nuestra familia que su Espíritu está sobre cada uno de nosotros, porque él nos ha ungido y nos ha enviado a predicar su Evangelio.

Con la gracia del Señor, a la hora de la renovación de nuestras promesas sacerdotales, responderemos con un “Sí, quiero”, recordado y reavivado, a la tarea esencial de nuestra vida, esto es, si seguimos queriendo unirnos más fuertemente a Cristo y configurarnos con él, renunciando a nosotros mismos y reafirmando la promesa de cumplir los sagrados deberes que, por amor a Cristo, hemos aceptado gozosos el día de nuestra ordenación para el servicio de la Iglesia.

Estar fuertemente unido a Cristo. He ahí, en verdad, el único fundamento inquebrantable de la vida del cristiano. He ahí la fuente definitiva de la perseverancia sacerdotal. Es en la intimidad con el Señor donde se fragua la aceptación gozosa del proyecto que Dios tiene para cada uno de nosotros. Todas las ayudas espirituales de nuestra vida, por enriquecedoras que sean, serán insuficientes para un sí confiado al Señor, si en nuestros días falta el encuentro personal con el Señor. También San Pablo había recorrido muchos

caminos en su gran celo de las cosas de Dios y sólo el encuentro personal con el Señor le transformó. Encuentro que el mismo Apóstol tendrá que renovar permanentemente, angustiado algunas veces, en las duras e incompresibles peripecias de la misión.

En mis conversaciones con vosotros, sobre todo con los de mediana edad, tomo conciencia ciertamente de la dureza de las peripecias de la misión, también hoy. No resulta en modo alguno fácil mantener la ilusión sacerdotal cuando en torno tuyo percibes una falta de interés por las cosas serias, cuando experimentas que en tu parroquia son cada día más las familias que muestran escasa o nula preocupación por la formación moral y religiosa de sus hijos, cuando tantos domingos tienes la triste confirmación de que la comunidad que se reúne en torno a ti para celebrar se va haciendo más pequeña y de más edad.

Las cosas en los demás ámbitos de la vida no es que vayan mucho mejor, pero eso no nos trae ningún consuelo. Es más, por unas razones o por otras, las cosas no han ido del todo bien nunca y la misión de los discípulos del Señor siempre ha tenido que remar contra corriente. En este sentido no parece que estemos en peores condiciones que en tantos otros momentos difíciles de la historia de la Iglesia.

Con ocasión de la celebración del Año Jubilar de San Pablo, la Iglesia nos ofrece la ocasión de confrontar nuestra

vida y nuestra misión con la del Apóstol de las Gentes, uno de los grandes modelos de todo apóstol.

Es en la parte central de la carta a los *Filipenses* donde Pablo nos habla de la experiencia que lo ha cambiado radicalmente. Y lo hace sabiendo que repite algo ya muy conocido por todos, pero que hace bien porque da seguridad a sus fieles: “Volver a escribiros las mismas cosas, a mí no me es molestia, y a vosotros os da seguridad “ (Fil 3,1b).

Para expresar la transformación radical de su sistema de valores, Pablo recurre al lenguaje comercial: “Pero lo que era para mí ganancia, lo he juzgado una pérdida a causa de Cristo. Y más aún: juzgo que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quien perdí todas las cosas, y las tengo por basura para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no con la justicia mía, la que viene de la Ley, sino la que viene por la fe en Cristo, la justicia que viene de Dios, apoyada en la fe” (Fil 3, 7-9).

Pablo pone el acento en la experiencia de encuentro con Cristo Jesús que ahora define su identidad y le ofrece un nuevo criterio de valoración ético-religiosa. Él llama justicia a la nueva relación con Dios fundada en la fe en Cristo. Ésta es el punto de llegada de un camino que parte de su pasado de judío observante de la ley y desemboca en el conocimiento de Cristo Jesús. No se trata de un proceso asimilable a una

crisis de conciencia, sino de un acontecimiento que le ha hecho cambiar la dirección de su caminar. Y todo lo explica porque “yo mismo he sido conquistado por Cristo Jesús” (Fi1 3,12b).

A este Pablo conquistado por Cristo, la misión no sólo no dejará de ofrecerle su dificultad, sino que lo sitúa en un camino de permanente necesidad de profundizar en la plena identificación con Cristo.

En pocos lugares como en Corinto se encontró Pablo tan desalentado por los avatares de su acción apostólica y, a la vez, tan reconfortado por la fuerza del Evangelio de Jesucristo.

La ciudad de Corinto a la que llega Pablo había sido refundada por Julio Cesar y es una ciudad muy activa y rica, en la que se mezclan pueblos, religiones y culturas diversas. Allí tendrá otro profundo desencuentro con la comunidad judía que le sumirá en una seria crisis. Sin embargo la actividad de Pablo en Corinto llegará a tener éxito.

Después de un año y medio de actividad misionera y de trabajo pastoral, Pablo deja en Corintio una Iglesia compuesta por diversos grupos cristianos, tanto en la ciudad como es sus alrededores. Es una Iglesia viva y llena de iniciativas, a la que Pablo visitará en diversas ocasiones y a la que escribe diversas cartas, de las cuales conservamos dos. Pero en aquellas florecientes comunidades cristianas de Corinto pronto surgirán las tensiones y los des-

órdenes. Hasta el punto de que cuando Pablo llega a tener conocimiento de tales divisiones en las reuniones de los grupos, dirá que en aquella situación no tiene en absoluto sentido celebrar “la cena del Señor (1Cor 1, 17-23).

También la relación de los cristianos de Corinto con el mundo pagano circundante y con las prácticas idolátricas creó serios problemas. Algunos cristianos, después del entusiasmo de la conversión inicial, refrendada con el bautismo, retornan al estilo de vida precedente. Vuelven a practicar la idolatría y se abandonan a los desórdenes morales y sociales de la ciudad.

Tales tensiones requieren una y otra vez la solución de los responsables de la Iglesia de Corinto y éstos buscarán permanentemente la palabra clarificadora del Apóstol.

En tales circunstancias, no nos es difícil imaginar como Pablo tuvo que verse asediado por serias dudas acerca de la eficacia de su misión apostólica; en tantos aspectos no muy diferentes a las que nos asaltan a cada uno de nosotros. Por ello mismo también podemos entender muy bien la claridad con la que Pablo se manifiesta acerca de las cuestiones fundamentales de su fe y de su vocación.

Sólo un hombre tan tocado por Dios como Pablo y tan conocedor de la condición humana como él, pudo dejarnos magistralmente expresadas las convicciones más profundas acerca de las

cuestiones más vitales: la vida, la muerte, el amor, la vocación. Por eso, hoy sigue mostrándosenos providencialmente clarificador el que al comienzo mismo de la *primera carta a los Corintios*, y antes de otras consideraciones vitales para la comunidad allí constituida, San Pablo se detenga en reflexiones definitivas acerca de la verdadera sabiduría cristiana. Dejemos que esas palabras resuenen vivas entre nosotros hoy y que ellas ahuyenten nuestros recelos y disipen nuestros sofismas:

“Porque no me envió Cristo a bautizar, sino a predicar el Evangelio. Y no con palabras sabias, para no desvirtuar la cruz de Cristo. Pues el mensaje de la cruz es una necedad para los que se pierden; mas para los que se salvan- para nosotros - es fuerza de Dios. Porque dice la Escritura: Destruiré la sabiduría de los sabios, y reprobare la prudencia de los prudentes. ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde el docto? ¿Dónde el sofista de este mundo? ¿Acaso no entonteció Dios la sabiduría del mundo? De hecho, como el mundo mediante su propia sabiduría no conoció a Dios en su divina sabi-

duría, quiso Dios salvar a los creyentes mediante la necedad de la predicación. Así, mientras los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; mas para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios. Porque la necedad divina es más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad divina, más fuerte que la fuerza de los hombres” (1 Cor 1, 17-25).

Este Pablo que dirigía este ardiente mensaje a la problematizada comunidad cristiana de Corinto, era el mismo que poco tiempo atrás había intentado evangelizar en la culta ciudad de Atenas, en cuyo Areópago había recibido aquella contestación que nunca olvidará: “Mañana te escucharemos”.

Que la Virgen, nuestra Madre, nos bendiga y nos ilumine en la búsqueda del sendero de la sabiduría de la cruz. Amen.

Luis Quinteiro Fiuza
Obispo de Ourense

Homilía do Sr. Bispo - Misa Crismal

Esta misa crismal que cada Bispo celebra co seu presbiterio, e dentro da cal consagra o santo crisma e bendí os demais óleos, é como unha manifestación de comunión dos presbíteros co propio

Bispo, tal como sinala a Introducción Xeral do Misal Romano.

Co Santo Crisma consagrado polo Bispo, únense os recién bautizados, os

Confirmados son selados, e únense as mans dos presbíteros, a cabeza dos Bispos e a igrexa e os altares na súa dedicación. Co óleo dos catecúmenos, estes prepáranse e dispón ó Bautismo. Co óleo dos enfermos, estes reciben alivio na súa debilidade.

De acordo coa sagrada tradición da Igrexa, para esta Misa reúnen e concelebran nela os presbíteros, posto que na confección do Crisma son testemuñas e cooperadores do Bispo, de cuxa sagrada función participan, para a construción do pobo de Deus, a súa santificación e a súa condución. É este un dos modos de se manifesta-la natureza do presbiterado en cuxo orde están constituídos os presbíteros como esenciais colaboradores do orde episcopal para realizar adecuadamente a misión apostólica confiada por Cristo (Cfr. Vaticano II, P.Ou., 2). Así maniféstase claramente a unidade do sacerdocio e do sacrificio de Cristo, que se perpetúa na Igrexa.

Nesta Eucaristía, pois, queridos irmáns sacerdotes, o Señor sae ó noso encontro para nos tomar da man con verdadeiro amor nas vereas das nosas fatigas e nos dicir unha vez máis a intimidade do cenáculo da nosa familia que o seu Espírito está sobre cada un de nós, porque el nos unxiu e enviounos a predica-lo seu Evanxeo.

Coa graza do Señor, á hora da renovación das nosas promesas sacerdotais, responderemos cun “Se, quero”, lembrado e reavivado, á tarefa esencial da nosa

vida, isto é, se seguimos querendo nos unir máis fortemente a Cristo e nos configurar con el, renunciando a nós mesmos e reafirmando a promesa de cumprilos sagrados deberes que, por amor a Cristo, aceptamos gozosos o día da nosa ordenación para o servizo da Igrexa.

Estar fortemente unido a Cristo. Hei aí, en verdade, o único fundamento inquebrantable da vida do cristián. Hei aí, a fonte definitiva da perseveranza sacerdotal. É a intimidade co Señor onde se fraguo a aceptación gozosa do proxecto que Deus ten para cada un de nós. As axudas espirituais da nosa vida, por enriquecedoras que sexan, serán insuficientes para un si confiado ó Señor, se nos nosos días falta o encontro persoal co Señor. Tamén San Paulo percorrera moitos camiños na súa gran celo das cousas de Deus e só o encontro persoal co Señor transformoulle. Encontro que o mesmo Apóstolo terá que renovar permanentemente, angustiada algunhas veces, nas duras e incompreensibles peripecias da misión.

Nas miñas conversas con vós, sobre todo cos de mediana idade, tomo conciencia certamente da dureza das peripecias da misión, tamén hoxe. Non resulta en modo algún fácil mante-la ilusión sacerdotal cando en torno teu percibes unha falta de interese polas cousas serias, cando experimentas que na túa parroquia son cada día máis as familias que amosan escasa ou nula preocupación pola formación moral e relixiosa dos seus fillos, cando tantos

domingos te-la triste confirmación de que a comunidade que se reúne en torno a ti para celebrar vaise facendo máis pequena e de máis idade.

As cousas nos demais ámbitos da vida non é que vaian moito mellor, pero iso non nos trae ningún consolo. É máis, por unhas razóns ou por outras, as cousas non foron do todo ben nunca e a misión dos discípulos do Señor sempre tivo que remar contra corrente. Neste sentido non asemella que esteamos en peores condicións que en tantos outros momentos difíciles a historia da Igrexa.

Con ocasión da celebración do Ano Xubilar de San Paulo, a Igrexa ofréceno-la ocasión de confronta-la nosa vida e a nosa misión coa do Apóstolo das Xentes, un dos grandes modelos de todo apóstolo.

É a parte central da carta ós *Filipenses* onde Paulo nos fala da experiencia que no cambiou radicalmente. E no fai sabendo que repite algo xa moi coñecido por todos, pero que fai ben porque dá seguridade ós seus fieis: “Volver a vos escribi-las mesmas cousas, á miña non me é molestia, e a vós dávos seguridade “ (Fil 3,1b).

Para expresa-la transformación radical da súa sistema de valores, Paulo recorre a linguaxe comercial: “Pero o que era para min ganancia, xulgueino unha perda a causa de Cristo. E máis aínda: xulgo que todo é perda ante a sublimidade do coñecemento de Cristo Xesús,

o meu Señor, por quen perdín tódalas cousas, e téñoas por lixo para gañar a Cristo, e ser achado nel, non coa xustiza miña, a que vén da Lei, senón a que vén pola fe en Cristo, a xustiza que vén de Deus, apoiada na fe” (Fil 3, 7-9).

Paulo pon o acento na experiencia de encontro con Cristo Xesús que agora define a súa identidade e ofrécelle un novo criterio de valoración ético-relixiosa. El chama xustiza á nova relación con Deus fundada na fe en Cristo. Esta é o punto de chegada dun camiño que parte do seu pasado de xudeu observante da lei e desemboca no coñecemento de Cristo Xesús. Non se trata dun proceso asimilable a unha crise de conciencia, senón dun acontecemento que lle fixo cambia-la dirección do seu camiñar. E todo o explica porque “ eu mesmo fun conquistado por Cristo Xesús “ (Pi1 3,12b).

A este Paulo conquistado por Cristo, a misión non só non deixará de lle ofrece-la súa dificultade, senón que o sitúa nun camiño de permanente necesidade de afondar na plena identificación con Cristo.

En poucos lugares como en Corinto atopouse Paulo tan desalentado polos avatares da súa acción apostólica e, á vez, tan reconfortado pola forza do Evanxeo de Xesus Cristo.

A cidade de Corinto á que chega Paulo fora refundada por Xullo Cesar e é unha cidade moi activa e rica, na que

se mesturan pobos, relixións e culturas diversas. Alí terá outro profundo des-encontro coa comunidade feixón que lle sumirá nunha seria crise. Sen embargo a actividade de Paulo en Corinto chegará a ter éxito.

Despois dun ano e medio de actividade misioneira e de traballo pastoral, Paulo deixa en Corintio unha Igrexa composta por diversos grupos cristiáns, tanto na cidade como é os seus arredores. É unha Igrexa viva e chea de iniciativas, á que Paulo visitará en diversas ocasións e á que escribe diversas cartas, das cales conservamos dous. Pero naquelas florecentes comunidades cristiás de Corinto pronto xurdirán as tensións e os desordenes. Ata o punto de que cando Paulo chega a ter coñecemento de tales divisións nas reunións dos grupos, dirá que naquela situación non ten en absoluto sentido celebrar “a cena do Señor” (1Cor 1, 17-23).

Tamén a relación dos cristiáns de Corinto co mundo pagán circundante e coas prácticas idolátricas creou serios problemas. Algúns cristiáns, despois do entusiasmo da conversión inicial, referendada co bautismo, retornan ó estilo de vida precedente. Volven a practicala idolatría e abandónanse ós desordenes morais e sociais da cidade.

Tales tensións requiren unha e outra vez a solución dos responsables da Igrexa de Corinto e estes buscarán permanentemente a palabra clarificadora do Apóstolo.

En tales circunstancias non nos é difícil imaxinar como Paulo tivo que se ver asediado por serias dúbidas achega da eficacia da súa misión apostólica; en tantos aspectos non moi diferentes ás que nos asaltan a cada un de nós. Por elo mesmo tamén podemos entender moi ben a claridade coa que Paulo se manifesta achega das cuestións fundamentais da súa fe e da súa vocación.

Só un home tan toucado por Deus como Paulo e tan coñecedor da condición humana como el, puido nos deixar maxistralmente expresadas as conviccións máis fondas achega das cuestións máis vitais: a vida, a morte, o amor, a vocación. Por iso, hoxe séguesenos amosando providencialmente clarificado que ó comezo mesmo da *primeira carta ós Corintios*, e antes doutras consideracións vitais para a comunidade alí constituída, San Paulo detéñase en reflexións definitivas achega da verdadeira sabedoría cristiá. Deixemos que esas palabras resoen vivas entre nós hoxe e que elas espanten os nosos roxeiros e disipen os nosos sofismas:

“Porque non me enviou Cristo a bautizar, senón a predica-lo Evanxeo. E non con palabras saibas, para non desvirtuala cruz de Cristo. Pois o mensaxe da cruz é unha necidade para os que se perden; mais para os que se salvan- para nós - é forza de Deus. Porque di a Escritura: Destruirei a sabedoría vos souben, e reprobarei a prudencia dos prudentes. ¿Onde está o sei? ¿Onde o ducto? ¿Onde o sofista

deste mundo? ¿Acaso non entonteceu Deus a sabedoría do mundo? De feito, como o mundo mediante a súa propia sabedoría non coñeceu a Deus na súa divina sabedoría, quixo Deus salvar ós crentes mediante a necidade da predicación. Así, mentres os xudeus piden sinais e os gregos buscan sabedoría, nós predicamos a un Cristo crucificado : escándalo para os xudeus, necidade para os xentís; mais para os chamados, o mesmo xudeus que gregos, un Cristo, forza de Deus e sabedoría de Deus. Porque a necidade divina é máis saíba que a sabedoría dos homes, e a debili-dade divina, máis forte que a forza dos homes” (1 Cor 1, 17-25).

Este Paulo que dirixía este ar-dente mensaxe á problematizada comunidade cristiá de Corinto, era o mesmo que pouco tempo atrás tentara evanxelizar na culta cida-de de Ateñas, en cuxo Areópago recibira aquela contestación que nunca esquecerá: “ Mañá escoita-rémoste”.

Que a Virxe, a nosa Nai, nos bendiga e ilumínenos na busca do carreiro da sabedoría da cruz. Amen

Luís Quinteiro Fiuza
Bispo de Ourense

Homilía del Sr. Obispo - Jueves Santo

Queridos hermanos: por gracia de Dios, estamos celebrando “aquella misma memorable Cena..” (Or. col.). No se trata de un mero recuerdo, estamos haciendo verdaderamente presente la Cena en que Jesús “confió a la Iglesia, el banquete de su amor, el sacrificio nuevo de la Alianza eterna” (or. Col.). Es preciso entender desde la fe, acoger con humildad rendida y amar aunque no veamos. Jesús ha deseado ardientemente la llegada de esta “hora”. Ha pensado en ella desde siempre y la ha preparado minuciosamente. La Liturgia de la Iglesia, por la acción misteriosa del Espíritu Santo, nos hace contemporáneos de aquella memorable Cena. Los apóstoles, como nosotros, no pueden comprender el sentido misterioso de las palabras: “Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros”. “Esta copa es la nueva alianza sellada con mi sangre. Haced esto en memoria mía” (1 Cor 11, 23-26). Son los Apóstoles y la Iglesia quien garantizan la verdad de estas palabras y el gesto de Jesús entregando su Cuerpo y sangre en las especies del pan y el cáliz.

El pan y el vino presentados, cada día, se convierten por la fuerza del Espíritu y la fidelidad de la Iglesia a su Maestro, en el Cuerpo entregado y la Sangre derramada del Señor. La Eucaristía es actualización del misterioso ofrecimiento de Cristo en la Cruz y banquete riquísimo para los que han sido lavados en el Bautismo. Participar en la Eucaristía es asistir activamente

al sacrificio de Jesús en la Cruz y sentarse a la mesa de aquella “memorable Cena”, que hoy actualizamos “en misterio”. Supone estar limpios de pecado, deseosos de compartir los sufrimientos de Cristo, saciarse de su carne y sangre para ser alimento y bebida de amor para todos.

La celebración eucarística de esta memorable tarde nos invita a formular algunos interrogantes para entrar más hondamente en el misterio por excelencia de nuestra fe. ¿Qué sabemos sobre la Eucaristía? ¿Nos preocupa formarnos en su sentido y significado? ¿Nos esforzamos por conocer más sus partes y elementos? ¿Deseamos saber más de ella para vivirla mejor?

Es bien claro que sólo se ama lo que se conoce. Si sacerdotes y fieles no damos importancia a cada palabra, cada gesto, canto, silencio, actitudes y movimientos, no podremos amar y vivir con delicadeza amorosa la Eucaristía. Es un don que nos es entregado por la Iglesia; un don recibido del Señor y transmitido por los Apóstoles; un don que hemos de acoger con fe, humildad y profundo cariño. La Eucaristía es el don-testamento de Cristo con el que no podemos frivolar ni tratar sin el debido decoro y respeto.

Los sacerdotes tenemos la obligación de explicaros las palabras, los gestos y actitudes corporales de la Eucaristía y los fieles estáis llamados a recibir gozosamente estas explicaciones. Todos debe-

mos esforzarnos por llevarlas a la práctica. De este modo, nuestra participación será activa, fructuosa y consciente, como reiteradamente nos ha pedido el Concilio Vat. II. De esta participación brota la gracia y el alimento precioso de la vida cristiana. La Eucaristía es la fuente por excelencia de la vida espiritual.” Contiene todo el bien espiritual de la Iglesia” y “es el compendio y la suma de nuestra fe” (CCE 1324; 1327).

Hoy quisiera fijarme en un momento central de la Eucaristía para invitarnos a vivirlo cada día mejor. Me refiero al momento en que el sacerdote recita la Plegaria eucarística. Es el corazón y centro de la Misa. Comienza con los diálogos del prefacio y termina con el “Amén” entusiasta del pueblo, después del “por Cristo, con Él y en Él”.

El sacerdote, en la persona de Cristo y representando también a la Iglesia, ora al Padre, unido al Espíritu Santo. Es preciso entrar en esta oración como en una oración contemplativa, “recogiendo” el corazón, recogiendo todo nuestro ser bajo la moción del Espíritu Santo (Cf. CCE 2711). Es la más preciosa oración de Cristo y de la Iglesia. En ella se alaba, da gracias, se recuerda la última Cena, se retoman las palabras de Cristo sobre el pan y el vino (consagración), se hacen súplicas, se estrecha la comunión de la Iglesia de la tierra con la del cielo y la que se purifica.

Esta gran oración eucarística termina dando gloria al Padre, por Cristo en

el Espíritu Santo. El protagonismo, en esta oración, lo tiene Cristo, representado por el sacerdote. Pero el pueblo responde con aclamaciones, dialoga con el sacerdote, canta, guarda silencio, se arrodilla, se inclina y se mantiene en pie. Los fieles no deben estar pasivamente. Son también “actores” durante toda la Eucaristía.

Cada fiel es un miembro activo y orante con el sacerdote y dentro de la comunidad. Es fundamental que la oración del sacerdote y el pueblo de Dios se armonicen, se apoyen, discurren por el mismo cauce y con el mismo espíritu. Es el momento de *mirar todos en la misma dirección*: al Padre, por Cristo en el Espíritu Santo y sintiéndose todos Iglesia. En este momento el sacerdote, concentrado en su interior, debe mirar a la Cruz situada junto al altar, al cielo, al Cuerpo y Sangre del Señor, No es momento de mirarnos unos a otros, sino desde Cristo, mirar todos al Padre a quien se dirige siempre la oración litúrgica. Es el momento central, la cumbre de la oración cristiana y de la Iglesia. Por eso, los sacerdotes debemos recitar esta plegaria despacio, interiorizando lo que decimos y haciéndolo con la máxima piedad. Esto manifiesta el “ars celebrandi” (el arte de celebrar) que debe resplandecer en la Liturgia y que Benedicto XVI nos ha pedido en su Encíclica *Sacramentum caritatis* (nn 38-42).

El resultado es, la oración de Cristo con la Iglesia, que en el Espíritu Santo

alaba y da gracias al Padre, ofreciendo a la vez la víctima inmaculada (Cristo y la Iglesia) para gloria del Padre. La Plegaria eucarística es una oración que manifiesta en toda su estructura la acción de la Trinidad y su plan eterno, desde el principio de la historia hasta el final de los tiempos. Con esto se cumple la finalidad sacrificial de la Eucaristía (la gloria y ofrenda espiritual al Padre), que Cristo nos mandó celebrar. La comunión eucarística completa la finalidad de la dimensión convivial de la santa Misa.

Queridos hermanos: formaos en la entraña del misterio eucarístico. Pedid a los sacerdotes que os hablen con frecuencia de la Eucaristía, la “fuente y culmen” de la vida y misión de la Iglesia. Trabajad por descubrirla en todo su contenido y significado desde la fe. ¡Cuánto nos duele que muchos jóvenes,

matrimonios y niños no participen con regularidad en la Eucaristía del domingo! También los mayores debemos preguntarnos si no somos culpables, en cierto sentido, de este abandono de la Eucaristía por parte de jóvenes y niños. Ninguna actividad deportiva, de ocio o cultural debería pesar más en las familias cristianas que la participación dominical en la Eucaristía. Sin embargo, por desgracia, muchas veces no es así. Hermanos vivid de la Eucaristía y ayudad a otros a vivirla. Encontraréis en ella el Amor que “nos amó hasta el fin”, el alimento para la vida y la felicidad inimaginable en este mundo y el viático para la eterna. Que María, Madre eucarística, os ayude a correr a la Eucaristía en la Misa y en el sagrario.

Luís Quintero Fiuza
Obispo de Ourense

Homilía do Sr. Bispo - Xoves Santo

Queridos irmáns: por graza de Deus, estamos celebrando “aquela mesma memorable Cea..” (Or. col.). Non se trata dunha mera lembranza, estamos facendo verdadeiramente presente a Cena en que Xesús “confiou á Igrexa, o banquete do seu amor, o sacrificio novo da Alianza eterna” (or. Col.). É preciso entender dende a fe, acoller con humildade rendida e amar aínda que non vexamos. Xesús desexou ardentemente a chegada desta “hora”. Pensou nela dende sempre

e preparouna minuciosamente. A Liturxia da Igrexa, pola acción misteriosa do Espírito Santo, fainos contemporáneos daquela memorable Cea. Os apóstolos, como nós, non poden comprendelo sentido misterioso das palabras: “Isto é o meu corpo, que se entrega por vós”. “Esta copa é a nova alianza selada co meu sangue. Facede isto en memoria miña” (1 Cor 11, 23-26). Son os Apóstolos e a Igrexa quen garanten a verdade destas palabras e o xesto de Xesús entre-

gando o seu Corpo e sangue nas especies do pan e o cáliz.

O pan e o viño presentados, cada día, convértense pola forza do Espírito e a fidelidade da Igrexa ó seu Mestre, no Corpo entregado e no Sangue derramado do Señor. A Eucaristía é actualización do misterioso ofrecemento de Cristo na Cruz e banquete riquísimo para os que foron lavados no Bautismo. Participar na Eucaristía é asistir activamente ó sacrificio de Xesús na Cruz e sentarse á mesa daquela “memorable Cea”, que hoxe actualizamos “en misterio”. Supón estar limpos de pecado, desexosos de compartilos sufrimentos de Cristo, se saciar do seu carne e sangue para ser alimento e bebida de amor para todos.

A celebración eucarística desta memorable tarde convidanos a formular algúns interrogantes para entrar máis fondamente no misterio por excelencia da nosa fe. ¿Que sabemos sobre a Eucaristía? ¿Preocúpanos formarnos no seu sentido e significado? ¿Esforzámonos por coñecer máis as súas partes e elementos? ¿Desexamos saber máis dela para la vivi-la mellor?

É ben claro que só se ama o que se coñece. Se sacerdotes e fieis non damos importancia a cada palabra, cada xesto, canto, silencio, actitudes e movementos, non poderemos amar e vivir con delicadeza amorosa a Eucaristía. É un don que nos é entregado pola Igrexa; un don recibido do Señor e transmitido polos Apóstolos; un don que debemos de acoller con fe, humildade e profundo cariño. A

Eucaristía é o don-testamento de Cristo co que non podemos frivolar nin tratar sen o debido decoro e respecto.

Os sacerdotes témo-la obriga de vos explica-las palabras, os xestos e actitudes corporais da Eucaristía e os fieis estas chamados a recibir gozosamente estas explicacións. Todos debemos esforzarnos por levalas á práctica. Deste modo, a nosa participación será activa, frutuosa e consciente, como reiteradamente nos pediu o Concilio Vat. II. Desta participación agroma a graza e o alimento precioso da vida cristiá. A Eucaristía é a fonte por excelencia da vida espiritual. “Contén todo o ben espiritual da Igrexa” e “é o compendio e súa da nosa fe” (CCE 1324; 1327).

Hoxe quixese fixarme nun momento central da Eucaristía para vos convidar a vivi-lo cada día mellor. Refírome ó momento en que o sacerdote recita a Pregaria eucarística. É o corazón e centro da Misa. Comeza cos diálogos do prefacio e remata co “Amén” entusiasta do pobo, despois do “por Cristo, con El e nel”.

O sacerdote, na persoa de Cristo e representando tamén á Igrexa, ora ó Pai, unido ó Espírito Santo. É preciso entrar nesta oración como nunha oración contemplativa, “recollendo” o corazón, recollendo todo o noso ser baixo a moción do Espírito Santo (Cf. CCE 2711). É a máis preciosa oración de Cristo e da Igrexa. Nela lóase, dá grazas, lémbrese a última Cena, retómanse as palabras de Cristo sobre o pan e o viño (consagración), fanse

súplicas, estréitase a comunión da Igrexa da terra coa do ceo e a que se purifica.

Esta gran oración eucarística remata dando gloria ó Pai, por Cristo no Espírito Santo. O protagonismo, nesta oración, teno Cristo, representado polo sacerdote. Pero o pobo responde con aclamacións, dialoga co sacerdote, canta, garda silencio, axeónllase, inclínase e mantense en pé. Os feis non deben estar pasivamente. Son tamén “actores” durante toda a Eucaristía.

Cada fiel é un membro activo e orante co sacerdote e dentro da comunidade. É fundamental que a oración do sacerdote e o pobo de Deus se harmonicen, se apoiem, discorran polo mesmo vieiro e co mesmo espírito. É o momento de *ollar todos na mesma dirección*: ó Pai, por Cristo no Espírito Santo e sentíndose todos Igrexa. Neste momento o sacerdote, concentrado no seu interior, debe ollar á Cruz situada xunto ó altar, ó ceo, ó Corpo e Sangue do Señor, Non é momento de nos ollar uns a outros, senón dende Cristo, ollar todos ó Pai a quen se dirixe sempre a oración litúrxica. É o momento central, a cumio da oración cristiá e da Igrexa. Por iso os sacerdotes debemos recitar esta pregaria despacio, interiorizando o que dixemos e facéndoo coa máxima piedade. Isto manifesta o “ars celebrandi” (o arte de celebrar) que debe resplandecer na Liturxia e que Benedicto XVI nos pediu na súa Encíclica *Sacramentum caritatis* (nn 38-42).

O resultado é, a oración de Cristo coa Igrexa, que no Espírito Santo loa e dá

grazas ó Pai, ofrecendo á vez a vítima inmaculada (Cristo e a Igrexa) para gloria do Pai. A Pregaria eucarística é unha oración que manifesta en toda a súa estrutura a acción da Trindade e o seu plano eterno, dende o principio a historia ata o final dos tempos. Con isto cúmprese a finalidade sacrificial da Eucaristía (a gloria e ofrenda espiritual ó Pai), que Cristo nos mandou celebrar. A comunión eucarística completa a finalidade da dimensión convivial da santa Misa.

Queridos irmáns: formádevos na entraña do misterio eucarístico. Pedide ós sacerdotes que vos falen con frecuencia da Eucaristía, a “fonte e cumio” da vida e misión da Igrexa. Traballade por la descubrir en todo o seu contido e significado dende a fe. ¡Canto nos doe que moitos mozos, matrimonios e nenos non participen con regularidade na Eucaristía do domingo! Tamén os maiores debemos preguntarnos se non somos culpables, en certo sentido, deste abandono da Eucaristía por parte de mozos e nenos Ningunha actividade deportiva, de lecer ou cultural debería pesar máis nas familias cristiás que a participación dominical na Eucaristía. Sen embargo, por desgraza, moitas veces non é así. Irmáns vivide da Eucaristía e axudade a outros a vivila. Encontraredes nela o Amor que “nos amou ata o fin”, o alimento para a vida e a felicidade inimaxinable neste mundo e o viático para a eterna. Que María, Nai eucarística, axúdevos a correr á Eucaristía na Misa e no sagrario.

Luís Quintero Fiuza
Bispo de Ourense

Homilía del Sr. Obispo - Viernes Santo

Queridos hermanos: en esta tarde de Viernes Santo entramos de lleno en el Misterio pascual de Cristo. La oración colecta rezaba así: “Señor, Dios nuestro: Jesucristo, tu Hijo, al derramar su sangre por nosotros, se adentró en su misterio pascual”.... Es el día de la pasión, del derramamiento de la sangre y de la entrega total de la vida. La belleza y juventud del “más bello de los hombres” (Sal 45, 3) se tornan en espanto, desfiguramiento, ausencia de belleza, evitado por los hombres, varón de dolores, traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes (Is 52,13-53,12).

La pasión y la Cruz de Cristo, en su humillación y vaciamiento, no tienen otra finalidad más que nuestra salvación. Todo esto se explica sólo por el amor de Dios en favor nuestro, (“etiam pro nobis”) “por nosotros”. Lo repetimos cada domingo y cada solemnidad en la Eucaristía: “Por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo...se encarnó, nació... y padeció...y murió”. Jesús crucificado es el precio de nuestra reconciliación con Dios. En Cristo crucificado y muerto Dios mostró cuánto nos amaba y cómo su misericordia no tiene fin, “porque es eterna su misericordia”...(Sal 117). Una misericordia ofrecida siempre y a todos...

Lo profetizado sobre Él como “Siervo de Dios” se cumplió y a nosotros

nos toca, esta tarde, *meditar en su destino*. Hasta lo creímos “herido de Dios y humillado”, cuando “el Señor quiso triturarlo con el sufrimiento” y “cargó sobre él todos nuestros crímenes”. Jesús, el Siervo de Dios, es vergüenza para los hombres y presuntamente castigado por Dios. Por eso, su soledad y su “noche oscura” es enorme. Ahora empezamos a intuir el profundo misterio de aquellas palabras misteriosas: “Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado?”(Mt 27, 46).

Es el grito del justo en la oscuridad del sufrimiento, cuando Dios, el Dios en el que cree y del que se espera la luz, parece estar ausente y no responder. Misterio profundo en el sufrimiento y la muerte del Hijo de Dios, hecho hombre. En esta noche y en este misterio se encierra el grito de tantos hombres y mujeres justas que sufren, por ser fieles a Dios y siembran amor hacia los hombres. En ellos, se vislumbra también la misericordia del Dios compasivo y misericordioso.

Es el grito de tantas madres que ven morir de hambre a sus hijos sin poder remediarlo; el grito de tantos hombres y mujeres buenas, que, con profunda valoración de la vida humana, deben soportar con dolor la plaga del aborto en el mundo; el grito de las personas santas que sufren el desgarramiento de la droga en tantos hombres, la plaga del sida en otros, el tráfico de la mujer, el

abuso inhumano de tantos niños, de una educación manipulada de niños y jóvenes, de la violencia de la guerra, de la calumnia, de la mentira, del enriquecimiento injusto y despilfarro de muchos.

Jesús en la Cruz es paradigma de los acusados injustamente, de los torturados por razones de raza o religión, de los prófugos y exiliados, de los perseguidos por cualquier causa, de los encarcelados injustamente. Es Jesús quien sufre en los parados, en los hambrientos, en los abandonados, en los discriminados por su condición o nacionalidad. Jesús muere en el anciano abandonado o en el enfermo, al que se quiere matar so capa de ofrecerle una muerte “digna”. Jesús muere en el embrión y en el feto que son eliminados en aras de una falsa libertad de la mujer o de una ideología que llama progreso a la cultura de la muerte. La pasión y muerte del Señor sigue siendo actual y sangrante en tantos hombres y mujeres del mundo...

Pero el cántico del Siervo de Yahvéh no termina en el sufrimiento, la humillación, el fracaso estrepitoso y la muerte. El Viernes santo es día de meditación del lado más oscuro y cruento de la Cruz. Pero en el sufrimiento y el vaciamiento total del Siervo, se apunta ya la dimensión de esperanza y la victoria. El Siervo se encomienda al Padre entregando su espíritu. No cae en el pozo negro de la nada y el vacío. El amor que se entrega por hacer que otros vivan, nunca muere. El grano de trigo que se

pudre en el surco da mucho fruto. El poema del Siervo habla ya del “éxito” que éste tendrá; se dice que “subirá y crecerá mucho”, “cuando entregue su vida como expiación, verá su descendencia, prolongará sus años”, Dios le dará “una parte entre los grandes”.

Todas estas expresiones apuntan proféticamente a la resurrección y a la glorificación del Hijo de Dios encarnado, paciente y muerto. El Viernes santo nos sume en el dolor por el Hijo de Dios que entrega su vida con sufrimientos horribles, pero a la vez nos descubre el amor hasta el fin, del Padre y del Hijo y la profundidad de su misericordia con nosotros. Esta “misericordia entrañable” nos debe llevar a practicar: el perdón, la reconciliación con los hermanos, a buscar la paz con todos, a vivir la fraternidad lograda por el Hijo con todos los hermanos. Así llegaremos a ser verdaderos hijos de Dios y hermanos en el Hijo.

“Todo está cumplido” por parte de Cristo-nos ha dicho san Juan en la pasión-; si todo está cumplido según el plan eterno del Padre, ahora le toca actuar a Él. Su actuación, por el Espíritu, es la resurrección. Mañana la celebraremos con suma alegría en la noche pascual. Acompañemos esta tarde y mañana a la Madre Dolorosa, que compartió en soledad los sufrimientos del Hijo, su ausencia y vacío.

Ni siquiera en este día, sin celebración de la Eucaristía, quedaremos pri-

vados de la comunión sacramental. Que hoy recibamos el Cuerpo y Sangre del Señor en comunión con los padecimientos del Hijo, viviendo su propia muerte para resucitar con Él. En la

procesión por las calles acompañemos con fe el dolor y esperanza de María.

Luis Quintero Fiuza
Obispo de Ourense

Homilía do Sr. Bispo - Venres Santo

Queridos irmáns: nesta tarde de Venres Santo entramos de cheo no Misterio pascual de Cristo. A oración colecta rezaba así: “Señor, Deus noso: Xesus Cristo, o teu Fillo, ó derrama-lo seu sangue por nós, penetrouse no seu misterio pascual”.... É o día da paixón, do derramamento do sangue e a entrega total da vida. A beleza e mocidade do “máis fermoso dos homes” (Sal 45, 3) tórnanse en espanto, desfiguramento, ausencia de beleza, evitado polos homes, varón de dores, traspasado polas nosas rebelións, triturado polos nosos crimes (Is 52,13-53,12).

A paixón e a Cruz de Cristo, na súa humillación e baleiramento, non teñen outra finalidade máis que a nosa salvación. Todo isto se explica só polo amor de Deus en favor noso, (“etiam pro nobis”) “por nós”. Repetímolo cada domingo e cada solemnidade na Eucaristía: “Por nós, os homes, e pola nosa salvación baixou do ceo...encarnouse, naceu... e padeceu...e morreu”. Xesús crucificado é o prezo da nosa reconciliación con Deus. En Cristo crucificado e morto, Deus amosou canto nos

amaba e como a súa misericordia non ten fin, “porque é eterna a súa misericordia”...(Sal 117). Unha misericordia ofrecida sempre e a todos...

O profetizado sobre El como “Servo de Deus” cumpriuse e a nós tócanos, esta tarde, *meditar no seu destino*. Ata o cremos “ferido de Deus e humillado”, cando “o Señor quixo, trituralo co sufrimento” e “cargou sobre el tódolos nosos crimes”. Xesús, o Servo de Deus, é vergoña para os homes e presuntamente castigado por Deus. Por iso, a súa soidade e su “noite escura” é enorme. Agora empezamos a intuí-lo profundo misterio daquelas palabras misteriosas: “Deus meu, Deus meu ¿por que me abandonaches?”(Mt 27, 46).

É o berro do xusto na escuridade do sufrimento, cando Deus, o Deus no que cre e do que se agarda a luz, asemella estar ausente e non responder. Misterio profundo no sufrimento e a morte do Fillo de Deus, feito home. Nesta noite e neste misterio encérrase o berro de tantos homes e mulleres xustas que sofren, por ser fieis a Deus

e sementan amor cara os homes. Neles albíscase tamén a misericordia do Deus compasivo e misericordioso.

É o berro de tantas nais que ven morrer de fame ós seus fillos sen poder remedialo; o berro de tantos homes e mulleres boas, que con profunda valoración da vida humana, deben soportar con dor a praga do aborto no mundo; o berro das persoas santas que sofren o desgarrado da droga en tantos homes, a praga do sida noutros, o tráfico da muller, o abuso inhumano de tantos nenos, dunha educación manipulada de nenos e mozos, da violencia da guerra, da calumnia, da mentira, do enriquecemento inxusto e malgasto de moitos.

Xesús na Cruz é paradigma dos acusados inxustamente, dos torturados por razóns de raza ou relixión, dos prófugos e exiliados, dos perseguidos por calquera causa, dos encarcerados inxustamente. É Xesús quen sofre nos parados, nos famentos, nos abandonados, nos discriminados pola súa condición ou nacionalidade. Xesús morre no ancián abandonado ou no enfermo, ó que se quere matar so capa de lle ofrecer unha morte “digna”. Xesús morre no embrión e no feto que son eliminados en aras dunha falsa liberdade da muller ou dunha ideoloxía que chama progreso á cultura da morte. A paixón e morte do Señor segue sendo actual e sangrante en tantos homes e mulleres do mundo...

Pero o cántico do Servo de Yahvéh non remata no sufrimento, a humilla-

ción, o fracaso estrepitoso e a morte. O Venres santo é día de meditación do lado máis escuro e cruento da Cruz. Pero no sufrimento e o baleiramento total do Servo, apúntase xa a dimensión de esperanza e a vitoria. O Servo encoméndase ó Pai entregando o seu espírito. Non cae no pozo negro a nada e o baleiro. O amor que se entrega por facer que outros vivan, nunca morre. O gran de trigo que se podre no rego dá moito froito. O poema do Servo fala xa do “éxito” que este terá; dise que “subirá e crecerá moito”, “cando entregue a súa vida como expiación, verá a súa descendencia, prolongará os seus anos”, Deus daralle “unha parte entre os grandes”.

Todas estas expresións apuntan profeticamente á resurrección e á glorificación do Fillo de Deus encarnado, paciente e morto. O Venres santo sómenos no dor polo Fillo de Deus que entrega a súa vida con sufrimentos horrendos, pero á vez descóbrenolo amor ata o fin, do Pai e do Fillo e a profundidade da súa misericordia con nós. Esta “misericordia entrañable” débemos levar practicar: o perdón, a reconciliación cos irmáns, a busca-la paz con todos, a vivi-la fraternidade lograda polo Fillo con tódolos irmáns. Así chegaremos a ser verdadeiros fillos de Deus e irmáns no Fillo.

“Todo está cumprido” por parte de Cristo -díxonos san Xoán na paixón-; se todo está cumprido segundo o plano eterno do Pai, agora tócalle actuar

a El. A súa actuación, polo Espírito, é a resurrección. Mañá celebrámo-la con suma ledicia na noite pascual. Acompañemos esta tarde e mañá á Nai Dolorosa, que compartiu en soidade os sufrimentos do Fillo, a súa ausencia e baleiro.

Nin sequera neste día, sen celebración da Eucaristía, quedaremos pri-

vados da comunión sacramental. Que hoxe recibámo-lo Corpo e Sangue do Señor en comunión cos padecementos do Fillo, vivindo a súa propia morte para resucitar con El. Na procesión polas rúas acompañemos con fe o dor e esperanza de María,

Luís Quinteiro Fiuza
Bispo de Ourense

Homilía del Sr. Obispo - Vigilia Pascual

Queridos hermanos todos: Hemos llegado, por gracia de Dios, a la celebración culminante de todo el año cristiano. Ésta es la noche preparada durante toda la cuaresma, cantada con gozo desbordante en el “Exultet”, llena de contenido teológico y de fe por las lecturas bíblicas, las oraciones gozosas de la Iglesia, los cantos del pueblo y los gestos tan variados. Es la noche de la Resurrección del Señor y de la asimilación de los cristianos, sobre todo de los nuevos bautizados, a la vida nueva del Resucitado.

La luz de Cristo ha brillado en toda la tierra y el agua del Bautismo, como seno maternal de la Iglesia, da a luz a nuevos hijos. Sí, hermanos, en el Bautismo comienza todo para el cristiano. Allí hemos muerto con Cristo al hombre viejo, al pecado y consepultados con Cristo, hemos renacido a la vida nueva, a la vida fruto de la Cruz y el derramamiento de la sangre del Señor. La fuente bautismal ha sido para nosotros el verdadero seno, en el que la Madre Iglesia nos ha gestado y nos ha dado a luz, por obra del Espíritu Santo, comunicado por Jesús después de su resurrección.

Con la vida de Cristo hemos recuperado la imagen y semejanza perdida y hemos sido hechos hijos de Dios en el Hijo. Al mismo tiempo hemos engrosado el número de los hijos de la Iglesia. Por el Bautismo hemos entrado en

la comunidad de hermanos del mismo Hijo de Dios. Desde ese momento ya no podemos disgregarnos de la Iglesia, Cuerpo misterioso pero real de Cristo, sin producir un desgarramiento en ese cuerpo y en nosotros, como sus miembros. Somos uno en Cristo y en la Iglesia, nuestra vocación es la santidad, nuestra misión es la de Cristo y de la Iglesia: vivir y testimoniar la vida de Dios, que es comunión con la Trinidad y con todos los bautizados.

Individualmente y, como Cuerpo misterioso de Cristo, somos también el templo vivo del Espíritu Santo que, como mano del Padre, nos va modelando, si le dejamos, a imagen del Hijo. Por el Bautismo comenzamos a ser sacerdotes, profetas y reyes. Como partícipes del Sacerdocio de Cristo, estamos llamados a celebrar la Liturgia de la Iglesia y ofrecer toda nuestra vida como una ofrenda de alabanza y glorificación de Dios. Como profetas, nos toca testimoniar con nuestra vida y palabra que el Reino de Dios está en medio de nosotros por la presencia de Jesucristo. Como reyes estamos llamados a prestar el servicio del amor, a imitación de Jesucristo, a todos los hombres.

Además, hermanos, el Bautismo como depósito y base de todo lo cristiano y espiritual, comporta un dinamismo, una exigencia de desarrollo (por la Confirmación y la Eucaristía)

que tendrá su meta en la vida eterna, en el gozo definitivo del cielo. Por eso, el Bautismo es el “sello” de la fe, la fuente de todos los dones espirituales que hemos de hacer crecer y conservar, con la gracia de Dios, hasta la vida eterna. La vida que la Trinidad nos ha comunicado en el Bautismo, bajo el signo de la vestidura blanca y de la luz, nos exige colaborar con el Espíritu Santo para que se desarrolle y pueda recibir la plenitud en la gloria eterna.

La vida de Dios regalada en el Bautismo no perecerá con la muerte, sino que está llamada a resucitar. Por eso, en esta noche sobre todo, vemos tan unida la resurrección de Cristo con nuestro bautismo. Pero ¿qué significa, hermanos, resucitar? Cuando en los entierros cristianos y funerales proclamamos las lecturas bíblicas que hablan de la resurrección de Cristo, ¿Qué queremos decir? ¿Qué entendéis vosotros? ¿Qué recibís en vuestro interior al resonar en los oídos tantas veces la palabra resurrección? Y, sobre todo, ¿Qué resonancia adquiere tal palabra en vuestras mentes y corazones? La resurrección ha de ser el acontecimiento central en la vida de todo cristiano y de la comunidad que se reúne cada domingo y cada día para la Misa. La resurrección debe ser el fundamento y la base de toda vida en el Señor. Tratemos de responder a los interrogantes anteriores con palabras casi copiadas de Benedicto XVI (Cf. *Homilía en la vigilia de la noche de Pascua* 16-IV-06).

Ante todo, tenemos que saber que Jesús ya no está en el sepulcro. Vive una vida completamente nueva. Pero la vida de Jesús no estaba cerrada en sí misma. Jesús era uno con el Dios vivo, unido totalmente a Él, formando con Él una sola persona. Se encontraba en un mismo abrazo con Aquél que es la vida misma, un abrazo no sólo emotivo, sino que abarcaba y penetraba su ser. Su propia vida no era solamente suya, era una comunión existencial con Dios y un estar insertado en Dios, por eso no se le podía quitar realmente.

Pudo dejarse matar por amor, pero así justamente destruyó el carácter definitivo de la muerte, pues en él estaba presente el carácter definitivo de la vida. Él era una cosa sola con la vida indestructible, de modo que ésta brotó de nuevo a través de la muerte. La resurrección fue como un estallido de luz, una explosión del amor que desató el vínculo hasta entonces indisoluble del “morir y devenir”. Inauguró una nueva dimensión del ser, de la vida, en la que también ha sido integrada la materia, de una manera transformada, y a través de la cual surge un mundo nuevo. Por la resurrección todo lo creado se asocia a la novedad de vida de Cristo resucitado.

Pero este acontecimiento no pertenece sólo al pasado, sino que por la fe y el Bautismo llega a cada uno de nosotros, arrastrándonos hacia una nueva vida futura, hacia un mundo nuevo que, partiendo de Cristo, entra ya con-

tinuamente en este mundo nuestro, lo transforma y lo atrae hacia sí. La resurrección no ha pasado, nos ha alcanzado e impregnado. Por el bautismo cada uno de nosotros somos yo, pero ya “*no soy yo, es Cristo quien vive en mí*”(Gal 2,20). Por el Bautismo nos sujetamos al Señor resucitado, sabemos que también Él nos sostiene firmemente cuando nuestras manos se debilitan; nos agarramos a su mano y así nos damos la mano unos a otros y nos convertimos en un sujeto único: *Yo, pero ya no soy*

yo: ésta es la fórmula del vivir cristiano fundado en el bautismo, la fórmula de la resurrección el en tiempo. Si vivimos así transformamos el mundo. Que esta sacratísima noche recibamos del Señor resucitado la gracia de ir asimilando el significado de la resurrección de Cristo, fuente ya desde ahora de la nuestra. Se lo encomendamos a la Virgen de la resurrección.

Luis Quintero Fiuza
Obispo de Ourense

Homilía do Sr. Bispo - Vixilia Pascoal

Queridos irmáns todos: Chegamos, por graza de Deus, á celebración culminante de todo o ano cristián. Esta é a noite preparada durante toda a coresma, cantada con gozo rebordante no “Exultet”, chea de contido teolóxico e de fe polas lecturas bíblicas, as oracións gozosas da Igrexa, os cantos do pobo e os xestos tan variados. É a noite da Resurrección do Señor e da asimilación dos cristiáns, sobre todo dos novos bautizados, á vida nova do Resucitado.

A luz de Cristo brillou en toda a terra e a auga do Bautismo, como seo maternal da Igrexa, dá a luz a novos fillos. Si, irmáns, no Bautismo comeza todo para o cristián. Alí morremos con Cristo ó home vello, ó pecado e conspuados con Cristo, renacemos á vida

nova, á vida froito da Cruz e o derramamento da sangue do Señor. A fonte bautismal foi para nós o verdadeiro seo, no que a Nai Igrexa nos xestou e deunos a luz, por obra do Espírito Santo, comunicado por Xesús despois da súa resurrección.

Coa vida de Cristo recuperámola imaxe e semellanza perdida e fomos feitos fillos de Deus no Fillo. Ó mesmo tempo, engrosámolo número dos fillos da Igrexa. Polo Bautismo entramos na comunidade de irmáns do mesmo Fillo de Deus. Dende ese momento xa non podemos disgregarnos da Igrexa, Corpo misterioso pero real de Cristo, sen producir un desgarramento nese corpo e en nós, como os seus membros. Somos un en Cristo e na Igrexa, a nosa vocación é a santedade, a nosa misión é a de Cristo

e da Igrexa: vivir e testemuña-la vida de Deus, que é comunión coa Trindade e con tódolos bautizados.

Individualmente e, como Corpo misterioso de Cristo, somos tamén o templo vivo do Espírito Santo que, como man do Pai, vainos modelando, se lle deixamos, a imaxe do Fillo. Polo Bautismo comezamos a ser sacerdotes, profetas e reis. Como partícipes do Sacerdociado de Cristo, estamos chamados a celebra-la Liturxia da Igrexa e ofrecer toda a nosa vida como unha ofrenda de gabanza e glorificación de Deus. Como profetas, tócanos testemuñar coa nosa vida e palabra que o Reino de Deus está en medio de nós pola presenza de Xesuscristo. Como reis estamos chamados a empresta-lo servizo do amor, a imitación de Xesuscristo, a tódolos homes.

Ademais, irmáns, o Bautismo como depósito e base de todo o cristián e espiritual, comporta un dinamismo, unha esixencia de desenvolvemento (pola Confirmación e a Eucaristía) que terá a súa meta na vida eterna, no gozo definitivo do ceo. Por iso, o Bautismo é o “selo” da fe, a fonte de tódolos dons espirituais que debemos de facer crecer e conservar, coa graza de Deus, ata a vida eterna. A vida que a Trindade nos comunicou no Bautismo, baixo o signo da vestidura branca e da luz, esíxenos colaborar co Espírito Santo para que se desenvolva e poida recibi-la plenitude a gloria eterna.

A vida de Deus regalada no Bautismo non perderá coa morte, senón que

está chamada a resucitar. Por iso, nesta noite sobre todo, vemos tan unida a resurrección de Cristo co noso bautismo. Pero ¿que significa, irmáns, resucitar? Cando nos enterros cristiáns e funerais proclamámo-las lecturas bíblicas que falan da resurrección de Cristo, ¿Que queremos dicir? ¿Que entendedes vós? ¿Que recibides no voso interior ó resoar nos oídos tantas veces a palabra resurrección? E, sobre todo, ¿Que resonancia adquire tal palabra nas vosas mentes e corazóns? A resurrección ha de se-lo acontecemento central na vida de todo cristián e da comunidade que se reúne cada domingo e cada día para a Misa. A resurrección debe se-lo fundamento e a base de toda vida no Señor. Trátemos de responder ós interrogantes anteriores con palabras case copiadas de Benedicto XVI (Cf. *Homilía na vixilia da noite de Pascua* 16-IV-06).

Ante todo, temos que saber que Xesús xa non está no sepulcro. Vive unha vida completamente nova. Pero a vida de Xesús non estaba pechada en si mesma. Xesús era un co Deus vivo, unido totalmente a El, formando con El unha soa persoa. Atopábase nunha mesma aperta con Aquel que é a vida mesma, un aperta non só emotivo, senón que abarcaba e penetraba o seu ser. A súa propia vida non era soamente súa, era unha comunión existencial con Deus e un estar inserido en Deus, por iso non se lle podía quitar realmente.

Puido deixarse matar por amor, pero así xustamente destruíu o carácter defi-

nitivo da morte, pois nel estaba presente o carácter definitivo da vida. El era unha cousa soa coa vida indestrutible, de modo que esta agromou de novo a través da morte. A resurrección foi como un estalido de luz, unha explosión do amor que desatou o vínculo ata entón indisoluble do “morrer e devenir”. Inaugurou unha nova dimensión do ser, da vida, na que tamén foi integrada a materia, dunha maneira transformada, e a través da cal xorde un mundo novo. Pola resurrección todo o creado asóciase á novidade de vida de Cristo resucitado.

Pero este acontecemento non pertence só ó pasado, senón que, pola fe e o Bautismo, chega a cada un de nós, nos arrastrando cara unha nova vida futura, cara un mundo novo que, partindo de Cristo, entra xa continuamente neste mundo noso, transfórmao e atraeo cara

si. A resurrección non pasou, alcanzounos e impregnándonos. Polo bautismo cada un de nós somos eu, pero xa “*non son eu, é Cristo quen vive en min*”(Gal 2,20). Polo Bautismo suxeitámonos ó Señor resucitado, sabemos que tamén El nos sostén firmemente cando as nosas mans se debilitan; agarrámonos á súa man e así dámonola man uns a outros e convertémonos nun suxeito único: *Eu, pero xa non son eu*: esta é a fórmula do vivir cristián fundado no bautismo, a fórmula da resurrección o en tempo. Se vivimos así transformámo-lo mundo. Que esta sacratísima noite recibamos do Señor resucitado a graza de ir asimilando o significado da resurrección de Cristo, fonte xa dende agora da nosa. Encomendámosllo á Virxe da resurrección.

Luís Quinteiro Fiuza
Bispo de Ourense

Homilía del Sr. Obispo - Domingo de Pascua

Hermanos: con la Eucaristía de hoy llegamos al culmen del triduo pascual. La liturgia de la Vigilia de ayer y la de hoy nos invitan al gozo desbordante por la victoria de Cristo resucitado sobre la muerte y el sepulcro. La antífona de entrada nos asegura esta realidad y nos invita a creer: “Era verdad, ha resucitado el Señor, aleluya”. No estamos ante un mito o leyenda, no se trata de algo meramente simbólico o figurado, es un *acontecimiento verdadero* y en el que se cimienta toda nuestra esperanza, que da sentido pleno a nuestra vida personal y comunitaria.

El Padre, en este día, nos ha abierto las puertas de la vida por medio de su Hijo, vencedor de la muerte (Or. Colect.). La muerte ha sido vencida definitivamente, la muerte no es el final del camino, ha sido vencida por el que es la *Vida*, por aquél que siendo hombre, es uno con el Dios vivo, unido totalmente a Él de modo que formaba una sola persona, estaba insertado plenamente en Dios. Por eso, Cristo hoy se manifiesta como “vencedor de la muerte”. En la cruz “murió el autor de la vida, pero ahora reina vivo...¡Resucitó de veras mi amor y mi esperanza!” (Secuencia). El demonio al “morder” la humanidad de Cristo, mordió el veneno de su ruina.

La Iglesia, al celebrar la solemnidad de la resurrección de Cristo y, participando de la vida nueva, pide ser reno-

vada por el Espíritu Santo, fuente de la vida de Dios, para vivir “en la esperanza de la resurrección futura” (Or. Colect.). Pide a la vez que “renovada por los sacramentos pascuales, llegue a la gloria de la resurrección” (Or. Posc.).

Hermanos ¡Cuánto necesitamos meditar en la resurrección de Cristo y en la nuestra! Necesitamos la fuerza y gracia del Espíritu Santo para que nos ayude a entender las sagradas Escrituras. El A.T. nos anunció la pasión y muerte del Señor. Pero ya apuntaba a la resurrección. Jesús, en los evangelios, nos anticipó que resucitaría. Los evangelios son testigos de que lo anunciado se ha cumplido. Quienes eran reacios a creer, con las apariciones de Cristo y el sepulcro vacío (Jn 20, 1-9) se tornaron en anunciadores y testigos de la resurrección.

Es necesario que, en la predicación de la Palabra de Dios, en la catequesis y en las oraciones piadosas de la comunidad cristiana, resplandezca el acontecimiento central de la resurrección de Cristo y la esperanza de nuestra futura resurrección. Es la Iglesia la que nos pide releer durante la Cincuentena pascual los textos de las apariciones y descubrir el sentido de la resurrección de Cristo. El mismo Cristo resucitado, en los encuentros y comidas con los discípulos, les descubrió el sentido de las profecías y de los anuncios sobre su muerte y resurrección, para que creyeran a sus pa-

labras y fueran testigos valientes de su resurrección (Jn 20, 1-9). Este testimonio es el que realiza Pedro, la mañana de Pentecostés y que hemos leído como primera lectura (Hech 10, 34a.37-43): A Jesús “lo mataron colgándolo de un madero. Pero Dios lo resucitó al tercer día y nos lo hizo ver, no a todo el pueblo, sino a los testigos que él había designado: a nosotros que hemos comido y bebido con él después de su resurrección” (Jn 10, 34a.37-43).

Nos hacen falta los ojos y el corazón limpio del “discípulo amado” para creer como él que Jesucristo había resucitado, antes de entender la Escritura en lo referente a la resurrección. Sólo la fe y la profundización en la Palabra de Dios proclamada y explicada en la Liturgia nos irá convenciendo profundamente del acontecimiento de la resurrección del Señor. Ésta es el auténtico fundamento de la nuestra, que se nos ha ofrecido en primicia en el Bautismo. San Pablo utilizando este razonamiento nos invitaba en la segunda lectura (Col 3, 1-4) a buscar “los bienes de allá arriba, no...los de la tierra”.

¿De qué bienes se trata? De aquéllos que adornan al Cristo resucitado, a María glorificada y a los santos: la comunión con Dios, la plenitud de una vida de seguimiento de Cristo, las bienaventuranzas, el cumplimiento gozoso de los mandamientos, la alegría que no termina y la paz sin ningún sobresalto. Desde la resurrección de Cristo y, por nuestra participación en ella mediante el bautismo, nuestra vida “está con Cristo escondida en Dios”. También a nosotros nos toca hoy, testimoniar con nuestra vida y nuestras palabras que Jesucristo es el Señor, el Dios-Hombre, el Resucitado para nunca más morir y el que ha dado un nuevo sentido a la historia, a la humanidad y a cada persona. Todo es nuevo, todo ha sido redimido y hay para el hombre una “esperanza grande”.

Que la Virgen de la resurrección, la Virgen alegre, invocada de modo especial hoy como santa “María Madre”, que visita el templo de su Hijo resucitado, nos conceda gozar con la celebración de la Cincuentena pascual.

Luis Quintero Fiuza
Obispo de Ourense

Homilía do Sr. Bispo - Domingo de Pascoa

Irmáns: coa Eucaristía de hoxe chegamos ó cumio do triduo pascual. A liturxia da Vixilia de onte e a de hoxe convidánnos ó gozo desbordante pola vitoria de Cristo resucitado sobre a morte e o sepulcro. A antifona de en-

trada asegúranos esta realidade e convidáanos a crer: “Era verdade, resucitou o Señor, aleluia”. Non estamos ante un mito ou lenda, non se trata de algo meramente simbólico ou figurado, é un *acontecemento verdadeiro* e no que

se alicerza toda a nosa esperanza, que dá sentido pleno á nosa vida persoal e comunitaria.

O Pai, neste día, abriunos as portas da vida por medio do seu Fillo, vencedor da morte (Or. Colec.). A morte foi vencida definitivamente, a morte non é o final do camiño, foi vencida polo que é a *Vida*, por aquel que sendo home, é un co Deus vivo, unido totalmente a El de modo que formaba unha soa persoa, estaba inserido plenamente en Deus. Por iso, Cristo hoxe maniféstase como “vencedor da morte”. Na cruz “morreu o autor da vida, pero agora reina vivo...¡Resucitou de veras o meu amor e a miña esperanza!” (Secuencia). O demo ó “morder” a humanidade de Cristo, mordeu o veneno da súa ruína.

A Igrexa, ó celebra-la solemnidade da resurrección de Cristo e, participando da vida nova, pide ser renovada polo Espírito Santo, fonte da vida de Deus, para vivir “na esperanza da resurrección futura” (Or. Colec.). Pide á vez que “renovada polos sacramentos pascuais, chegue a gloria da resurrección” (Or. Posc.).

Irmáns ¡Canto precisamos meditar na resurrección de Cristo e na a nosa! Precisámo-la forza e graza do Espírito Santo para que nos axude a entende-las sagradas Escrituras. O A.T. anunciou-uno-la paixón e morte do Señor. Pero xa apuntaba á resurrección. Xesús, nos evanxeos, anticipounos que resucitaría. Os evanxeos son testemuñas de que o

anunciado cumpriuse. Quen eran reacios a crer, coas aparicións de Cristo e o sepulcro baleiro (Xn 20, 1-9) tornáronse en anunciadores e testemuñas da resurrección.

É necesario que, na predicación da Palabra de Deus, na catequese e nas oracións piadosas da comunidade cristiá, resplandeza o acontecemento central da resurrección de Cristo e a esperanza da nosa futura resurrección. É a Igrexa a que nos pide reler durante a Cincuentena pascual os textos das aparicións e descubri-lo sentido da resurrección de Cristo. O mesmo Cristo resucitado, nos encontros e comidas cos discípulos, descubríulle-lo sentido das profecías e dos anuncios sobre a súa morte e resurrección, para que creesen ás súas palabras e fosen testemuñas valentes da súa resurrección (Xn 20, 1-9). Este testemuño é o que realiza Pedro, a mañá de Pentecostes e que lemos como primeira lectura (Hech 10, 34a.37-43): A Xesús “matárono colgándoo dun madeiro. Pero Deus resucitouno ó terceiro día e fíxonolo ver, non a todo o pobo, senón ás testemuñas que el designara: a nós que comemos e bebemos con El despois da súa resurrección” (Xn 10, 34a.37-43).

Fannos falta os ollos e o corazón limpo do “discípulo amado” para crer como el que Xesuscristo resucitara, antes de entende-la Escritura no referente á resurrección. Só a fe e a afondamento na Palabra de Deus proclamada e explicada na Liturxia iranos convencen-

do fundamento do acontecemento da resurrección do Señor. Esta é o auténtico fundamento da nosa, que senos ofreceu en primicia no Bautismo. San Paulo utilizando este razoamento convidábanos na segunda lectura (Col 3, 1-4) a buscar “os bens de alá arriba, non...os da terra”.

¿De que bens se trata? Daqueles que adornan ó Cristo resucitado, a María glorificada e ós santos: a comunión con Deus, a plenitude dunha vida de seguimento de Cristo, as benaventuranzas, o cumprimento gozoso dos mandamentos, a ledicia que non remata e a paz sen ningún sobresalto. Dende a resurrección de Cristo e, pola nosa participación nela mediante o bautismo, a nosa vida

“está con Cristo agochada en Deus”. Tamén a nós tócanos hoxe, testemuñar coa nosa vida e as nosas palabras que Xesus Cristo é o Señor, o Deus-Home, o Resucitado para nunca máis morrer e o que deu un novo sentido a historia, á humanidade e a cada persoa. Todo é novo, todo foi redimido e hai para o home unha “esperanza grande”.

Que a Virxe da resurrección, a Virxe leda, invocada de modo especial hoxe como santa “María Nai”, que visita o templo do seu Fillo resucitado, nos conceda gozar coa celebración da Cinquentena pascual.

Luís Quintero Fiuza
Bispo de Ourense

Carta Pastoral de los obispos de la Provincia Eclesiástica con motivo de la Jornada Interdiocesana de Enseñanza Religiosa Escolar. Galicia 2009

Todos somos conscientes del importante cambio social y cultural que está viviendo nuestra sociedad. En esta situación, una de las exigencias fundamentales es lograr una auténtica educación de calidad preocupada por introducir a nuestros niños y jóvenes a la comprensión razonable y rigurosa de todas las dimensiones de la realidad, que incluye también la dimensión religiosa.

Por eso es legítimo reclamar que, en el marco escolar, la religión sea abordada también de un modo explícito, que permita su comprensión racional. De otra manera, nuestros niños y jóvenes quedarían indefensos ante propagandas e ideologías, por no haber sido ayudados a adquirir una conciencia crítica sobre sus convicciones más importantes, referidas a su persona, al mundo y a Dios. La presencia de la religión en el marco escolar es un derecho fundamental de los padres. Como auténticos responsables de la educación de vuestros hijos, tenéis el derecho y la responsabilidad de que sean educados conforme a vuestras propias convicciones religiosas y morales.

Es necesario proclamar, quizá hoy con más fuerza, que la fe y el mensaje del evangelio no son enemigos de la felicidad personal ni del bien de la sociedad. Los cristianos creemos que en Jesucristo y su Palabra encontramos aquellos valores que pueden darnos el

pleno sentido de la vida, del mundo y de la historia. La enseñanza religiosa pretende, en diálogo con las otras materias, ayudar a comprender razonablemente la respuesta cristiana a las grandes preguntas de la vida para que los alumnos puedan encontrar en ella la luz que les ilumine a la hora formar su personalidad e insertarse en medio de la sociedad.

Es triste ver cómo, a veces, algunos padres que se confiesan católicos y piden los sacramentos para sus hijos, no se preocupan de solicitar para la enseñanza religiosa. Y algunos lo hacen dejándose llevar por una mal llamada modernidad donde se pretende desterrar la religión de la vida personal, de la sociedad y de los centros educativos.

Por eso, queremos recordaros vuestro compromiso educativo cristiano. En el lema de este año se nos recuerda que en la educación religiosa han de colaborar estrechamente la familia, la parroquia y el colegio. Cada una con su tarea específica pero apoyándose mutuamente. Es mucho lo que todos nos jugamos en estos momentos respecto a la educación de la juventud. Son muchos los valores de los jóvenes que se ven expuestos también a no pocos peligros. Es necesario apostar seriamente por una educación integral que les ayude a enfrentarse a la vida con optimismo y esperanza.

Invitamos a vosotros, padres, a mantener firme la decisión de solicitar para vuestros hijos la clase de religión. Y a vosotros, alumnos, os pedimos también que elijáis la enseñanza de la Religión y Moral católica, apostando por esta asignatura que os permite conocer mejor el cristianismo, poder así dialogar con otras culturas y religiones y trabajar por

la verdad, la paz y la solidaridad. También deseamos agradecer la tarea que llevan a cabo los profesores de religión católica en situaciones, a veces, difíciles, animándoles a continuar con ilusión en esa tarea tan importante y pidiendo que el Señor ayude a todos los que colaboran en una mejor formación humana y religiosa de la infancia y la juventud.

Os saludan con todo afecto y bendicen en el Señor.

- + Julián Barrio, Arzobispo de Santiago
- + José Diéguez, Obispo de Tui-Vigo
- + Luis Quinteiro, Obispo de Orense
- + Manuel Sánchez, Obispo de Mondoñedo-Ferrol
- + Alfonso Carrasco, Obispo de Lugo
- + José Cerviño, Obispo Emérito de Tui-Vigo

Carta dos bispos da Provincia Eclesiástica co gallo da Xornada Interdiocesana de Ensinanza Relixiosa Escolar. Galicia 2009

Todos somos conscientes do importante cambio social e cultural que está vivindo a nosa sociedade. Nesta situación, unha das esixencias fundamentais é acadar unha auténtica educación de calidade preocupada por introducir aos nenos e mozos á comprensión razoable e rigorosa de todas as dimensións da realidade e, polo tanto, tamén da dimensión relixiosa.

Por iso, é lexítimo reclamar que, no marco escolar, a relixión sexa abordada tamén dun modo explícito, que permita a súa comprensión racional. De outro xeito os nenos e mozos que

darían indefensos ante propagandas e ideoloxías, por non ter sido axudados a conquistar unha conciencia crítica sobre as súas conviccións máis importantes, referidas a súa persoa, ó mundo e á Deus. A presenza da relixión no marco escolar é un dereito fundamental dos pais. Como auténticos responsables da educación dos vosos fillos tendes o dereito e a responsabilidade de que sexan educados en conformidade coas vosas propias conviccións relixiosas e morais.

Cómpre proclamar, quizais hoxe con máis forza, que a fe e a mensaxe do Evanxeo non son inimigos da felici-

dade persoal nin do ben da sociedade. Os cristiáns cremos que en Xesucristo e na súa Palabra atopamos aqueles valores que poden darnos o pleno sentido da vida, do mundo e da historia. A ensinanza relixiosa pretende, en diálogo coas outras materias, axudar a comprender razoablemente a resposta cristiá ás grandes preguntas da vida para que os alumnos poidan atopar nela a luz que as ilumine á hora de formar a súa personalidade e insertarse no medio da sociedade.

É unha mágoa ver como, ás veces, algúns pais que se confesan católicos e piden os sacramentos para os seus fillos na parroquia, non se preocupan logo de solicitar para eles a ensinanza relixiosa na escola. E algúns fano deixándose levar por unha mal chamada modernidade onde se pretende desterrar a relixión da vida persoal, da sociedade e dos centros educativos.

Por iso queremos lembrárvo-lo voso compromiso educativo cristián. No lema deste ano lémbraenos que na educación relixiosa han de colaborar estreitamente a familia, a parroquia e a escola. Cada unha coa súa tarefa espe-

cífica pero apoiándose mutuamente. É moito o que todos nos xogamos nestes momentos respecto á educación dos nenos e da mocidade. Son moitos os valores dos mozos, pero tamén moitos os seus perigos. Cómpre apostar seriamente por unha educación integral que lle axude a enfrontarse á vida con optimismo e esperanza.

Invitámosvos a vós, pais, a manter firme a decisión de solicitar para os vosos fillos a materia de relixión na escola. E a vós, alumnos e alumnas, tamén vos invitamos a solicita-la ensinanza da Relixión e Moral católica. Apostade por esta materia que vos permita coñecer mellor o cristianismo e poder así dialogar con outras culturas e relixións, e traballar pola verdade, a paz e a solidariedade.

Tamén desexamos agradecer a tarefa que levan adiante os mestres e profesores de relixión católica, en situacións, ás veces, difíciles. Animámosvos a continuar con ilusión nesta tarefa tan importante.

Que o Señor vos axude a todos os que colaborades nunha mellor formación humana e relixiosa da infancia e da mocidade.

Saúdanvos con todo afecto e bendícenvos no Señor:

- + Julián Barrio, Arcebispo de Santiago;
- + José Diéguez, Bispo de Tui-Vigo;
- + Luis Quinteiro, Bispo de Ourense;
- + Manuel Sánchez, Bispo de Mondoñedo-Ferrol;
- + Alfonso Carrasco, Bispo de Lugo;
- + José Cerviño, Bispo Emérito de Tui-Vigo

ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO

MARZO

Día 29: Santa Visita Pastoral a la parroquia de La Milagrosa en el Arcipresbiterato de Ourense Este.

Preside la Celebración de “Acies” de la Legión de María en la Parroquia de Santa Eufemia la Real del Centro.

ABRIL

Día 2: Preside el Santo Viacrucis de la Juventud con Estaciones en Santa María Madre, Santa Eufemia y Catedral.

Día 3: Reunión del Consejo Episcopal.

Día 4: Saluda a los niños participantes en el Encuentro de Monaguillos en el Seminario Menor.

Día 5: Domingo de Ramos en la Pasión del Señor. Procesión y Santa Misa en la S. I. Catedral Basílica de San Martín de Tours.

Día 7: Entrevista en la COPE sobre la Semana Santa.

Día 8: Asiste al Retiro Espiritual de sacerdotes en la iglesia parroquial de Santa Eufemia la Real del Centro.

Preside la Solemne Celebración de la Misa Crismal en la S. I. Catedral Basílica de San Martín de Tours.

Día 9: Preside el Oficio de Lecturas y Laudes en la S. I. Catedral.

Preside la Solemne Celebración “In Cenma Domini” en la S. I. Catedral.

Día 10: Preside el Oficio de Lecturas y Laudes en la S. I. Catedral.

Preside la Solemne Celebración de la Pasión del Señor.

Día 11: Preside la Procesión de la Virgen Dolorosa y de la Soledad desde la iglesia parroquial de la Santísima Trinidad, con Vía crucis y sermón en la S. I. Catedral, para regresar a la misma iglesia parroquial.

Preside el Oficio de Lecturas y Laudes en la S. I. Catedral.

Preside la Solemne Vigilia Pascual en la S. I. Catedral.

Día 12: Preside la Misa del Domingo de Resurrección en la S. I. Catedral y Procesión de retorno de la imagen de Santa María Madre a su iglesia titular.

- Día 13: Preside la Celebración Eucarística de Exequias por el E. D. de Sor Josefa Velasco, Religiosa Franciscana de la Madre del Divino Pastor, en la parroquia de San Cipriano de O Carballiño.
- Días 16-19: Preside la Asamblea Nacional del Apostolado del Mar en Santa Pola, como Obispo Promotor del Apostolado del Mar.
- Día 18: Asiste a la Toma de Posesión del Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Carlos Osoro Sierra como nuevo Arzobispo de Valencia.
- Días 20-24: Asamblea Plenaria de los Sres. Obispos de la Conferencia Episcopal Española en Madrid.
- Día 28: Consejo Episcopal.



IGLESIA DIOCESANA

SECRETARÍA GENERAL

NOMBRAMIENTOS

Con fecha **13 de abril de 2009**, el Sr. Obispo de la Diócesis de Ourense, Monseñor D. Luis Quinteiro Fiuza, ha tenido a bien realizar el nombramiento del **Rvdo. Sr. D. Santiago Cabido Ferreño** como Administrador parroquial de San Salvador de Villaza.

Y con fecha **28 de abril de 2009**, el del **Rvdo. Sr. D. Martín Atanes Losada** como Administrador parroquial de Santa María de A Caridade.

DEFUNCIONES

“Como Cristo que, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, así ellos también, liberados de la corrupción, no conocerán ya la muerte y participarán de la resurrección de Cristo, como Cristo participó de nuestra muerte”.

*(De los sermones de S. Atanasio de Antioquía;
Sermón 5, sobre la resurrección de Cristo).*

Oficio de difuntos.

M. Josefa Velasco, Religiosa Franciscana de la Madre del Divino Pastor, en O Carballiño, fallecida el 8 de abril de 2009. Una hermana, fecunda en años, lúcida en su mente, y muy generosa y fuerte de corazón, que ha querido vivir para Dios al servicio de cuantos ha ido encontrado en su camino. Sus primeros años han transcurrido en un hogar profundamente cristiano. Desde niña se descubre con vocación y aptitudes para la música, por eso la envían al colegio Divina Pastora de Madrid. Curiosamente conoció a una de las Hermanas mártires, hoy en proceso de beatificación: la Sierva de Dios Asunta González Trujillano. Transcurren los años, termina los estudios y algo se remueve en su interior. Escucha y acoge la llamada a desarrollar su vida en la vida religiosa. Pide el ingreso en la Congregación de las Hermanas Franciscanas Misioneras de la Madre del Divino Pastor e ingresa en el noviciado, en Madrid. Eran años difíciles en España sacudida por la guerra civil y complicados para la vida religiosa. El Noviciado de Madrid (con dificultades para

continuar) es trasladado a Garralda (Pamplona). Allí permaneció, con otras compañeras, hasta después de la primera profesión, el día 3 de octubre de 1937.

Es destinada al Colegio de La Coruña, donde impartió clases de música. Posteriormente será en Barcelona, Santiago, Vigo donde, a través de la música, desarrolla la educación integral de las niñas, y a la vez asume servicios de animación de las Comunidades y acompañamiento a las hermanas, a las niñas y a cuantas personas lo necesitaban. En su etapa final es destinada a O Carballiño, donde ha vivido entre nosotros 32 años. Aquí celebró sus bodas de oro sintiéndose querida y valorada por la Comunidad, el pueblo y las alumnas.

En la mañana del 7 de abril, acompañada de toda la comunidad recibió el sacramento de la Unción de enfermos con gran paz, consciencia y lucidez, confiada en la madurez de quien ha puesto su confianza en el Señor. La M. Josefa Velasco responde a la llamada definitiva del 8 de abril a los 96 años de edad.

P. David Cabello Caballero, O.C.S.O. Nació en Martos (Jaén) el 25 de VIII de 1926, ingresó en San Isidro de Dueñas (Palencia) el 29 de VII de 1956, como subdiácono de la archidiócesis de Sevilla, desde cuyo seminario llegó a la vida monástica. Comenzó su noviciado canónico el 21 del XI de 1956 y realizó sus votos temporales el 21 de XII de 1958 también en San Isidro de Dueñas. La Consagración monástica definitiva, la Profesión Solmene la realizó el día de la Inmaculada, 8 del XII de 1961. Prosiguió sus estudios teológicos hasta que recibió la ordenación sacerdotal el 11 de febrero de 1962. Cantó su primera misa el 12 de febrero de ese mismo año en Palencia, en el mismo Monasterio de San Isidro.

El Abad de San Isidro, le encomendó junto a un grupo de hermanos, venir a reforzar el Monasterio de Oseira en marzo de 1962 (desde el 11 de III-1962 hasta el 14 de septiembre de 1963) después de una estancia breve, volvió definitivamente a Oseira el 13 de septiembre de 1966.

Murió el día 19 de abril de 2009 a las 12:15 horas, habiendo recibido la santa unción, en compañía del P. Superior y otros hermanos que rezaban en torno a su cama. Falleció el domingo II de Pascua, el domingo de la Divina Misericordia, mientras la comunidad celebraba la solemne eucaristía de la octava de Pascua. Sobre el Padre David Dios hizo reposar, de manera especial, dos de las ocho bienaventuranzas predicadas por su Hijo Jesucristo: La pobreza en el espíritu, y la limpieza de corazón.

Fue tan sencillo que, aunque hiciese algo grande ni se daba cuenta. Todo le parecía normal. Era limpio de corazón como lo eran sus ojos azules. Jamás guardo rencor a nadie. Murió con la misma sencillez con que había vivido en paz, en sosiego de modo muy natural, como pasando de puntillas para no hacer ruido y no molestar a nadie.

Ha dejado un clima de paz y de esperanza. No lo vemos, pero está con nosotros.

VICARÍA DE PASTORAL

Ante la visita de la Bendita Imagen de la Virgen de los Milagros a la ciudad de Ourense

Rogamos a los Señores Párrocos de la Capital que:

1. Hagan presente a su comunidad portando algún estandarte mariano de la parroquia (la procesión se organiza a las 16:00 horas en la Alameda).
2. En los días anteriores al 1 de mayo animen a sus feligreses a tomar parte en el recibimiento y acogida a la Virgen de los Milagros en la Plaza Mayor de Ourense (a las 16:30 de la tarde).
3. Inviten a sus feligreses a acompañar a la Santísima Virgen con el rezo del Santo Rosario desde la Plaza Mayor hasta la S. I. Catedral.
4. Hagan repicar las campanas parroquiales a partir de las 16:20 hasta las 16:30 de la tarde, coincidiendo con la llegada de la Bendita Imagen de la Virgen a la Ciudad de Ourense.
5. Los Señores párrocos y sacerdotes de la ciudad se unan al feliz acontecimiento, acompañando a sus feligreses, rezando y cantando a la Madre de Dios.

Dado en Ourense, a 16 de abril de 2009.

El Vicario de Pastoral

VICARÍA PARA EL CLERO

Festa de San Juan de Ávila, padroeiro do Clero Español

Celebrarémola o día 6 de Maio, mércores no Seminario Maior.

Horario da Xornada:

10:30 Acollida.

11:00 Concelebración eucarística, presidida polo Excmo. e Rvdm. Sr. D. Luís Quinteiro Fiuza, Bispo de Ourense

13:00 No salón de actos, Conferencia a cargo do Excmo. e Rvdm. Sr. D. Ricardo Blázquez, Bispo de Bilbao.

14:00 Comida.

Sacerdotes que celebran as súas Vodas de Oro Sacerdotais:

Babarro Feijóo, José
Cougil Gil, Tomás
Fernández Grande, Miguel
Fernández Nieves, Lisardo
Fuentes Blanco, Bruno
Gómez Alonso, Aníbal
González Carpintero, Emilio
González Colmenero, Baltasar
Lamas Martínez, Manuel
López Dacal, Jesús
Méndez Valencia, Juan Antonio
Rodríguez González, Manuel
Rodríguez Martínez, José
Rodríguez Vila, Senén
Salgado López, Luis
Sánchez Nóvoa, Orlando

Sacerdotes que celebran as súas Vodas de Prata Sacerdotais

Feijóo Mirón, José Ángel
Román Estévez, Emilio

Invítase a tódolos sacerdotes da Diocese a compartir este día no que lembrámo-lo noso sacerdocio cunha xornada de convivencia o redor dos irmáns que celebran, dun xeito especial, a súa ordenación.

Cesáreo Lourido Díaz
Vigairo para O Clero



IGLESIA EN ESPAÑA

IGLESIA EN ESPAÑA

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

XCII Asamblea Plenaria. 24 al 28 de abril

Discurso inaugural del Emmo. Sr. Cardenal Antonio M^a Rouco Varela Arzobispo de Madrid y Presidente de la Conferencia Episcopal Española

Madrid, 24 de noviembre de 2008

Queridos Hermanos en el episcopado, Señoras y Señores:

Al comenzar nuestra Asamblea Plenaria del otoño, me alegra poder saludarlos a todos cordialmente. Bienvenidos, en especial, los señores Cardenales, Arzobispos y Obispos para estos días de trabajo, que nos ofrecen también la ocasión de encontrarnos y de conversar; todo, en favor de la misión que el Señor nos ha confiado en su Iglesia. En la persona del señor Nuncio, que tiene la deferencia de acompañarnos una vez más, expresamos nuestro afecto al Santo Padre Benedicto XVI, con quien nos sentimos estrechamente unidos en la obediencia, la oración y el ministerio. Saludo también a los colaboradores de esta Casa, a los huéspedes y a quienes informan sobre nuestra Asamblea desde los medios de comunicación.

Dirijo mi saludo más cordial a los tres nuevos obispos que participan con nosotros por primera vez en la Plenaria: al señor obispo auxiliar de Bilbao, Mons. D. Mario Iceta Gavicagogeascoa; al señor obispo de Osma-Soria, Mons. D. Gerardo Melgar Viciosa y

al señor obispo de Gerona, Mons. D. France sc Pardo Artigas. Bienvenidos, queridos hermanos.

Felicitemos y acompañamos con nuestra oración a los que han sido promovidos en este último tiempo: Mons. D. Juan del Río Martín, nuevo arzobispo castrense; Mons. D. Juan Piris Frígola, nuevo obispo de Lérida; Mons. D. Jesús Catalá Ibáñez, obispo electo de Málaga y Mons. D. Juan José Asenjo Pelegrina, arzobispo coadjutor electo de Sevilla.

A Mons. D. Carlos Soler Perdigó, obispo emérito de Gerona, le expresamos las gracias por su ministerio, que sin duda podrá seguir ejerciendo también de otra forma.

En estos meses han sido cuatro los hermanos que han fallecido: el señor arzobispo emérito de Pamplona, Mons. D. José María Cirarda Lachiondo; el señor obispo auxiliar de Barcelona, Mons. D. Joan María Carrera Planas; el señor obispo emérito de Orihuela-Alicante, Mons. D. Pablo Barrachina Estevan y el señor obispo auxiliar emérito de Bilbao, Mons. D. Carmelo Echenagusía Uribe. Los estamos recor-

dando a todos ante el Señor en la celebración de la Eucaristía de estos días.

I. La Palabra de Dios, alimento de la vida de la Iglesia

A algunos de nosotros se nos ha otorgado la gracia de participar el mes pasado en la XII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos en Roma, que trató sobre “La Palabra de Dios en la vida y en misión de la Iglesia”. Fue una Asamblea más ágil en cuanto al modo de proceder y de gran significación en cuanto a los contenidos abordados y a la reflexión realizada. Esperamos, pues, con mucho interés, la Exhortación Apostólica que, según es costumbre, el Santo Padre ofrecerá a toda la Iglesia recogiendo los frutos de aquel encuentro, renovada expresión del “afecto colegial” que une a los Obispos de todo el mundo con el Papa y testimonio elocuente de la catolicidad de la Iglesia. Sobre el significado de lo tratado en el Sínodo puede ya, sin embargo, subrayarse algunos de sus aspectos más importantes, sin pretensión alguna de ser completo.

1. El Sínodo, como se puede ver en su Mensaje al Pueblo de Dios[01], dedica ante todo su atención a la clarificación acerca de la identidad de la Palabra de Dios, según la mente del Concilio Vaticano II. La Palabra de Dios no se reduce a un libro, a unos escritos. “Las Sagradas Escrituras son el ‘testimonio’ en forma escrita de la Palabra divina, son el memorial canóni-

co, histórico y literario que atestigua el acontecimiento de la revelación creadora y salvadora. Por tanto, la Palabra de Dios precede y excede a la Biblia” (3). Si queremos hablar con propiedad, no podemos, pues, decir que el cristianismo sea una “religión del libro”, sin más. En el centro de nuestra fe no se hallan unos textos escritos solos, sino una historia de salvación y, en particular, una persona: “Jesucristo, Palabra de Dios hecha carne, hombre, historia” (ibid.).

En efecto, el corazón mismo de la fe cristiana –recuerda el Mensaje– es la encarnación del Hijo eterno del Padre por obra del Espíritu Santo. De este modo, la palabra divina se nos presenta con un rostro bien concreto y llega a hacerse realmente visible (cf. 4). Por eso, “el fin último del conocimiento de la Biblia no está ‘en una decisión ética o en una gran idea, sino en el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva’”[02].

Con ese objetivo, fue escrito el Nuevo Testamento en la Iglesia y para la Iglesia, como resume San Juan: “Éstos (signos) han sido escritos para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre” (Jn 20, 31). Pero también el Antiguo Testamento hablaba de Él, y de su gloria, como el mismo Jesús les descubre a los dos discípulos que, el mismo día de su resurrección,

se volvían decepcionados a Emaús reprochándose la confianza que habían puesto en él, ante la supuesta evidencia del fracaso histórico que creían ellos haber visto en la cruz (cf. Lc 24, 27).

El discurso triste de aquellos dos de Emaús se parece mucho al de ciertas interpretaciones de Jesús que alegan atenerse puramente a la supuesta evidencia histórica con un método que excluye el sentido eclesial de la Escritura. Como los de Emaús, se alejan de Jerusalén, donde la Comunidad confiesa, con Pedro, la resurrección, y caen en el escepticismo racionalista. Es una interpretación que, en realidad, es incapaz de captar a Jesús tal y como Él se ha presentado históricamente –según advirtió Benedicto XVI en su segunda intervención en el Sínodo– pues acaba por reducirse a “una hermenéutica filosófica que niega la posibilidad de la entrada y de la presencia real de lo Divino en la historia”[03].

El Papa y el Sínodo remiten, en cambio, a la doctrina del Concilio Vaticano II, que propugna una lectura de la Escritura auténticamente histórico-teológica. La Sagrada Escritura, de modo análogo al acontecimiento central del que da testimonio escrito, es decir, al Verbo encarnado [04], posee un doble carácter, indisolublemente unido, humano y divino. En cuanto humana, la Escritura ha de ser comprendida por medio de los instrumentos propios de las ciencias literarias e históricas. Así lo exige su carácter de texto en el tiem-

po referido a un acontecimiento en el tiempo. De otro modo, no se haría justicia al carácter histórico del hecho de Cristo y se caería en el peligro de desnaturalizar la Revelación reduciéndola a gnosis o a mito. En cuanto divina, la Escritura pide ser entendida según las condiciones propias del Espíritu por el que habla y del que habla. Si no, no se hace justicia a su carácter espiritual, es decir, a su finalidad de hacer presente ahora la obra salvadora del Crucificado y Resucitado; y no se hace exégesis teológica, sino mera y superficial historia literaria cuando, confinando a Jesucristo entre los personajes del pasado, se opone resistencia a la obra del Espíritu, el cual tiende a hacer presente la salvación de Dios por medio de los hechos y palabras de la Revelación.

Entre los elementos fundamentales del nivel espiritual o teológico de la interpretación de la Escritura, el Concilio señala –además de la atención a la integridad del canon y del recurso a la analogía de la fe– la inserción de la exégesis en la tradición viva de la Iglesia[05]. En efecto, precisamente “porque el horizonte de la Palabra divina abraza y se extiende más allá de la Escritura, es necesaria la constante presencia del Espíritu Santo que ‘guía hasta la verdad completa’ (Jn 16,13) a quien lee la Biblia. Es ésta la gran Tradición, presencia eficaz del ‘Espíritu de verdad’ en la Iglesia, guardián de las Sagradas Escrituras auténticamente interpretadas por el Magisterio eclesial. Con la Tradición se llega plenamente

a la comprensión, la interpretación, la comunicación y el testimonio de la Palabra de Dios”[06].

2. Además de la identidad de la Palabra divina, como “voz” y “rostro” de Dios, el Mensaje del Sínodo habla también sobre la “casa” y el “camino” de la Palabra. La Palabra tiene en la Iglesia su casa, construida sobre cuatro columnas: la predicación, la fracción del pan, la oración y la comunión fraterna. Desde allí, emprende los caminos de la misión por los nuevos arcópagos de la comunicación, llegando hasta cada hogar familiar y hasta los lugares donde domina el sufrimiento, la injusticia y el pecado, así como al encuentro de las religiones y culturas del mundo, sin dejar de recorrer los caminos de la belleza, marcados por las artes.

Después de un largo camino de preparación, de más de diez años, llega a nuestra Asamblea Plenaria el texto revisado de la *Sagrada Biblia. Versión oficial de la Conferencia Episcopal Española*. Es el fruto del trabajo riguroso de un equipo de más de veinticinco exegetas y de otros especialistas presidido por el Prof. Dr. D. Domingo Muñoz León y coordinado por el Prof. Dr. D. Juan Miguel Díaz Rodelas. Les agradecemos a todos la meritoria colaboración prestada. En el origen de este proyecto estuvo el impulso de la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe y de la Comisión Episcopal de Liturgia que, en 1995, tras unas jornadas de reflexión sobre el documento

de la Pontificia Comisión Bíblica *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, se hicieron eco de la necesidad de revisar la traducción de los textos bíblicos que se vienen usando en la liturgia y, a la vez, de disponer de una Biblia cuyo texto fuera exactamente el mismo que el utilizado en los libros litúrgicos.

Es providencial que ahora, cuando ha tenido lugar la Asamblea Sinodal sobre la Palabra de Dios y cuando esperamos una Exhortación del Papa sobre este mismo tema, en pleno Año Paulino, estemos a punto ya de aprobar la versión oficial de la Biblia de la Conferencia Episcopal. Se nos presenta una ocasión excelente para promover en los próximos años una renovada pastoral de la Palabra de Dios en todos los ámbitos en los que ella –como dice el Mensaje del Sínodo– se encuentra en su casa: en la predicación, la catequesis, la enseñanza, la familia, la celebración de los sacramentos y de la liturgia de las horas y en la comunión fraterna, que se alimenta y fortalece con la Palabra. De tal renovación se puede esperar, sin duda ninguna, el fortalecimiento de la misión de la Iglesia en todos los ámbitos de la vida personal y social, para que la gracia salvadora de Jesucristo inunde de su luz a todos los hombres.

Nuestra Asamblea Plenaria del pasado mes de marzo aprobó una Instrucción Pastoral titulada *La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia*. Este breve texto será publicado como *Introducción pastoral en las primeras páginas de la edi-*

ción de la Sagrada Biblia. Versión oficial de la Conferencia Episcopal Española que verá la luz en la Biblioteca de Autores Cristianos (BAC). Pero parece oportuno que se pueda disponer de esa Instrucción Pastoral separadamente, incluso en orden a la preparación de la aparición de la Biblia. Por tanto, pronto será publicada y dada a conocer oportunamente.

Conviene no olvidar uno de los objetivos que se han perseguido con la Biblia de la Conferencia Episcopal: que podamos disponer de una Biblia, cuyo texto haya sido traducido con las mismas palabras que el proclamado en la liturgia. Las diversas versiones de la Sagrada Escritura que se han venido haciendo antes y, sobre todo, después del Concilio Vaticano, cuando se han realizado de acuerdo con los criterios señalados por el Concilio han facilitado el encuentro de los fieles con la Palabra de Dios. “Con todo –como se lee en la mencionada Instrucción pastoral de nuestra Asamblea Plenaria– no parece exagerado afirmar que el hecho mismo de la proliferación de traducciones a la lengua vernácula y, en particular, las diferencias ya señaladas frente a la versión que se proclama en la Liturgia no contribuyen a que las palabras sagradas se vayan grabando en el corazón de los fieles y puedan aflorar espontáneamente en el estudio, la catequesis, la oración, la celebración litúrgica y cualquier otro ámbito de la existencia cristiana”.

Auguramos, pues, que la *Sagrada Biblia. Versión oficial de la Conferencia*

Episcopal Española, sea, con la gracia de Dios, un instrumento valioso para la “pastoral sólida y creíble del conocimiento de la Sagrada Escritura” que pedía el Papa en la homilía de la misa de clausura del Sínodo: “para que las personas, al encontrarse con la verdad, puedan creer en el amor auténtico. Se trata de un requisito que resulta hoy indispensable para la evangelización. Y como no son pocas las ocasiones en que el encuentro con la Escritura corre el peligro de no ser un ‘hecho’ de Iglesia y quedar expuesto al subjetivismo y a la arbitrariedad, resulta indispensable una promoción pastoral sólida y creíble del conocimiento de la Sagrada Escritura para anunciar, celebrar y vivir la Palabra en la comunidad cristiana, dialogando con las culturas de nuestro tiempo, poniéndonos al servicio de la verdad y no de las ideologías corrientes, e incrementando el diálogo que Dios quiere entablar con todos los hombres”[07].

II. Jornada Mundial de la Juventud: de Sidney a Madrid 2011

Bastantes de nosotros tuvimos también la alegría el pasado mes de julio de celebrar con el Papa en Sidney la XXIII Jornada Mundial de la Juventud. Después de rezar el ángelus, al concluir la celebración de la eucaristía celebrada con centenares de miles de jóvenes de todo el mundo en el hipódromo de Randwick, Benedicto XVI fijaba la nueva cita: “Llega ahora el momento de deciros adiós o, más bien, hasta la

vista. Os doy las gracias a todos por haber participado en la Jornada Mundial de la Juventud 2008, aquí en Sidney, y espero que nos volvamos a ver dentro de tres años. La Jornada Mundial de la Juventud 2011 tendrá lugar en Madrid, en España. Hasta ese momento, recemos los unos por los otros, y demos ante el mundo un alegre testimonio de Cristo. Que Dios os bendiga”[08].

A nadie se le escapa que nos encontramos ante una gran oportunidad, una verdadera hora de gracia. Dentro de poco Madrid y toda España recibirán a centenares de miles de jóvenes católicos, procedentes de todo el mundo. Su misma presencia nos hablará de que la Iglesia es joven, de que Jesucristo representa la novedad del amor de Dios que salva a una humanidad envejecida por el pecado. Es la hora de la evangelización de España por la juventud y para la juventud.

Las Jornadas Mundiales de la Juventud superarán ya en Madrid el cuarto de siglo, con su vigesimosexta edición. El Siervo de Dios, Juan Pablo II, de inolvidable memoria, las puso en marcha en Roma en 1986. Desde entonces (hasta la de Colonia) se celebraron alternando casi siempre un año en Roma y el siguiente en otra ciudad del mundo. Entretanto se han convertido en una referencia inexcusable en la pastoral de juventud para toda la Iglesia. Un breve repaso de algunos hitos de su historia lo pone fácilmente de relieve. En España ya celebramos otra

vez una Jornada Mundial. Fue muy al principio de su camino, en Santiago de Compostela en 1989. Bajo el lema de “Yo soy el camino, la verdad y la vida” (Jn 14, 6), aquella cuarta Jornada Mundial (segunda fuera de Roma, después de la de 1987 de Buenos Aires) marcó una impronta y un estilo vivo y vibrante de estos encuentros de la juventud católica del mundo en torno a Jesucristo y a su Vicario. Luego vinieron Czestochowa (1991), Denver (1993), Manila (1995), París (1997), Roma (2000), Toronto (2002), Colonia (2005) y Sidney (2008).

El próximo Domingo de Ramos acudiremos a Roma para recibir de manos del Papa la Cruz de las Jornadas Mundiales de la Juventud y traerla a España. En estos años previos a la Jornada de Madrid 2011, la Cruz peregrinará por todas la diócesis de España, portada por jóvenes. Será la ocasión para acoger con ella la llamada de Jesucristo que se dirige a cada joven invitándole a seguirle, a abrir su existencia a la amistad que Él le ofrece, abrazándose con él a la cruz del amor que da la vida en plenitud. Será la ocasión para que, por todas partes, siguiendo un calendario preciso, pueda revitalizarse la atención de la Iglesia hacia los jóvenes y seguramente, de modo muy especial, a través de los mismos jóvenes, que ya van adelante en el camino espiritual del encuentro con el Señor.

El año 2010 la peregrinación de la Cruz de las Jornadas Mundiales de la

Juventud coincidirá con la peregrinación a la tumba del Apóstol Santiago en un Año Jubilar. El primero de los discípulos del Señor que derramó su sangre por amor al Maestro se convertirá también en especial maestro en el camino hacia Cristo para los jóvenes desde la ciudad que lleva su nombre y custodia su sepulcro.

En el mismo año 2010 la Cruz de las Jornadas Mundiales tendrá también, sin duda, un lugar de honor en el Congreso Eucarístico Nacional, cuya sede determinaremos, Dios mediante, en esta misma Asamblea Plenaria. Los jóvenes buscan a Cristo, porque Cristo busca a los jóvenes y es el amigo que les espera, les acoge y les alimenta con fortaleza de Vida eterna en el Pan eucarístico.

III. Ante la actual situación social: reconciliación y solidaridad

La Iglesia y los católicos vivimos, como es natural, las alegrías y las penas que confortan o que afligen a la sociedad en medio de la cual transcurren nuestras vidas. Quisiéramos compartir especialmente dos de las preocupaciones que se sienten en este momento de nuestra sociedad.

1. No son pocos los que manifiestan una justificada inquietud ante el peligro de un deterioro de la convivencia serena y reconciliada, que hemos logrado ya en nuestra sociedad. La historia de España de los dos últimos siglos ha estado, por

desgracia, jalonada por tensiones que más de una vez han desembocado en enfrentamientos fratricidas. El último y el más terrible de todos tuvo lugar en los años treinta del siglo pasado en el contexto de una situación internacional de confrontación entre ideologías totalitarias de diverso signo. Gracias a Dios, la actual situación internacional y nacional no es la misma. Pero siempre es necesario vigilar para evitar de raíz actitudes, palabras, estrategias y todo lo que pudiera dar pábulo a las confrontaciones que puedan acabar siendo violentas. Es necesario cultivar el espíritu de reconciliación, sacrificado y generoso, que presidió la vida social y política en los años llamados de la transición a la democracia. A veces es necesario saber olvidar. No por ignorancia o cobardía, sino en virtud de una voluntad de reconciliación y de perdón verdaderamente responsable y fuerte; una voluntad basada en los altos ideales de la paz que se alimenta de la justicia, de la libertad y ¿por qué no decirlo? del perdón y del amor fraterno. Es lo que puede llamarse una auténtica y sana purificación de la memoria. A los jóvenes hay que liberarlos, en cuanto sea posible, de los lastres del pasado, no cargándolos con viejas rencillas y rencores, sino ayudándoles a fortalecer la voluntad de plena concordia y de amistad, capaz de unir pacíficamente las personas, las familias y las comunidades que integran y conforman la España actual.

En este sentido, es bueno recordar lo ya señalado por esta Asamblea Plena-

ría cuando, en 1999, hacía un balance espiritual del siglo XX. En referencia a España, podíamos entonces reconocer como uno de los frutos más señalados y beneficiosos de aquel siglo el de la concordia social: “Tanto los conflictos externos, como los enfrentamientos internos entre distintas ideologías, grupos sociales, regiones o nacionalidades han dado paso a una creciente concordia social que es casi seguro el mejor legado de nuestra historia reciente para el nuevo milenio; no debemos dilapidarlo”[09]. De modo semejante se expresaba la Asamblea en la Instrucción pastoral *Orientaciones morales ante la situación actual de España* de noviembre de 2006: “Al parecer, quedan desconfianzas y reivindicaciones pendientes. Pero todos debemos procurar que no se deterioren ni dilapiden los bienes alcanzados”[10].

En este contexto, es bueno recordar también, con las palabras de la Plenaria de noviembre de 1999, la necesidad de perdón y de signos de reconciliación en todos los campos: “Deseamos pedir el perdón de Dios para todos los que se vieron implicados en acciones que el Evangelio reprueba, estuvieran en uno u otro lado de los frentes trazados por la guerra. La sangre de tantos conciudadanos nuestros derramada como consecuencia de odios y venganzas, siempre injustificables, y, en el caso de muchos hermanos y hermanas como ofrenda martirial de la fe, sigue clamando al Cielo para pedir la reconciliación y la paz”[11].

2. Otro motivo de preocupación es la crisis económica en la que nos encontramos. En situaciones semejantes del pasado los obispos españoles hicieron oír su voz. No está mal releer aquellos documentos, en los que, a pesar de las diferencias de la coyuntura histórica a la que se referían, se encuentran indicaciones valiosas también para hoy[12].

El desajuste económico que sufrimos tiene, sin duda, causas de orden técnico que los especialistas tratan de diagnosticar en orden a ofrecer las soluciones más adecuadas. Pero como la economía está tejida también de relaciones humanas libremente decididas, ninguna situación económica puede ser entendida como fruto de leyes inexorables totalmente ajenas al comportamiento humano. En tiempos de crisis, como en tiempos de bonanza, es necesario prestar atención a las responsabilidades morales de los actores sociales, que, de uno u otro modo, somos todos.

Es tal vez el momento de reflexionar sobre los orígenes morales de la crisis, examinando si el relativismo moral no ha fomentado conductas no orientadas por criterios objetivos de servicio al bien común y al interés general; si la vida económica no se ha visto dominada por la avaricia de la ganancia rápida y desproporcionada a los bienes producidos; si el derroche y la ostentación, privada y pública, no han sido presentados con demasiada frecuencia como supuesta prueba de efectividad económica y social.

Es hora de reflexionar también sobre las exigencias morales que la crisis nos impone, pensando en un futuro mejor. Se precisa un fortalecimiento de las personas como sujetos morales, capaces de orientar su vida y su conducta según el verdadero bien personal y social, que no puede confundirse nunca con los propios gustos o intereses. Pero la conducta orientada al bien, presupone el conocimiento del bien : del verdadero bien del hombre. Para ello es necesario el reconocimiento de Dios como bien supremo. Porque “sin referencias al verdadero Absoluto, la ética queda reducida a algo relativo y mudable, sin fundamento suficiente ni consecuencias personales y sociales determinantes.”[13] Avanzar en la consecución de mejores metas de bienestar es bueno, pero el “progreso” materialista no puede ser tenido como único criterio de conducta y de humanidad.

Deseamos que no se nos entienda mal. No propugnamos lo que se llama una política teocrática; no reivindicamos el control de la situación para la Iglesia. “La Iglesia –escribe Benedicto XVI en su primera encíclica– no puede ni debe emprender por cuenta propia la empresa política de realizar la sociedad más justa posible. No puede ni debe sustituir al Estado”. Tampoco es deseable “un Estado que regule y domine todo”[14]. La Iglesia se interesa por la justicia ayudando a las personas y a los pueblos a abrirse a la fe en Dios. De este modo presta una ayuda insustituible a la purificación de la razón, que, en cuanto razón política, ha de saber y poder rea-

lizar la justicia. “En este punto se sitúa la Doctrina social católica: no pretende otorgar a la Iglesia un poder sobre el Estado. Tampoco quiere imponer a los que no comparten la fe sus propias perspectiva y modos de comportamiento. Desea simplemente contribuir a la purificación de la razón y aportar su propia ayuda para que lo que es justo, aquí y ahora, pueda ser reconocido y después también puesto en práctica”[15].

El amor no puede ser regulado ni imperado por ninguna normativa estatal o económica. Sin embargo, “el amor –*caritas*– siempre será necesario incluso en la sociedad más justa”[16]. Más todavía, en momentos en los que los más débiles se encuentran expuestos a cargar con el precio de las consecuencias de la crisis. *Cáritas* y otras instituciones de caridad lo demuestran siempre y especialmente en estos momentos en los que se multiplican para atender necesidades perentorias. Es necesario reactivar la solidaridad que procede del amor.

En todo caso, la justicia debe ir más allá de la mera justicia del “do ut des”, de la justicia conmutativa y distributiva, y llegar a la justicia social. Por eso, en las actuales circunstancias conviene recordar especialmente la doctrina del destino universal de los bienes , de la propiedad privada y pública, del derecho y el deber del trabajo y, sobre todo, las exigencias del bien común[17]. Quienes se quedan sin trabajo; los inmigrantes, con menos apoyo en el entorno familiar y social, y,

en general, la personas que se hallan en situaciones más desfavorecidas, esperan con toda justicia el apoyo necesario de los poderes públicos y de la sociedad.

No es ocioso recordar ahora dónde se halla la escuela primera y básica de la solidaridad efectiva, que se basa en el sentido de la fraternidad: en la familia. Cuando la familia no recibe el apoyo cultural, social y legal adecuado, se están cegando las fuentes de la savia moral del ciudadano actor del orden social justo. La Iglesia, promoviendo el cultivo de la vida familiar, como santuario de la vida y esperanza de la sociedad, presta una colaboración de primer orden a la justicia social. El sacrificio silencioso y legalmente tolerado de tantas vidas inocentes a través de la práctica sistemática del aborto, representa una injusticia clamorosa que no puede dejar de afectar seriamente a todas las relaciones humanas más básicas. La misma institución del matrimonio, como ha recordado en diversas ocasiones la CEE, precisa de una verdadera protección jurídica que garantice a los esposos y esposas actuales y futuros el reconocimiento elemental de su cualidad de tales[18]. Se trata también de una exigencia básica de la justicia social.

IV. La misión a todos los pueblos

La Comisión Episcopal de Misiones ha trabajado un documento sobre la evangelización de los pueblos que viene ahora a la Asamblea Plenaria para su estudio y eventual aprobación.

La Iglesia en España ha sido y es intensamente misionera. Son muchos los pueblos que confiesan en español su fe en Cristo en comunión con la Iglesia de Roma. La labor de los misioneros ha sido siempre promotora de la cultura humanística y de la dignidad de cada ser humano en todas las latitudes de la tierra precisamente porque les ha llevado la buena noticia de Jesucristo, el Dios con nosotros, que nos redime de las enemistades, fruto del pecado, y nos hace hijos de Dios y hermanos espirituales de todos.

La actual intensificación de la comunicación entre los pueblos y las culturas, lejos de dar paso a una menor valoración de la novedad de la fe cristiana y al relativismo religioso y cultural, es un estímulo para reavivar la misión que lleva a todos los hombres la noticia y la presencia de la salvación. El documento que estudiaremos desea ayudar el discernimiento necesario en esta materia para animar a nuestras comunidades en el empeño misionero, prueba decisiva del vigor de la fe y de la profundidad que alcanza entre nosotros la evangelización. La palabra, como nos ha recordado el Sínodo, quiere seguir andando todos los caminos del mundo.

Encomendamos al Señor el trabajo de estos días e invocamos la asistencia del Espíritu Santo para nuestras deliberaciones y decisiones. Que Santa María, la Madre de la Iglesia, nos aliente nuestra oración y comunión como lo hizo con los Apóstoles desde el primer momento de la vida de la Iglesia.

NOTAS:

- [01] Cf. XII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, *Mensaje al Pueblo de Dios. La Palabra de Dios: Voz, Rostro, Casa, Camino*, (24-X-2008).
- [02] *Mensaje al Pueblo de Dios*, 6, con cita de *Deus caritas est* .
- [03] Benedicto XVI, *La hermenéutica de la fe. Segunda intervención en el Sínodo de los* .
- [04] Cf. Concilio Vaticano II, Const. *Dei Verbum* 13: “Las palabras de Dios, expresadas en lenguas humanas, se han hecho semejantes al habla humana, como la Palabra del eterno Padre, habiendo tomado la carne de la débil condición humana, se hizo semejante a los hombres.”
- [05] Cf. Concilio Vaticano II, Const. *Dei Verbum* 12. - En este pasaje conciliar se centra la aludida segunda intervención del Papa en el aula sinodal, una reflexión muy importante que hallará un eco particular en el Mensaje al Pueblo de Dios de los padres sinodales. Cf. LXXXVI Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, Instr. Past. *Teología y secularización en España. A los cuarenta años de la clausura del Concilio Vaticano II*, BO-CEE 20 (1966) 31-50, números 18-19.
- [06] XII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, *Mensaje al Pueblo de Dios. La Palabra de Dios: Voz, Rostro, Casa, Camino*, 3.
- [07] Benedicto XVI, *Homilía en la clausura de la XII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos* (26-X-2008).
- [08] Benedicto XVI, *Ángelus en el hipódromo de Randwick* (Sidney, 20-VII-2008), en: *Ecclesia* 3.425 (2-VIII-2008) 31.
- [09] LXXXIII Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, *La fidelidad de Dios dura siempre. Mirada de fe al siglo XX* (26.XI.1999), en BOCEE 16 (1999) 100-106, nº 7.
- [10] LXXXVIII Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, Instr. Past. *Orientaciones morales ante la situación actual de España* (23.XI. 2006), BOCEE 20 (2006) 123-139, nº 7.
- [11] LXXXIII Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, *La fidelidad de Dios dura siempre. Mirada de fe al siglo XX* (26.XI.1999), en BOCEE 16 (1999) 100-106, nº 14.
- [12] Cf. Comisión Episcopal de Pastoral Social de la Conferencia Episcopal Española, *Actitudes cristianas ante la actual situación económica* (14.IX.1974) y *Crisis económica y responsabilidad moral* (24.IX.1984).
- [13] LXXXVIII Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, Instr. Past. *Orientaciones morales ante la situación actual de España* (23.XI. 2006), BOCEE 20 (2006) 123-139, nº 12.
- [14] Benedicto XVI, Carta Enc. *Deus caritas est*, 28.
- [15] *Ibid.*
- [16] *Ibid.*
- [17] Cf. Pontificio Consejo Justicia y Paz, *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, BAC/Planeta, números 176ss.
- [18] Cf. LXXXVIII Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, Instr. Past. *Orientaciones morales ante la situación actual de España* (23.XI. 2006), BOCEE 20 (2006) 123-139, números 41 y 18.

Palabras del Sr. Nuncio de Su Santidad en España, Excmo. y Rvdmo. Sr. D Manuel Monteiro de Castro

Madrid, 24 de noviembre de 2008

Emmo. Señor Cardenal Presidente, Emmos. señores Cardenales, Excmos. señores Arzobispos y Obispos, Señoras y Señores:

Agradezco muy cordialmente al Eminentísimo señor Cardenal Presidente de la Conferencia Episcopal Española la invitación que me ha dirigido para esta sesión inaugural de la nonagésima segunda Asamblea Plenaria. Les transmito a todos ustedes el saludo y la bendición del Santo Padre a quien tengo el honor de representar en España.

El Emmo. señor Cardenal Presidente ha glosado de manera inmejorable dos grandes acontecimientos para la vida de la Iglesia que han tenido lugar después de la última Asamblea Plenaria: La Jornada Mundial de la Juventud de Sydney, con el añadido gozoso y estimulante del anuncio de la celebración de la próxima Jornada en Madrid en 2011, y la celebración de la Asamblea del Sínodo de los Obispos sobre la Palabra de Dios.

Precisamente esta Asamblea Plenaria tiene en su orden del día la aprobación de la *Sagrada Biblia. Versión oficial de la Conferencia Episcopal Española*. Será ya un fruto del Sínodo, que contribuirá a difundir la Palabra de Dios de forma tal que sean las mismas palabras

las que se lean en casa o en el aula que las que se escuchen en la proclamación litúrgica.

Me gustaría ahora referirme a un hecho que, si bien pertenece a Asambleas anteriores, es ahora cuando empieza a dar sus frutos. Me refiero al Catecismo *Jesús es el Señor*, aprobado ya el año pasado, pero que ha visto la luz pública en este año y ya se está difundiendo entre las parroquias y centros escolares.

A este respecto, el *Directorio para el Ministerio pastoral de los Obispos* dedica una agrupación de números de su Capítulo V a la labor catequética del Obispo, con el título: *El Obispo, primer responsable de la Catequesis*. Los cánones 774 y siguientes del *Código de Derecho Canónico* nos recuerdan que el Obispo tiene la función principal, juntamente con la predicación, de promover una catequesis activa y eficaz. Añade que ninguna organización en la Iglesia puede reivindicar el monopolio de la catequesis; por tanto, es responsabilidad sólo del Obispo ordenar la catequesis diocesana según los principios y normas de la Sede Apostólica, disponiendo las diferentes modalidades de catequesis adecuadas a las necesidades de los fieles.

Obligación del Obispo es que haya un buen número de catequistas a quienes se provea para su formación básica y permanente, de tal forma que sean

ellos mismos catequesis viviente, y que la diócesis goce de los instrumentos idóneos para el ejercicio de la obra catequética. Entre esos instrumentos están, en primer lugar, los catecismos aprobados por la Conferencia Episcopal.

La salida a la luz pública del nuevo catecismo *Jesús es el Señor* constituye una ayuda notable en el desarrollo y florecimiento de la catequesis. Las verdades de la fe son expresadas con nueva vitalidad y expuestas con los medios

oportunos para una mejor comprensión de las nuevas generaciones, manteniendo el núcleo de las verdades de la fe. Por tanto, el nuevo catecismo ha de estimular a la profundización en la verdad de Jesucristo, Hijo de Dios y Salvador de los hombres, muerto por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación.

Confío los trabajos de esta Asamblea a la Santísima Virgen, Madre de la Iglesia y primera catequista.

La Diócesis de Toledo ha sido elegida como sede del Congreso Eucarístico Nacional que se celebrará en 2010

Madrid, 25 de noviembre de 2008.- Toledo ha sido la diócesis elegida por la XCII Asamblea Plenaria de la CEE para albergar en 2010 el Congreso Eucarístico Nacional que se organizará como una de las acciones comprendidas en el Plan Pastoral de la CEE 2006-2010, centrado en la Eucaristía y que lleva por título *Yo soy el pan de vida (Jn 6, 35). Vivir de la Eucaristía*.

La Asamblea Plenaria ha realizado su elección entre cuatro propuestas presentadas en la CCX Reunión de la Comisión Permanente, celebrada los días 25 y 26 de septiembre de 2008. Además de Toledo, las otras diócesis candidatas eran: **Barcelona, Granada y Lugo**.

Qué son los Congresos Eucarísticos

Los Congresos Eucarísticos son una manifestación del culto a Cristo en la Eucaristía. Una Iglesia local invita a otras Iglesias para profundizar conjuntamente en el misterio eucarístico, bajo algún tema en particular. En estos Congresos se da especial importancia a las celebraciones de la Palabra de Dios, las sesiones de catequesis y a las conferencias, dirigidas al tema propuesto para que se propongan fines prácticos, que luego se llevarán a cabo en las diferentes diócesis. Participan teólogos, liturgistas, escrituristas, pastoralistas y fieles que dan testimonio de la importancia de la Euca-

ristía para la vida del cristiano. El centro y culminación de todos los proyectos del Congreso es la celebración de la Eucaristía.

El del año 2010 será el décimo Congreso Eucarístico Nacional que se celebre en España. El último tuvo lugar en Santiago de Compostela en 1999, con motivo del Jubileo del año 2000.

**Mons. D. Juan Antonio Martínez Camino,
reelegido Secretario General de la Conferencia Episcopal Española**

Madrid, 26 de noviembre de 2008.- Mons. D. **Juan Antonio Martínez Camino**, Obispo auxiliar de Madrid, ha sido reelegido Secretario General y Portavoz de la Conferencia Episcopal Española (CEE) para el quinquenio 2008-2013. El nombramiento ha tenido lugar esta mañana en el marco de la XCII Asamblea Plenaria que se celebra en Madrid de 24 al 28 de noviembre. Mons. **Martínez Camino** era el Secretario General de la CEE desde el 18 de junio de 2003.

La Comisión Permanente ha presentado esta misma mañana a la Asamblea Plenaria una terna de candidatos compuesta por Mons. D. **Juan Antonio Martínez Camino**; Mons. D. **Jesús Sanz Montes**, y el sacerdote D. **Eduardo García Parrilla**. Además, de acuerdo con los Estatutos y Reglamentos de la CEE, se ha incluido una candidatura avalada por más de 10 Obispos, que correspondía a Mons. D. **Raúl Berzosa Martínez**.

Tras una primera votación de sondeo, se ha procedido a la votación definitiva en la que, en segundo escrutinio y con 39 votos, Mons. D. **Juan Antonio Martínez Camino** ha sido reelegido Secretario General de la CEE. En esta misma votación, **García Parrilla** ha obtenido 32 votos; Mons. **Sanz Montes**, 2 votos, y Mons. **Berzosa Martínez**, 3 votos. Además, se ha emitido un voto en blanco. Han votado los 77 obispos que tenían derecho a voto.

Mons. Martínez Camino, Secretario General de la CEE desde 2003

Mons. D. **Juan Antonio Martínez Camino** nació en Santa Cruz de Marcenado (Siero – Asturias) el 9 de enero de 1953. Cursó el Bachillerato (1964-1970) en el Seminario Menor Pontificio de Comillas (Cantabria). En la Universidad

de Valladolid obtuvo, en 1976, la Licenciatura en Filosofía y Letras. Cursó los estudios teológicos institucionales en la Universidad Pontificia Comillas de Madrid (1980). En la Theologische-philosophische Hochschule Sankt Georgen de Frankfurt del Main (Alemania) obtuvo el grado de doctor en Teología (1990) con una investigación ecuménica sobre W. Pannenberg y E. Jüngel. Participó también en diversos cursos y seminarios en las Universidades de Munich y Tübinga.

Ingresó en el noviciado de la Compañía de Jesús el 16 de octubre de 1974, hizo la profesión solemne el 8 de diciembre de 1992. Recibió la ordenación sacerdotal el 24 de mayo de 1980.

Comenzó su ministerio como formador en el Colegio Menor “S. Francisco Javier” en Salamanca (1976-1977). En el año 1986 fue nombrado Rector del Teologado de la Provincia de León de la Compañía de Jesús, en Madrid, cargo que desempeñó hasta el año 1991. Además, fue profesor de Teología Sistemática en la Universidad Pontificia Comillas de Madrid (1987-2001) y colaborador en la Parroquia madrileña “Nuestra Señora de Covadonga” (1990-2001). En 2001 fue llamado a la Universidad Gregoriana de Roma y luego a la Facultad de Teología San Dámaso de Madrid, donde es Catedrático de Teología dogmática desde 2003. De 2002 a 2008 fue Capellán del Instituto Secular Cruzadas de Santa María.

En la CEE fue Director del Secretariado de la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe (1993-2001). El 18 de junio de 2003 fue elegido Secretario General de la Conferencia Episcopal Española.

El 17 de noviembre de 2007 se hacía público su nombramiento como Obispo Auxiliar de la Archidiócesis de Madrid y titular de Bigastro (Cehegín). El 19 de enero de 2008 recibió la ordenación episcopal de manos del Arzobispo de Madrid, Cardenal **Antonio María Rouco Varela**, en la Iglesia Catedral Metropolitana de Santa María la Real de la Almudena.

Es miembro de la Academia Internacional de Ciencias Religiosas de Bruselas y de la Real Academia de Doctores de España. Su Santidad **Juan Pablo II** le nombró perito del Sínodo de los Obispos para Europa de 1999.

Entre sus libros destacan: *Recibir la libertad. Dos propuestas de fundamentación de la teología en la modernidad: W. Pannenberg y E. Jüngel*, Madrid 1992; *¿Qué pasa por fabricar hombres? Clonación, reproducción artificial y antropología cristia-*

na (2000), Bilbao 32002; *Teología breve al filo de los días*, Salamanca 2002; *Evangelizar la cultura de la libertad*, Madrid 2002; *Mi Rafael. El Beato Rafael Arnáiz, según el Padre Teófilo Sandoval, su confesor, intérprete y editor*, Bilbao 2003 y *Jesús de Nazaret. La verdad de su historia* (2006), Madrid 32007.

Nota de Prensa final de la XCII Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española

Ante la situación de crisis económica, la Conferencia Episcopal Española destinará 1,9 millones de euros a Cáritas

Madrid, 28 de noviembre de 2008.- Los obispos españoles han celebrado, del lunes 24 al viernes 28 de noviembre, su XCII Asamblea Plenaria. La Asamblea ha reelegido a Mons. D. **Juan Antonio Martínez Camino**, Obispo auxiliar de Madrid, en el cargo de Secretario General de la Conferencia Episcopal Española (CEE) para el quinquenio 2008-2013 (más información en nota de prensa de 26 de noviembre de 2008).

Han participado en la Plenaria los 77 obispos con derecho a voto (66 obispos diocesanos, el castrense y 10 obispos auxiliares), además de varios obispos eméritos. Han asistido por primera vez Mons. D. **Mario Iceta Gavicagoeascoa**, Obispo auxiliar de Bilbao, quien fue ordenado obispo el 12 de abril de 2008; Mons. D. **Gerardo Melgar Viciosa**, quien tomó posesión de la diócesis de Osma-Soria el pasado 6 de julio; y Mons. D. **Francesc Pardo Artigas**, tras su ordenación episcopal en Girona el 19 de octubre.

Los obispos han tenido un recuerdo especial para los cuatro prelados fallecidos en los últimos meses. El Arzobispo emérito de Pamplona y Obispo de Tudela, Mons. D. **José María Cirarda Lachiondo**, el 17 de septiembre; Mons. D. **Joan Carrera Planas**, Obispo auxiliar de Barcelona, quien falleció en activo el pasado 3 de octubre; Mons. D. **Pablo Barrachina Estevan**, Obispo emérito de Orihuela-Alicante, el 13 de octubre; y Mons. D. **Carmelo Echenagusía Uribe**, Obispo auxiliar emérito de Bilbao, el pasado 6 de noviembre.

Por otra parte, en las últimas horas de la Asamblea, y al conocer la cadena de atentados terroristas que se han producido en la ciudad india de Bombay, en los

que hasta el momento han muerto 125 personas y han resultado heridas más de 300, los obispos expresan su solidaridad y cercanía a las víctimas, condenan una vez más el terrorismo como un fenómeno intrínsecamente perverso y recuerdan las palabras del Papa en Ratisbona al referirse a que “la violencia está en contraste con la naturaleza de Dios y la naturaleza del alma”.

Discurso inaugural del Cardenal Rouco Varela

La Asamblea Plenaria comenzó el lunes, día 24 de noviembre, con el discurso inaugural del Presidente. El Arzobispo Madrid, Cardenal **Antonio M^a Rouco Varela** -en el primer discurso tras su elección el pasado 11 de marzo- comenzó su alocución subrayando algunos aspectos centrales de lo tratado por la XII Asamblea General del Sínodo de los Obispos, que se ha celebrado en Roma del 5 al 26 de octubre con el tema general *La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia. También recordó otro gran acontecimiento eclesial, la Jornada Mundial de la Juventud que se celebró en Sidney (Australia) del 15 al 20 de julio, donde el Papa anunció que Madrid será en el 2011 la sede de este Encuentro. “El próximo domingo de Ramos –adelantó el Cardenal Rouco- acudiremos a Roma para recibir de manos del Papa la Cruz de las Jornadas Mundiales de la Juventud y traerla a España (...) la Cruz peregrinará por todas las diócesis de España, portada por jóvenes”.*

El Cardenal **Rouco** abogó por la “auténtica y sana purificación de la memoria”. “A los jóvenes –señaló- hay que liberarlos, en cuanto sea posible, de los lastres del pasado, no cargándolos con viejas rencillas y rencores, sino ayudándoles a fortalecer la voluntad de plena concordia y de amistad, capaz de unir pacíficamente las personas, las familias y las comunidades que integran y conforman la España actual”.

Tras el discurso del Presidente, tomó la palabra el Nuncio de Su Santidad en España, Mons. D. **Manuel Monteiro de Castro**. El prelado quiso destacar, especialmente, la publicación del nuevo Catecismo de la Iglesia Católica en España, *Jesús es el Señor*, que constituye “una ayuda notable en el desarrollo y florecimiento de la catequesis”. El nuevo Catecismo, señaló “ha de estimular a la profundización en la verdad de Jesucristo, Hijo de Dios y Salvador de los hombres, muerto por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación”.

Ante la crisis económica

Los obispos españoles han mostrado su seria preocupación ante la actual crisis económica. La Plenaria ha dedicado una sesión a este tema. Los obispos creen

que, como dijo el Cardenal Presidente en el discurso inaugural “en las actuales circunstancias conviene recordar especialmente la doctrina del destino universal de los bienes de la propiedad privada y pública, del derecho y el deber del trabajo y, sobre todo, las exigencias del bien común. Quienes se quedan sin trabajo; los inmigrantes, con menos apoyo en el entorno familiar y social, y, en general, las personas que se hallan en situaciones más desfavorecidas, esperan con toda justicia el apoyo necesario de los poderes públicos y de la sociedad”.

La Plenaria piensa también que “es el momento de reflexionar sobre los orígenes morales de la crisis, examinando si el relativismo moral no ha fomentado conductas no orientadas por criterios objetivos de servicio al bien común y al interés general; si la vida económica no se ha visto dominada por la avaricia de la ganancia rápida y desproporcionada a los bienes producidos; si el derroche y la ostentación, privada y pública, no han sido presentados con demasiada frecuencia como supuesta prueba de efectividad económica y social”.

Ante la gravedad y urgencia de la situación, los obispos han querido entregar a Cáritas el 1% del total bruto que reciben las diócesis, proveniente del Fondo Común Interdiocesano; una cantidad que asciende a 1,9 millones de euros, que se donará a las diferentes Cáritas diocesanas. Un gesto de amor fraterno en un momento en el que, ante el incremento de peticiones de ayudas, toda colaboración con Cáritas es poca.

Por ello, los obispos hacen un llamamiento a la colaboración de todos los fieles y realidades de la Iglesia para que, cada uno desde sus posibilidades y competencia, se esfuerce con su compromiso generoso y contribuya a la “edificación de una sociedad más justa y fraterna, que rechaza la fatalidad de la miseria”.

Sagrada Biblia. Versión oficial de la CEE

Los obispos han aprobado la *Sagrada Biblia. Versión oficial de la Conferencia Episcopal Española*, que verá la luz en la Biblioteca de Autores Cristianos (BAC). Es el fruto del trabajo riguroso que ha llevado a cabo durante más diez años un amplio equipo de exegetas y otros especialistas, presidido por el Prof. Dr. D. **Domingo Muñoz León** y coordinado por el Prof. Dr. D. **Juan Miguel Díaz Rodelas**. Se trata de un acontecimiento especialmente significativo, que coincide con el final del Sínodo de los Obispos, dedicado precisamente a la Palabra de Dios, y con el Año Paulino, que se está celebrando desde el pasado mes de junio.

En breve, y como preparación a la aparición de la Biblia, se presentará a la opinión pública una Instrucción Pastoral de la Asamblea Plenaria, titulada *La*

Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia, que se publicará también en las primeras páginas de la *Sagrada Biblia. Versión oficial de la Conferencia Episcopal Española*.

Esta traducción bíblica irá siendo incorporada progresivamente a todos los libros litúrgicos, una vez que la Santa Sede haya otorgado el preceptivo visto bueno (recognitio).

Documentos

La Plenaria ha aprobado la Instrucción Pastoral sobre la *Actualidad de la misión ad gentes en España*. En este documento se recogen las reflexiones de estos últimos años de la Comisión Episcopal de Misiones y Cooperación entre las Iglesias sobre la actualidad de la misión *ad gentes* en España, a la luz del reciente Magisterio Pontificio y de las conclusiones del Congreso Nacional de Misiones que se celebró en Burgos en el año 2003.

Por su parte, la Comisión Episcopal de Relaciones Interconfesionales ha presentado unas *Orientaciones para la celebración del matrimonio entre católicos y musulmanes*, que han sido aprobadas por la Plenaria.

La diócesis de Toledo, sede del Congreso Eucarístico Nacional de 2010

La Asamblea Plenaria ha elegido a la diócesis de Toledo como sede del Congreso Eucarístico Nacional que se celebrará en 2010. Este Congreso es una de las acciones comprendidas en el Plan Pastoral de la CEE 2006-2010, centrado en la Eucaristía y que lleva por título *Yo soy el pan de vida (Jn 6, 35). Vivir de la Eucaristía. Las otras diócesis candidatas eran Barcelona, Granada y Lugo (más información en nota de prensa del 25 de noviembre de 2008)*.

Balances y Presupuestos

Como es habitual, en la Asamblea que se celebra en otoño, se han aprobado los balances correspondientes al año 2007, los criterios de constitución y distribución del Fondo Común Interdiocesano y los presupuestos de la CEE y de sus instituciones y organismos para el año 2009 (se adjuntan datos).

Nombramientos

La Comisión Permanente, en su reunión extraordinaria que tuvo lugar el martes 25, ha aprobado los siguientes nombramientos:

P. José Luis Pinilla Martín, S.J., como Director del Secretariado de la Comisión Episcopal de Migraciones.

D^a Susana Fernández Guisasaola, como Presidenta Nacional de la *Adoración Nocturna Femenina Española (ANFE)*

Asimismo, ha dado su autorización para el nombramiento del Rvdo. D. **Javier Igea López Fando** como Director del Departamento de Pastoral Juvenil de la CEE.

Por su parte, la Asamblea Plenaria ha prorrogado la vigencia de los estatutos de Manos Unidas y ha erigido dos asociaciones, al tiempo que ha aprobado sus estatutos. Se trata de la asociación de “Ciegos Católicos Españoles” (CECO) y la “Federación Española de pueri cantores”.

NOMBRAMIENTO EPISCOPAL

Mons. Braulio Rodríguez Plaza ha sido nombrado Arzobispo de Toledo

La Nunciatura Apostólica en España ha comunicado que el 16 de abril, la Santa Sede ha hecho público que el Papa **Benedicto XVI** ha nombrado Arzobispo de Toledo, Sede Primada de España, a Mons. D. **Braulio Rodríguez Plaza**, en la actualidad Arzobispo de Valladolid.

La Archidiócesis de Toledo está vacante por el nombramiento del Cardenal **Cañizares** como Prefecto de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos. El nombramiento tuvo lugar el 9 de diciembre de 2008 y el Cardenal **Cañizares** ha continuado al frente de la Sede Primada como Administrador Apostólico.

Mons. Rodríguez Plaza, arzobispo de Valladolid desde 2002

Mons. **Rodríguez Plaza** nació en Aldea del Fresno (Madrid) el 27 de enero de 1944. Desde 1960 realizó estudios humanísticos, filosóficos y teológicos en los Seminarios Menor y Mayor de Madrid. En 1973 se licenció en Teología Bíblica en la Universidad Pontificia Comillas y tras dos años de estudio, de 1979 a 1981,

se diplomó en Sagrada Escritura por *L'École Biblique* de Jerusalén. Además, en 1990, se doctoró en Teología Bíblica por la Facultad de Teología del Norte de España, sede de Burgos.

Recibió la Ordenación sacerdotal el 3 de abril de 1972 en Madrid y sirvió a esa diócesis durante 15 años en las parroquias de Cubas de la Sagra, San Miguel en Carabanchel y San Fulgencio. Además fue capellán de la ermita de San Isidro. Entre 1984 y 1987 fue Formador del Seminario Diocesano de Madrid.

El 13 de noviembre de 1987 fue nombrado Obispo de Osma-Soria. Recibió la ordenación episcopal el 20 de diciembre del mismo año y permaneció en la diócesis soriana hasta que fue nombrado Obispo de Salamanca el 12 de mayo de 1995. Tomó posesión el 9 de julio.

El 28 de agosto de 2002 el Santo Padre le nombró Arzobispo de Valladolid y tomó posesión de la diócesis el 13 de octubre del mismo año.

En la Conferencia Episcopal Española (CEE) ha sido miembro de las Comisiones Episcopales de Apostolado Seglar y de Liturgia, a la que también pertenece actualmente. Fue Presidente de la Subcomisión de Familia y Vida de 1996 a 1999 y de la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar durante dos trienios, de 1999 a 2005. Es miembro de la Comisión Permanente de la CEE en representación de la Provincia Eclesiástica de Valladolid. Desde 1995 a 2005, por designación de la Conferencia Episcopal, fue Vice-Gran Canciller de la Universidad Pontificia de Salamanca



IGLESIA UNIVERSAL

IGLESIA UNIVERSAL

SANTO PADRE, BENEDICTO XVI

ÁNGELUS

V Domingo de Cuaresma, 29 de marzo de 2009

Queridos hermanos y hermanas:

Ante todo, deseo dar gracias a Dios y a todos los que, de diferentes maneras, colaboraron en el éxito del viaje apostólico que realicé a África durante los días pasados, e invoco la abundancia de las bendiciones del cielo sobre las semillas sembradas en tierra africana. Me propongo hablar más ampliamente de esta significativa experiencia pastoral el próximo miércoles durante la audiencia general, pero no puedo dejar de aprovechar esta ocasión para manifestar la profunda emoción que experimenté al encontrarme con las comunidades católicas y las poblaciones de Camerún y Angola. Sobre todo, me impresionaron dos aspectos, ambos muy importantes. El primero es la alegría visible en el rostro de la gente, la alegría de sentirse parte de la única familia de Dios, y doy gracias al Señor por haber podido compartir con las multitudes de estos hermanos y hermanas nuestros momentos de fiesta sencilla, comunitaria y llena de fe.

El segundo aspecto es precisamente el fuerte sentido de lo sagrado que se

respiraba en las celebraciones litúrgicas, característica común a todos los pueblos africanos, que se manifestó, podría decir, en cada momento de mi estancia entre esas queridas poblaciones. La visita me permitió ver y comprender mejor la realidad de la Iglesia en África en la variedad de sus experiencias y de los desafíos que debe afrontar en este tiempo.

Pensando precisamente en los desafíos que marcan el camino de la Iglesia en el continente africano, y en cualquier otra parte del mundo, constatamos cuán actuales son las palabras del Evangelio de este quinto domingo de Cuaresma. Jesús, en la inminencia de su pasión, declara: “Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto” (*Jn* 12, 24). Ya no es hora de palabras y discursos; ha llegado la hora decisiva, para la cual ha venido al mundo el Hijo de Dios y, a pesar de que su alma está turbada, se muestra dispuesto a cumplir hasta el fondo la voluntad del Padre. Y la voluntad de Dios es darnos la vida eterna que hemos perdido. Pero para que esto se realice es necesario que Jesús muera, como un grano de trigo que Dios Padre ha sembrado en el mundo, pues sólo así podrá germinar y crecer

una nueva humanidad, libre del dominio del pecado y capaz de vivir en fraternidad, como hijos e hijas del único Padre que está en los cielos.

En la gran fiesta de la fe que vivimos juntos en África, experimentamos que esta nueva humanidad está viva, a pesar de sus límites humanos. Donde los misioneros, como Jesús, han dado y siguen dando su vida por el Evangelio, se recogen abundantes frutos. A ellos en particular deseo expresar mi gratitud por el bien que hacen. Se trata de religiosas, religiosos, laicos y laicas. Para mí fue hermoso ver el fruto de su amor a Cristo y constatar el profundo agradecimiento que los cristianos sienten por ellos. Demos gracias a Dios por ello y oremos a María santísima para que en todo el mundo se difunda el mensaje de esperanza y de amor de Cristo.

Domingo de Ramos, 5 de abril de 2009

Ayer, 4 de abril, se celebró la cuarta Jornada proclamada por la Organización de las Naciones Unidas para sensibilizar sobre el problema de las minas antipersonales. A diez años de la entrada en vigor de la Convención sobre la eliminación de estos artefactos explosivos, y después de la reciente apertura a la firma de la Convención para la prohibición de las bombas de racimo, deseo animar a los países que aún no

lo han hecho a firmar sin demora estos importantes instrumentos del derecho internacional humanitario, que la Santa Sede ha apoyado siempre. Expreso también mi apoyo a cualquier medida encaminada a asegurar la asistencia necesaria a las víctimas de esas armas devastadoras.

Además, quiero recordar con gran pena a nuestros hermanos y hermanas africanos que hace unos días encontraron la muerte en el mar Mediterráneo mientras intentaban llegar a Europa. No podemos resignarnos a estas tragedias que, por desgracia, se repiten desde hace tiempo. Las dimensiones de este fenómeno hacen que sean cada vez más urgentes estrategias coordinadas entre la Unión europea y los Estados africanos, así como la adopción de medidas adecuadas de carácter humanitario, para impedir que estos inmigrantes recurran a traficantes sin escrúpulos. A la vez que rezo por las víctimas, para que el Señor las acoja en su paz, quiero destacar que este problema, agravado ulteriormente por la crisis global, sólo tendrá solución cuando las poblaciones africanas, con la ayuda de la comunidad internacional, puedan salir de la miseria y de las guerras.

Dirijo ahora un saludo particular a los 150 delegados -obispos, sacerdotes y laicos- que en los días pasados han participado en el encuentro internacional sobre las Jornadas mundiales de la juventud, organizado por el Consejo pontificio para los laicos. Así co-

mienza el camino de preparación para el próximo encuentro mundial de los jóvenes, que tendrá lugar en agosto de 2011 en Madrid y para el cual ya indiqué el tema: “Arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe (cf. *Col 2, 7*)”. Como es tradición, los jóvenes australianos entregarán dentro de poco a los jóvenes españoles la cruz de las Jornadas mundiales de la juventud, la “cruz peregrina”, que lleva a todos los jóvenes de la tierra el mensaje del amor de Cristo. Este “paso del testigo” asume un valor altamente simbólico, con el que expresamos inmensa

gratitud a Dios por los dones recibidos en el gran encuentro de Sydney y por los que quiera concedernos en el de Madrid. Mañana la cruz, acompañada por el icono de la Virgen María, partirá hacia la capital española, y allí estará presente en la gran procesión del Viernes santo. A continuación, comenzará una larga peregrinación que, a través de las diócesis de España, la llevará de vuelta a Madrid en el verano de 2011. Que esta cruz y este icono de María sean para todos signo del amor invencible de Cristo y de la Madre suya y nuestra.

REGINA CAELI

Palacio pontificio de Castelgandolfo. Lunes de la octava de Pascua, 13 de abril de 2009

Queridos hermanos y hermanas:

En estos días pascuales oiremos resonar a menudo las palabras de Jesús: “He resucitado y estoy siempre contigo”. La Iglesia, haciéndose eco de este anuncio, proclama con júbilo: “Era verdad, ha resucitado el Señor, aleluya. A él la gloria y el poder por toda la eternidad”. Toda la Iglesia en fiesta manifiesta sus sentimientos cantando: “Este es el día en que actuó el Señor”. En efecto, al resucitar de entre los muertos, Jesús inauguró su día eterno y también abrió la puerta de nuestra

alegría. “No he de morir -dice-, viviré”. El Hijo del hombre crucificado, piedra desechada por los arquitectos, es ahora el sólido cimiento del nuevo edificio espiritual, que es la Iglesia, su Cuerpo místico. El pueblo de Dios, cuya Cabeza invisible es Cristo, está destinado a crecer a lo largo de los siglos, hasta el pleno cumplimiento del plan de la salvación. Entonces toda la humanidad se incorporará a él y toda realidad existente participará en su victoria definitiva. Entonces -escribe san Pablo-, él será “la plenitud de todas las cosas” (*Ef 1, 23*) y “Dios será todo en todos” (*1 Co 15, 28*).

Por tanto, la comunidad cristiana se alegra porque la resurrección del Señor

nos garantiza que el plan divino de la salvación se cumplirá con seguridad, no obstante toda la oscuridad de la historia. Precisamente por eso, su Pascua es en verdad nuestra esperanza. Y nosotros, resucitados con Cristo mediante el Bautismo, debemos seguirlo ahora fielmente con una vida santa, caminando hacia la Pascua eterna, sostenidos por la certeza de que las dificultades, las luchas, las pruebas y los sufrimientos de nuestra existencia, incluida la muerte, ya no podrán separarnos de él y de su amor. Su resurrección ha creado un puente entre el mundo y la vida eterna, por el que todo hombre y toda mujer pueden pasar para llegar a la verdadera meta de nuestra peregrinación terrena.

“He resucitado y estoy siempre contigo”. Esta afirmación de Jesús se realiza sobre todo en la Eucaristía; en toda celebración eucarística, la Iglesia, y cada uno de sus miembros, experimentan su presencia viva y se benefician de toda la riqueza de su amor. En el sacramento de la Eucaristía está presente el Señor resucitado y, lleno de misericordia, nos purifica de nuestras culpas; nos alimenta espiritualmente y nos infunde vigor para afrontar las duras pruebas de la existencia y para luchar contra el pecado y el mal. Él es el apoyo seguro de nuestra peregrinación hacia la morada eterna del cielo.

La Virgen María, que vivió junto a su divino Hijo cada fase de su misión en la tierra, nos ayude a acoger con fe el don de la Pascua y nos convierta en

testigos felices, fieles y gozosos del Señor resucitado.

Domingo, 19 de abril de 2009

Queridos hermanos y hermanas:

A vosotros, aquí presentes, y a cuantos están unidos a nosotros mediante la radio y la televisión, renuevo de corazón mi ferviente felicitación pascual en este domingo que concluye la octava de Pascua. En el clima de alegría que proviene de la fe en Cristo resucitado, deseo expresar también un “gracias” cordialísimo a todos aquellos -y realmente son muchos- que han querido manifestarme un signo de afecto y de cercanía espiritual durante estos días, sea por las fiestas de Pascua sea por mi cumpleaños -el 16 de abril-, así como por el cuarto aniversario de mi elección a la Cátedra de Pedro, que se celebra precisamente hoy. Doy gracias al Señor por tanto afecto de todos. Como afirmé recientemente, nunca me siento solo. Durante esta semana singular, que para la liturgia constituye un solo día, he experimentado aún más la comunión que me rodea y me sostiene: una solidaridad espiritual, alimentada esencialmente por la oración, que se manifiesta de mil maneras. Desde mis colaboradores de la Curia romana hasta las parroquias más lejanas geográficamente, los católicos formamos y debemos sentirnos una sola familia, animada por los mismos sentimientos

de la primera comunidad cristiana, de la cual el texto de los *Hechos de los Apóstoles* que se lee este domingo afirma: “La multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma” (*Hch* 4, 32).

La comunión de los primeros cristianos tenía como verdadero centro y fundamento a Cristo resucitado. En efecto, el Evangelio narra que, en el momento de la Pasión, cuando el Maestro divino fue arrestado y condenado a muerte, los discípulos se dispersaron. Sólo María y las mujeres, con el apóstol san Juan, permanecieron juntos y lo siguieron hasta el Calvario. Una vez resucitado, Jesús dio a los suyos una nueva unidad, más fuerte que antes, invencible, porque no se fundaba en los recursos humanos sino en la misericordia divina, gracias a la cual todos se sentían amados y perdonados por él.

Por tanto, es el amor misericordioso de Dios el que une firmemente,

hoy como ayer, a la Iglesia y hace de la humanidad una sola familia; el amor divino, que mediante Jesús crucificado y resucitado nos perdona los pecados y nos renueva interiormente. Animado por esta íntima convicción, mi amado predecesor, Juan Pablo II, quiso dedicar este domingo, el segundo de Pascua, a la Misericordia divina, e indicó a todos a Cristo resucitado como fuente de confianza y de esperanza, acogiendo el mensaje espiritual que el Señor transmitió a Faustina Kowalska, sintetizado en la invocación: “Jesús, en ti confío”.

Como sucedió con la primera comunidad, María nos acompaña en la vida de cada día. Nosotros la invocamos como “Reina del cielo”, sabiendo que su realeza es como la de su Hijo: toda amor, y amor misericordioso. Os pido que le encomendéis nuevamente a ella mi servicio a la Iglesia, a la vez que con confianza le decimos: *Mater misericordiae, ora pro nobis*.

AUDIENCIAS GENERALES

Miércoles, 8 de abril de 2009

El Triduo pascual

Queridos hermanos y hermanas:

La Semana santa, que para nosotros los cristianos es la semana más importante del año, nos brinda la oportu-

nidad de sumergirnos en los acontecimientos centrales de la Redención, de revivir el Misterio pascual, el gran Misterio de la fe. Desde mañana por la tarde, con la misa *in Coena Domini*, los solemnes ritos litúrgicos nos ayudarán a meditar de modo más vivo la pasión, la muerte y la resurrección del Señor en los días del santo Triduo pascual, fulcro de todo el año litúrgico. Que la

gracia divina abra nuestro corazón para que comprendamos el don inestimable que es la salvación que nos ha obtenido el sacrificio de Cristo.

Este don inmenso lo encontramos admirablemente narrado en un célebre himno contenido en la *carta a los Filipenses* (cf. *Flp 2, 6-11*), que en Cuaresma hemos meditado muchas veces. El Apóstol recorre, de un modo tan esencial como eficaz, todo el misterio de la historia de la salvación aludiendo a la soberbia de Adán que, aunque no era Dios, quería ser como Dios. Y a esta soberbia del primer hombre, que todos sentimos un poco en nuestro ser, contraponen la humildad del verdadero Hijo de Dios que, al hacerse hombre, no dudó en tomar sobre sí todas las debilidades del ser humano, excepto el pecado, y llegó hasta la profundidad de la muerte. A este abajamiento hasta lo más profundo de la pasión y de la muerte sigue su exaltación, la verdadera gloria, la gloria del amor que llegó hasta el extremo. Por eso es justo -como dice san Pablo- que “al nombre de Jesús toda rodilla se doble, en el cielo, en la tierra y en el abismo, y toda lengua proclame: ¡Jesucristo es Señor!” (*Flp 2, 10-11*).

Con estas palabras san Pablo hace referencia a una profecía de Isaías donde Dios dice: Yo soy el Señor, que toda rodilla se doble ante mí en los cielos y en la tierra (cf. *Is 45, 23*). Esto -dice san Pablo- vale para Jesucristo. Él, en su humildad, en la verdadera grandeza

de su amor, es realmente el Señor del mundo y ante él toda rodilla se dobla realmente.

¡Qué maravilloso y, a la vez, sorprendente es este misterio! Nunca podremos meditar suficientemente esta realidad. Jesús, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios como propiedad exclusiva; no quiso utilizar su naturaleza divina, su dignidad gloriosa y su poder, como instrumento de triunfo y signo de distancia con respecto a nosotros. Al contrario, “se despojó de su rango”, asumiendo la miserable y débil condición humana. A este respecto, san Pablo usa un verbo griego muy rico de significado para indicar la *kénosis*, el abajamiento de Jesús. La forma (*morphé*) divina se ocultó en Cristo bajo la forma humana, es decir, bajo nuestra realidad marcada por el sufrimiento, por la pobreza, por nuestros límites humanos y por la muerte. Este compartir radical y verdaderamente nuestra naturaleza, en todo menos en el pecado, lo condujo hasta la frontera que es el signo de nuestra finitud, la muerte.

Pero todo esto no fue fruto de un mecanismo oscuro o de una fatalidad ciega: fue, más bien, una libre elección suya, por generosa adhesión al plan de salvación del Padre. Y la muerte a la que se encaminó -añade san Pablo- fue la muerte de cruz, la más humillante y degradante que se podía imaginar. Todo esto el Señor del universo lo hizo por amor a nosotros: por amor qui-

so “despojarse de su rango” y hacerse hermano nuestro; por amor compartió nuestra condición, la de todo hombre y toda mujer. A este propósito, un gran testigo de la tradición oriental, Teodoro de Ciro, escribe: “Siendo Dios y Dios por naturaleza, siendo igual a Dios, no consideró esto algo grande, como hacen aquéllos que han recibido algún honor por encima de sus méritos, sino que, ocultando sus méritos, eligió la humildad más profunda y tomó la forma de un ser humano” (*Comentario a la carta a los Filipenses 2, 6-7*).

El Triduo pascual, que -como decía- comenzará mañana con los sugestivos ritos vespertinos del Jueves santo tiene como prelude la solemne *Misa Crismal*, que, por la mañana, celebra el obispo con su presbiterio y, en el curso de la cual, todos renuevan juntos las promesas sacerdotales pronunciadas el día de la ordenación. Es un gesto de gran valor, una ocasión muy propicia en la que los sacerdotes reafirman su fidelidad a Cristo, que los ha elegido como ministros suyos. Este encuentro sacerdotal asume además un significado particular, porque es casi una preparación para el Año sacerdotal, que he convocado con ocasión del 150° aniversario de la muerte del santo cura de Ars y que comenzará el próximo 19 de junio. También en la *Misa Crismal* se bendecirán el óleo de los enfermos y el de los catecúmenos, y se consagrará el Crisma. Con estos ritos se significa simbólicamente la plenitud del sacerdocio de Cristo y la comunión eclesial

que debe animar al pueblo cristiano, reunido para el sacrificio eucarístico y vivificado en la unidad por el don del Espíritu Santo.

En la misa de la tarde, llamada *in Coena Domini*, la Iglesia conmemora la institución de la Eucaristía, el sacerdocio ministerial y el mandamiento nuevo de la caridad, que Jesús dejó a sus discípulos. San Pablo ofrece uno de los testimonios más antiguos de lo que sucedió en el Cenáculo la víspera de la pasión del Señor. “El Señor Jesús -escribe san Pablo al inicio de los años 50, basándose en un texto que recibió del entorno del Señor mismo- en la noche en que iba a ser entregado, tomó pan, y después de dar gracias, lo partió y dijo: “Éste es mi cuerpo, que se da por vosotros; haced esto en memoria mía”. Asimismo, después de cenar, tomó el cáliz diciendo: “Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre. Cuantas veces la bebiereis, hacedlo en memoria mía”” (*1 Co 11, 23-25*).

Estas palabras, llenas de misterio, manifiestan con claridad la voluntad de Cristo: bajo las especies del pan y del vino él se hace presente con su cuerpo entregado y con su sangre derramada. Es el sacrificio de la alianza nueva y definitiva, ofrecida a todos, sin distinción de raza y de cultura. Y Jesús constituye ministros de este rito sacramental, que entrega a la Iglesia como prueba suprema de su amor, a sus discípulos y a cuantos proseguirán su ministerio a lo largo de los siglos. Por tanto, el

Jueves santo constituye una renovada invitación a dar gracias a Dios por el don supremo de la Eucaristía, que hay que acoger con devoción y adorar con fe viva. Por eso, la Iglesia anima, después de la celebración de la santa Misa, a velar en presencia del santísimo Sacramento, recordando la hora triste que Jesús pasó en soledad y oración en Getsemaní antes de ser arrestado y luego condenado a muerte.

Así, llegamos al Viernes santo, día de la pasión y la crucifixión del Señor. Cada año, situándonos en silencio ante Jesús colgado del madero de la cruz, constatamos cuán llenas de amor están las palabras pronunciadas por él la víspera, en la última Cena: “Esta es mi sangre de la alianza, que se derrama por muchos” (cf. *Mc* 14, 24). Jesús quiso ofrecer su vida en sacrificio para el perdón de los pecados de la humanidad. Lo mismo que sucede ante la Eucaristía, sucede ante la pasión y muerte de Jesús en la cruz: el misterio se hace insondable para la razón. Estamos ante algo que humanamente podría parecer absurdo: un Dios que no sólo se hace hombre, con todas las necesidades del hombre; que no sólo sufre para salvar al hombre cargando sobre sí toda la tragedia de la humanidad, sino que además muere por el hombre.

La muerte de Cristo recuerda el cúmulo de dolor y de males que pesa sobre la humanidad de todos los tiempos: el peso aplastante de nuestro morir, el odio y la violencia que aún hoy

ensangrientan la tierra. La pasión del Señor continúa en el sufrimiento de los hombres. Como escribe con razón Blaise Pascal, “Jesús estará en agonía hasta el fin del mundo; no hay que dormir en este tiempo” (*Pensamientos*, 553). El Viernes santo es un día lleno de tristeza, pero, al mismo tiempo, es un día propicio para renovar nuestra fe, para reafirmar nuestra esperanza y la valentía de llevar cada uno nuestra cruz con humildad, confianza y abandono en Dios, seguros de su apoyo y de su victoria. La liturgia de este día canta: “*O Crux, ave, spes unica*”, “¡Salve, oh cruz, esperanza única!”.

Esta esperanza se alimenta en el gran silencio del Sábado santo, en espera de la resurrección de Jesús. En este día las iglesias están desnudas y no se celebran ritos litúrgicos particulares. La Iglesia vela en oración como María y junto con María, compartiendo sus mismos sentimientos de dolor y confianza en Dios. Justamente se recomienda conservar durante todo el día un clima de oración, favoreciendo la meditación y la reconciliación; se anima a los fieles a acercarse al sacramento de la Penitencia, para poder participar, realmente renovados, en las fiestas pascales.

El recogimiento y el silencio del Sábado santo nos llevarán en la noche a la solemne *Vigilia pascual*, “madre de todas las vigiliass”, cuando prorrumpirá en todas las iglesias y comunidades el canto de alegría por la resurrección de Cristo. Una vez más, se proclamará la

victoria de la luz sobre las tinieblas, de la vida sobre la muerte, y la Iglesia se llenará de júbilo en el encuentro con su Señor. Así entraremos en el clima de la Pascua de Resurrección.

Queridos hermanos y hermanas, dispongámonos a vivir intensamente el Triduo santo, para participar cada vez más profundamente en el misterio de Cristo. En este itinerario nos acompaña la Virgen santísima, que siguió en silencio a su Hijo Jesús hasta el Calvario, participando con gran pena en su sacrificio, cooperando así al misterio de la redención y convirtiéndose en Madre de todos los creyentes (cf *Jn* 19, 25-27). Juntamente con ella entraremos en el Cenáculo, permaneceremos al pie de la cruz, velaremos idealmente junto a Cristo muerto aguardando con esperanza el alba del día radiante de la resurrección. En esta perspectiva, os expreso desde ahora a todos mis mejores deseos de una feliz y santa Pascua, junto con vuestras familias, parroquias y comunidades.

Miércoles, 15 de abril de 2009

Queridos hermanos y hermanas:

La tradicional audiencia general de los miércoles hoy está impregnada de gozo espiritual, el gozo que ningún sufrimiento ni pena pueden borrar, porque es un gozo que brota de la certeza de que Cristo, con su muerte y su resu-

resurrección, ha triunfado definitivamente sobre el mal y sobre la muerte. “¡Cristo ha resucitado, aleluya!”, canta la Iglesia en fiesta. Y este clima festivo, estos sentimientos típicos de la Pascua, no sólo se prolongan durante esta semana, la octava de Pascua, sino que se extienden también a lo largo de los cincuenta días que van hasta Pentecostés. Más aún, podemos decir que el misterio de la Pascua abarca todo el arco de nuestra existencia.

En este tiempo litúrgico son realmente numerosas las referencias bíblicas y los estímulos a la meditación que se nos ofrecen para profundizar el significado y el valor de la Pascua. El *via crucis*, que en el Triduo sacro recorrimos con Jesús hasta el Calvario reviviendo su dolorosa pasión, en la solemne Vigilia pascual se transformó en el consolador *via lucis*. Podemos decir que todo este camino de sufrimiento, visto desde la resurrección, es camino de luz y de renacimiento espiritual, de paz interior y de firme esperanza. Después del llanto, después del desconcierto del Viernes santo, al que siguió el silencio lleno de espera del Sábado santo, al alba del “primer día después del sábado” resonó con vigor el anuncio de la Vida que ha derrotado a la muerte: “*Dux vitae mortuus regnat vivus*”, “El Señor de la vida había muerto, pero ahora, vivo, triunfa”.

La novedad conmovedora de la resurrección es tan importante que la Iglesia no cesa de proclamarla, prolon-

gando su recuerdo especialmente cada domingo. En efecto, cada domingo es “día del Señor” y Pascua semanal del pueblo de Dios. Nuestros hermanos orientales, con el fin de evidenciar este misterio de salvación que afecta a nuestra vida diaria, en lengua rusa llaman al domingo “día de la resurrección” (*voskresénje*).

Así pues, para nuestra fe y para nuestro testimonio cristiano es fundamental proclamar la resurrección de Jesús de Nazaret como acontecimiento real, histórico, atestiguado por muchos y autorizados testigos. Lo afirmamos con fuerza porque, también en nuestro tiempo, no falta quien trata de negar su historicidad reduciendo el relato evangélico a un mito, a una “visión” de los Apóstoles, retomando o presentando antiguas teorías, ya desgastadas, como nuevas y científicas.

Ciertamente, la resurrección no fue para Jesús un simple retorno a la vida anterior, pues en ese caso se trataría de algo del pasado: hace dos mil años uno resucitó, volvió a su vida anterior, como por ejemplo Lázaro. La Resurrección se sitúa en otra dimensión: es el paso a una dimensión de vida profundamente nueva, que nos toca también a nosotros, que afecta a toda la familia humana, a la historia y al universo.

Este acontecimiento, que introdujo una nueva dimensión de vida, una apertura de nuestro mundo hacia la vida eterna, cambió la existencia de los tes-

tigos oculares, como lo demuestran los relatos evangélicos y los demás escritos del Nuevo Testamento. Es un anuncio que generaciones enteras de hombres y mujeres a lo largo de los siglos han acogido con fe y han testimoniado a menudo al precio de su sangre, sabiendo que precisamente así entraban en esta nueva dimensión de la vida.

También este año, en Pascua resuena inmutable y siempre nueva, en todos los rincones de la tierra, esta buena nueva: Jesús, muerto en la cruz, ha resucitado y vive glorioso, porque ha derrotado el poder de la muerte, ha introducido al ser humano en una nueva comunión de vida con Dios y en Dios. Ésta es la victoria de la Pascua, nuestra salvación. Así pues, podemos cantar con san Agustín: “La resurrección de Cristo es nuestra esperanza”, porque nos introduce en un nuevo futuro.

Es verdad: la resurrección de Jesús funda nuestra firme esperanza e ilumina toda nuestra peregrinación terrena, incluido el enigma humano del dolor y de la muerte. La fe en Cristo crucificado y resucitado es el corazón de todo el mensaje evangélico, el núcleo central de nuestro “Credo”. En un conocido pasaje paulino, contenido en la *primera carta a los Corintios* (1 Co 15, 3-8), podemos encontrar una expresión autorizada de ese “Credo” esencial. En él, el Apóstol, para responder a algunos miembros de la comunidad de Corinto que paradójicamente proclamaban la resurrección de Jesús pero negaban

la de los muertos -nuestra esperanza-, transmite fielmente lo que él, Pablo, había recibido de la primera comunidad apostólica sobre la muerte y la resurrección del Señor.

Comienza con una afirmación casi perentoria: “Os recuerdo, hermanos, el Evangelio que os prediqué, que habéis recibido y en el cual permanecéis firmes, por el cual también sois salvados, si lo guardáis tal como os lo prediqué. Si no, habríais creído en vano” (vv. 1-2). Inmediatamente añade que ha transmitido lo que él mismo había recibido. Y a continuación viene el pasaje que hemos escuchado al inicio de nuestro encuentro. San Pablo presenta ante todo la muerte de Jesús y, en un texto tan escueto, pone dos añadiduras a la noticia de que “Cristo murió”: la primera: murió “por nuestros pecados”; la segunda: “según las Escrituras” (v. 3). La expresión “según las Escrituras” pone el acontecimiento de la muerte del Señor en relación con la historia de la alianza veterotestamentaria de Dios con su pueblo, y nos hace comprender que la muerte del Hijo de Dios pertenece al entramado de la historia de la salvación; más aún, nos hace comprender que esa historia recibe de ella su lógica y su verdadero significado.

Hasta ese momento, la muerte de Cristo había permanecido casi como un enigma, cuyo éxito era aún incierto. En el misterio pascual se cumplen las palabras de la Escritura, o sea, esta muerte realizada “según las Escrituras”

es un acontecimiento que contiene en sí un *logos*, una lógica: la muerte de Cristo atestigua que la Palabra de Dios se hizo “carne”, “historia” humana, hasta el fondo. Cómo y por qué sucedió eso se comprende gracias a la otra añadidura que san Pablo hace: Cristo murió “por nuestros pecados”. Con estas palabras el texto paulino parece retomar la profecía de Isaías contenida en el *cuarto canto del Siervo de Dios* (cf. *Is* 53, 12). El Siervo de Dios -así dice el *canto*- “indefenso se entregó a la muerte”, llevó “el pecado de muchos”, e intercediendo por los “rebeldes” pudo obtener el don de la reconciliación de los hombres entre sí y de los hombres con Dios: su muerte es, por tanto, una muerte que pone fin a la muerte; el camino de la cruz lleva a la Resurrección.

En los versículos que siguen el Apóstol se refiere a la resurrección del Señor. Dice que Cristo “resucitó al tercer día según las Escrituras”. ¡De nuevo “según las Escrituras”! No pocos exegetas ven en la expresión “resucitó al tercer día según las Escrituras” una alusión significativa a lo que se lee en el *Salmo* 16, donde el Salmista proclama: “No me entregarás a la muerte ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción” (v. 10). Éste es uno de los textos del Antiguo Testamento que, en el cristianismo primitivo, se solía citar a menudo para probar el carácter mesiánico de Jesús. Dado que según la interpretación judía la corrupción comenzaba después del tercer día, las palabras de la Escritura se cumplen en Jesús, que resucita al tercer

día, es decir, antes de que comience la corrupción.

San Pablo, transmitiendo fielmente la enseñanza de los Apóstoles, subraya que la victoria de Cristo sobre la muerte se produce por el poder creador de la Palabra de Dios. Este poder divino trae esperanza y alegría: este es, en definitiva, el contenido liberador de la revelación pascual. En la Pascua Dios se revela a sí mismo y revela el poder del amor trinitario que aniquila las fuerzas destructoras del mal y de la muerte.

Queridos hermanos y hermanas, dejémonos iluminar por el esplendor del Señor resucitado. Acojámoslo con fe y adhirámonos generosamente a su Evangelio, como hicieron los testigos privilegiados de su resurrección; como hizo, algunos años después, san Pablo, que se encontró con el divino Maestro de un modo extraordinario en el camino de Damasco. No podemos tener sólo para nosotros el anuncio de esta Verdad que cambia la vida de todos. Con humilde confianza oremos: “Oh Jesús, que resucitando de entre los muertos has anticipado nuestra resurrección, nosotros creemos en ti”.

Me complace concluir con una exclamación que solía repetir Silvano del Monte Athos: “Alégrate, alma mía. Siempre es Pascua, porque Cristo resucitado es nuestra resurrección”. Que la Virgen María nos ayude a cultivar en nosotros, y en nuestro entorno, este clima de alegría pascual, para ser testi-

gos del Amor divino en todas las situaciones de nuestra vida.

Una vez más, ¡feliz Pascua a todos!

Miércoles, 22 de abril de 2009

Ambrosio Aupertó

Queridos hermanos y hermanas:

La Iglesia vive en las personas, y quien quiere conocer a la Iglesia, comprender su misterio, debe considerar a las personas que han vivido y viven su mensaje, su misterio. Por ello, desde hace mucho tiempo, en las catequesis de los miércoles hablo de personas de las que podemos aprender lo que es la Iglesia. Comenzamos con los Apóstoles y los Padres de la Iglesia, y poco a poco, hemos llegado hasta el siglo VIII, el período de Carlomagno. Hoy voy a hablar de Ambrosio Aupertó, un autor más bien desconocido; en efecto, sus obras fueron atribuidas, en gran parte, a otros personajes más conocidos, desde san Ambrosio de Milán hasta san Ildefonso, para no hablar de las que los monjes de Montecassino creyeron que debían atribuir a la pluma de un abad suyo del mismo nombre, que vivió casi un siglo más tarde. Prescindiendo de alguna breve alusión autobiográfica insertada en su gran comentario al *Apocalipsis*, tenemos pocas noticias ciertas sobre su vida. Sin embargo, la atenta lectura de las obras cuya paternidad la crítica ha ido reconociendo poco a

poco, permite descubrir en su enseñanza un tesoro teológico y espiritual valioso también para nuestro tiempo.

Ambrosio Auperto, nacido en Provenza de una familia distinguida, según su tardío biógrafo Juan fue a la corte del rey franco Pipino el Breve donde, además del cargo de oficial, desarrolló de alguna forma también el de preceptor del futuro emperador Carlomagno. Probablemente en el séquito del Papa Esteban II, que entre los años 753-754 acudió a la corte franca, Auperto llegó a Italia y visitó la famosa abadía benedictina de San Vicente, en las fuentes del Volturno, en el ducado de Benevento. Esa abadía, fundada a inicios de aquel siglo por los tres hermanos beneventanos Paldón, Tatón y Tasón, era conocida como oasis de cultura clásica y cristiana. Poco después de su visita, Ambrosio Auperto decidió abrazar la vida religiosa y entró en aquel monasterio, donde pudo formarse de modo adecuado, sobre todo en el campo de la teología y la espiritualidad, según la tradición de los Padres.

Hacia el año 761, fue ordenado sacerdote y el 4 de octubre del año 777 fue elegido abad con el apoyo de los monjes francos, mientras que le eran contrarios los longobardos, favorables al longobardo Potón. La tensión, de trasfondo nacionalista, no se calmó en los meses sucesivos, con la consecuencia de que al año siguiente, el 778, Auperto pensó en dimitir y marcharse con algunos monjes francos a Spoleto, don-

de podía contar con la protección de Carlomagno. A pesar de ello, las disensiones en el monasterio de San Vicente no cesaron, y algunos años después, cuando a la muerte del abad que sucedió a Auperto fue elegido precisamente Potón (año 782), el conflicto volvió a encenderse y se llegó a la denuncia del nuevo abad ante Carlomagno. Éste remitió a los contendientes al tribunal del Pontífice, el cual los convocó a Roma. Llamó también como testigo a Auperto que, sin embargo, durante el viaje murió repentinamente, quizá asesinado, el 30 de enero del año 784.

Ambrosio Auperto fue monje y abad en una época marcada por fuertes tensiones políticas, que repercutían también en la vida interna de los monasterios. De ello se hace eco frecuentemente y con preocupación en sus escritos. Por ejemplo, denuncia la contradicción entre la espléndida apariencia externa de los monasterios y la tibieza de los monjes: seguramente esta crítica se dirigía también a su propia abadía. Para ella escribió la *Vida* de los tres fundadores, con la clara intención de ofrecer a la nueva generación de monjes un punto de referencia con el cual confrontarse.

Una finalidad semejante tenía también el pequeño tratado ascético *Conflictus vitiorum et virtutum* ("Conflicto entre los vicios y las virtudes"), que obtuvo gran éxito en la Edad Media y se publicó en 1473 en Utrecht bajo el nombre de san Gregorio Magno y un año después en Estrasburgo bajo

el nombre de san Agustín. En él, Ambrosio Aupertio pretendía enseñar a los monjes de modo concreto cómo afrontar el combate espiritual día a día. De modo significativo, no aplica la afirmación de *2 Tm 3,12*: “Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús, sufrirán persecuciones”, a la persecución externa, sino al asalto que el cristiano debe sufrir en su interior por parte de las fuerzas del mal. Se presentan en una especie de disputa 24 parejas de combatientes: cada vicio trata de embaucar al alma con razonamientos sutiles, mientras que la virtud respectiva rebate esas insinuaciones utilizando sobre todo palabras de la Escritura.

En este tratado sobre el conflicto entre vicios y virtudes, Aupertio contrapone a la *cupiditas* (la codicia) el *contemptus mundi* (el desprecio del mundo), que se convierte en una figura importante en la espiritualidad de los monjes. Este desprecio del mundo no es un desprecio de la creación, de la belleza y de la bondad de la creación y del Creador, sino un desprecio de la falsa visión del mundo que nos presenta e insinúa precisamente la codicia. Ésta nos insinúa que el “tener” sería el sumo valor de nuestro ser, de nuestro vivir en el mundo, para parecer importantes. Así falsifica la creación del mundo y destruye el mundo.

Aupertio observa también que el afán de ganancias de los ricos y los poderosos de la sociedad de su tiempo existe también en el interior de las almas de

los monjes; por ello, escribió un tratado titulado *De cupiditate*, en el que, con el apóstol san Pablo, denuncia desde el inicio la codicia como la raíz de todos los males. Escribe: “Desde el suelo de la tierra diversas espinas agudas brotan de varias raíces; en el corazón del hombre, en cambio, los piquetes de todos los vicios proceden de una única raíz, la codicia” (*De cupiditate* 1: CCCM 27 b, p. 963). Este relieve revela toda su actualidad a la luz de la presente crisis económica mundial. Vemos que precisamente de esta raíz de la codicia ha nacido esta crisis. Ambrosio imagina la objeción que los ricos y los poderosos podrían aducir diciendo: nosotros no somos monjes; para nosotros no valen ciertas exigencias ascéticas. Y responde: “Es verdad lo que decís, pero también para vosotros vale el camino angosto y estrecho, según la manera de vuestro estado de vida y en la medida de vuestras fuerzas, porque el Señor sólo propuso dos puertas y dos caminos (es decir, la puerta estrecha y la ancha, el camino angosto y el cómodo); no indicó una tercera puerta o un tercer camino” (l.c., p. 978).

Ve claramente que los estilos de vida son muy distintos. Pero también para el hombre de este mundo, también para el rico vale el deber de combatir contra la codicia, contra el afán de poseer, de aparecer, contra el falso concepto de libertad como facultad de disponer de todo según el propio arbitrio. También el rico debe encontrar el auténtico camino de la verdad, del amor y, así, de

la vida recta. Por eso, Auperto, como prudente pastor de almas, al final de su predicación penitencial, sabe decir una palabra de consuelo: “No he hablado contra los codiciosos, sino contra la codicia, no contra la naturaleza, sino contra el vicio” (l.c., p. 981).

La obra más importante de Ambrosio Auperto es seguramente su comentario en diez libros al *Apocalipsis*, que constituye, después de siglos, el primer comentario amplio en el mundo latino al último libro de la Sagrada Escritura. Esta obra fue fruto de un trabajo de muchos años, llevado a cabo en dos etapas entre los años 758 y 767, por tanto antes de su elección como abad. En el prólogo indica con precisión sus fuentes, lo cual no era normal en absoluto en la Edad Media. A través de su fuente quizás más significativa, el comentario del obispo Primasio Adrumetano, redactado hacia la mitad del siglo VI, Auperto entra en contacto con la interpretación del *Apocalipsis* que había dejado el africano Ticonio, el cual vivió una generación antes de san Agustín. No era católico: pertenecía a la Iglesia cismática donatista; sin embargo, era un gran teólogo. En este comentario vio reflejado, sobre todo en el *Apocalipsis*, el misterio de la Iglesia.

Ticonio había llegado a la convicción de que la Iglesia era un cuerpo compuesto de dos partes: una, dice él, pertenece a Cristo; pero la otra parte de la Iglesia pertenece al diablo. San Agustín leyó este comentario y lo apro-

vechó, pero subrayó fuertemente que la Iglesia está en las manos de Cristo, sigue siendo su Cuerpo, formando con él un solo sujeto, participe de la mediación de la gracia. Por eso, subraya que la Iglesia nunca puede separarse de Jesucristo.

En su lectura del *Apocalipsis*, semejante a la de Ticonio, Auperto no se interesa tanto de la segunda venida de Cristo al final de los tiempos, cuanto de las consecuencias que se derivan para la Iglesia del presente de su primera venida, la encarnación en el seno de la Virgen María. Y nos dice unas palabras muy importantes: en realidad Cristo “debe nacer, morir y resucitar cada día en nosotros, que somos su Cuerpo” (*In Apoc. III: CCCM 27*, p. 205). En el contexto de la dimensión mística propia de todo cristiano, él contempla a María como modelo de la Iglesia, modelo para todos nosotros, porque también en nosotros y entre nosotros debe nacer Cristo. Siguiendo a los Padres que veían en la “mujer vestida de sol” de *Ap 12,1* la imagen de la Iglesia, Auperto argumenta: “La bienaventurada y piadosa Virgen... diariamente da a luz nuevos pueblos, con los cuales se forma el Cuerpo general del Mediador. Por tanto, no debe sorprender que ella, en cuyo bendito seno la Iglesia misma mereció ser unida a su Cabeza, represente la imagen de la Iglesia”.

En este sentido, Auperto considera que la Virgen María desempeña un papel decisivo en la obra de la Reden-

ción (cf. también sus homilías *In purificatione s. Mariae* e *In adsumptione s. Mariae*). Su gran veneración y su profundo amor a la Madre de Dios le inspiran a veces formulaciones que de alguna forma anticipan las de san Bernardo y de la mística franciscana, pero sin desviarse hacia formas discutibles de sentimentalismo, porque él no separa nunca a María del misterio de la Iglesia. Por eso, con razón, Ambrosio Aupertó es considerado el primer gran mariólogo de Occidente.

Él cree que la piedad -que, según él, debe liberar al alma del apego a los placeres terrenos y transitorios- debe ir unida al profundo estudio de las ciencias sagradas, sobre todo la meditación de las Sagradas Escrituras, que define “cielo profundo, abismo insondable” (*In Apoc. IX*). En la hermosa oración con la que concluye su comentario al *Apocalipsis*, subrayando la prioridad que en toda búsqueda teológica de la verdad corresponde al amor, se dirige a Dios con estas palabras: “Cuando te escrutamos intelectualmente, no te descubrimos como eres verdaderamente; en cambio, cuando te amamos, te alcanzamos”.

Hoy podemos constatar que Ambrosio Aupertó vivió en un tiempo de fuerte manipulación política de la Iglesia, en la que el nacionalismo y el tribalismo habían desfigurado el rostro de la Iglesia. Pero él, en medio de todas esas dificultades, que experimentamos también nosotros, supo descubrir el verda-

dero rostro de la Iglesia en María, en los santos. De este modo, supo entender lo que significa ser católico, ser cristiano, vivir de la Palabra de Dios, entrar en este abismo y así vivir el misterio de la Madre de Dios: dar vida de nuevo a la Palabra de Dios, ofrecer a la Palabra de Dios la propia carne en el tiempo presente. Y con todo su conocimiento teológico, con toda la profundidad de su ciencia, Aupertó supo comprender que con la simple investigación teológica no se puede conocer a Dios tal como es en realidad. Sólo el amor lo alcanza. Escuchemos este mensaje y oremos al Señor para que nos ayude a vivir el misterio de la Iglesia hoy, en nuestro tiempo.

Miércoles 29 de abril de 2009

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy hablamos del Patriarca Germano de Constantinopla, conocido sobre todo por defender la devoción por los iconos e imágenes sagradas, ante la campaña iconoclasta del Emperador de Bizancio que las quería eliminar. Como no consiguió frenarlo, se vio forzado a dimitir, reclusándose en un monasterio donde murió en el olvido. Pero su nombre fue ensalzado más tarde por el Segundo Concilio de Nicea, del año setecientos ochenta y siete, en el que se reconocieron sus méritos y se ratificó la tradición de venerar las imágenes. Germano es recordado también por su atención al decoro de la retórica en la predicación, como es

característico en la tradición bizantina, convencido de que la hermosura de los himnos, composiciones poéticas y homilías es tan importante en la liturgia como la belleza de los lugares en que se celebra. A él debemos algunas piezas que

han marcado la piedad durante siglos y en las que también hoy puede encontrarse un tesoro de espiritualidad. Son particularmente famosos algunos textos suyos sobre la Santísima Virgen María y el misterio de la Iglesia.

CARTAS

Carta del Papa, Benedicto XVI, al Primer Ministro del Reino Unido, Gordon Brown

A su excelencia Honorable Gordon Brown, Primer ministro del Reino Unido

Señor primer ministro:

Durante su reciente visita al Vaticano, usted me informó amablemente sobre la cumbre que tendrá lugar en Londres los días 2 y 3 de abril de 2009, con la participación de representantes de las veinte economías más fuertes del mundo. Como usted me explicó, ese encuentro tiene como finalidad coordinar, con urgencia, las medidas necesarias para estabilizar los mercados financieros y permitir a las empresas y a las familias superar este período de profunda recesión, así como relanzar un crecimiento sostenible en la economía mundial, y reformar y reforzar sustancialmente los sistemas de gobierno global, para garantizar que dicha crisis no se repita en el futuro.

Con esta carta, quiero expresarle a usted y a los jefes de Estado y de Gobierno que participarán en la cumbre el aprecio de la Iglesia católica, así como el mío personal, por los nobles objetivos de ese encuentro, que surgen de la convicción, compartida por todos los Gobiernos y las organizaciones internacionales participantes, de que la salida de la actual crisis global sólo puede lograrse juntos, evitando soluciones marcadas por el egoísmo nacionalista o el proteccionismo.

Escribo este mensaje tras volver de África, donde tuve la oportunidad de palpar la realidad de una pobreza y una marginación extremas, que la crisis podría agravar dramáticamente. También fui testigo de los extraordinarios recursos humanos con los que ese continente ha sido bendecido y que puede ofrecer a todo el mundo.

La cumbre de Londres, como la de Washington en 2008, por razones prácticas y urgentes, se ha limitado a convocar a los Estados que represen-

tan el 90% del producto interno bruto y el 80% del comercio mundial. En este marco, el África subsahariana está representada por un solo Estado y algunas organizaciones regionales. Esta situación debe suscitar una profunda reflexión entre los participantes en la cumbre, puesto que aquéllos cuya voz tiene menos fuerza en el escenario político son precisamente los que más sufren los efectos perjudiciales de una crisis de la que no son en absoluto responsables. Además, a largo plazo, son los que tienen mayor potencial para contribuir al progreso de todos.

Por tanto, es necesario volver a los mecanismos y las estructuras multinacionales que forman parte de las Naciones Unidas y sus organizaciones asociadas, para escuchar la voz de todos los países y para garantizar que las medidas y las decisiones adoptadas en los encuentros del G-20 sean compartidas por todos.

Al mismo tiempo, quiero añadir otro motivo de la necesidad de la reflexión de la cumbre. Las crisis financieras estallan cuando -en parte por la falta de una conducta ética correcta- los que trabajan en el sector económico pierden la confianza en los instrumentos y en los sistemas financieros. Sin embargo, las finanzas, el comercio y los sistemas de producción son creaciones humanas contingentes que, si se convierten en objeto de fe ciega, llevan consigo las raíces de su propio fracaso. Su único fundamento verdadero y só-

lido es la fe en la persona humana. Por esta razón, todas las medidas propuestas para frenar la crisis, en definitiva, deben tratar de ofrecer seguridad a las familias y estabilidad a los trabajadores y, a través de reglas y controles apropiados, restablecer la ética en el mundo de las finanzas.

La crisis actual ha suscitado el espectro de la cancelación o la reducción drástica de los programas de ayuda exterior, especialmente para África y para los países menos desarrollados en otras partes. La ayuda al desarrollo, incluidas las condiciones comerciales y financieras favorables para los países menos desarrollados y la cancelación de la deuda externa de los países más pobres y más endeudados, no ha sido la causa de la crisis y, por una razón de justicia fundamental, no debe ser su víctima.

Si un elemento clave de la crisis es un déficit de ética en las estructuras económicas, esta misma crisis nos enseña que la ética no es “externa” a la economía, sino “interna”, y que la economía no puede funcionar si no lleva en sí un componente ético.

Por tanto, la confianza renovada en la persona humana, que debe animar todos los pasos para resolver la crisis, se aplicará mejor a través del fortalecimiento valiente y generoso de una cooperación internacional capaz de promover un desarrollo verdaderamente humano e integral. La confianza positiva en la persona humana, sobre

todo en los hombres y las mujeres más pobres -de África y de otras regiones del mundo afectadas por la pobreza extrema-, es lo que se necesita si verdaderamente se quiere salir de la crisis de una vez para siempre, sin excluir a ninguna región, y si se quiere evitar definitivamente que se repita una situación análoga a la situación en la que nos encontramos hoy.

También quiero unir mi voz a la de los miembros de diversas religiones y culturas que comparten la convicción de que la eliminación de la pobreza extrema a más tardar en el año 2015, a lo

cual se han comprometido los líderes de la cumbre del milenio de la ONU, siga siendo una de las tareas más importantes de nuestro tiempo.

Honorable primer ministro, invoco abundantes bendiciones de Dios todopoderoso sobre la cumbre de Londres y sobre todos los encuentros multilaterales que buscan actualmente los modos de resolver la crisis financiera, y aprovecho esta oportunidad para dirigirle una vez más mi saludo afectuoso y expresarles mis sentimientos de estima.

Vaticano, 30 de marzo de 2009

DISCURSOS

Discurso del Papa, Benedicto XVI, a los jóvenes voluntarios del Servicio Civil italiano

Sala Pablo VI. Sábado, 28 de marzo de 2009

Queridos jóvenes:

Bienvenidos y gracias por vuestra grata visita. Para mí siempre es una alegría encontrarme con los jóvenes; en este caso me siento aún más contento porque sois voluntarios del servicio civil, característica que aumenta mi estima por vosotros y me invita a proponeros algunas reflexiones vinculadas a vuestra actividad específica. Sin

embargo, antes quiero saludar al subsecretario de la presidencia del Gobierno, senador Carlo Giovanardi, que ha promovido este encuentro en nombre del Gobierno italiano, al que agradezco sus amables palabras. Saludo también a las demás autoridades aquí presentes.

Queridos amigos, ¿qué puede decir el Papa a jóvenes comprometidos en el servicio civil nacional? Ante todo, puede congratularse por el entusiasmo que os anima y por la generosidad con que lleváis a cabo esta misión de paz. Permitid también que os proponga una reflexión que, podría decir, os atañe de modo más directo, una reflexión tomada de la constitu-

ción del concilio Vaticano II *Gaudium et spes* -"alegría y esperanza"- sobre la Iglesia en el mundo actual. En la parte final de ese documento conciliar, donde se afronta también el tema de la paz entre los pueblos, se encuentra una expresión fundamental sobre la que conviene detenerse: "La paz nunca se obtiene de modo definitivo, sino que debe construirse continuamente" (n. 78). Es muy real esta observación.

Por desgracia, las guerras y violencias no acaban nunca, y la búsqueda de la paz siempre es ardua. En años marcados por el peligro de posibles conflictos mundiales, el concilio Vaticano II denunció con fuerza -en este texto- la carrera de armamentos. "La carrera de armamentos, a la que recurren bastantes naciones, no es un camino seguro para conservar firmemente la paz", y añadía inmediatamente que la carrera de armamentos "es una plaga gravísima de la humanidad y perjudica a los pobres de modo intolerable" (*ib.*, 81). Tras esa constatación, que mostraba su preocupación, los padres conciliares expresaron un deseo: "Habrá que elegir -afirmaron- nuevos caminos que partan de un espíritu renovado para que este escándalo sea eliminado y, una vez liberado el mundo de la ansiedad que lo oprime, pueda restablecerse una verdadera paz" (*ib.*).

"Nuevos caminos", por tanto, "que partan de un espíritu renovado", de la renovación de los corazones

y de las conciencias. Hoy como entonces la auténtica conversión de los corazones constituye el único camino que nos puede conducir a cada uno de nosotros y a la humanidad entera a la paz deseada. Es el camino indicado por Jesús: él, que es el Rey del universo, no vino a traer la paz al mundo con un ejército, sino mediante el rechazo de la violencia. Lo dijo explícitamente a Pedro, en el huerto de los Olivos: "Vuelve tu espada a su sitio, porque todos los que empuñen la espada, a espada perecerán" (*Mt* 26, 52); y después a Poncio Pilato: "Si mi reino fuera de este mundo, mi gente habría combatido para que no fuera entregado a los judíos: pero mi reino no es de aquí" (*Jn* 18, 36).

Es el camino que han seguido y siguen no sólo los discípulos de Cristo, sino muchos hombres y mujeres de buena voluntad, testigos valientes de la fuerza de la no violencia. También en la *Gaudium et spes*, el Concilio afirma: "No podemos menos de alabar a aquéllos que, renunciando a la acción violenta para reivindicar sus derechos, recurren a los medios de defensa que están incluso al alcance de los más débiles, siempre que esto pueda hacerse sin perjudicar los derechos y los deberes de los demás o de la comunidad" (n. 78). A esta clase de agentes de paz pertenecéis también vosotros, queridos jóvenes amigos. Así pues, sed siempre y en todas partes instrumentos de paz, rechazando con decisión el

egoísmo y la injusticia, la indiferencia y el odio, para construir y difundir con paciencia y perseverancia la justicia, la igualdad, la libertad, la reconciliación, la acogida y el perdón en cada comunidad.

Quiero dirigiros aquí, queridos jóvenes, la invitación con la que concluí el mensaje anual del 1 de enero pasado para la Jornada mundial de la paz, exhortándoos a “ensanchar el corazón hacia las necesidades de los pobres, haciendo cuanto sea concretamente posible para salir a su encuentro. En efecto, sigue siendo incontestablemente verdadero el axioma según el cual “combatir la pobreza es construir la paz”” (*L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 12 de diciembre de 2008, p. 9). Muchos de vosotros -pienso por ejemplo en quienes trabajan con *Cáritas* y en otras instituciones sociales- estáis diariamente comprometidos en el servicio a personas con dificultades. Pero siempre, en la variedad de los ámbitos de vuestras actividades, cada uno, a través de esta experiencia de voluntariado, puede reforzar su propia sensibilidad social, conocer más de cerca los problemas de la gente y hacerse promotor activo de una solidaridad concreta. Éste es, ciertamente, el principal objetivo del servicio civil nacional, un objetivo formativo: educar a las generaciones jóvenes a cultivar un sentido de atención responsable hacia las personas necesitadas y hacia el bien común.

Queridos chicos y chicas, un día Jesús dijo a la gente que le seguía: “Quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda su propia vida por mi causa y por la del Evangelio, la salvará” (*Mc* 8, 35). En estas palabras hay una verdad no sólo cristiana, sino universalmente humana: la vida es un misterio de amor, que nos pertenece tanto más cuanto más la entregamos, o mejor, cuanto más nos entregamos, es decir, cuanto más hacemos el don de nosotros mismos, de nuestro tiempo, de nuestros recursos y cualidades por el bien de los demás.

Lo dice una célebre oración atribuida a san Francisco de Asís, que empieza así: “Oh, Señor, haz de mí un instrumento de tu paz”; y termina con estas palabras: “Porque dando se recibe, perdonando se es perdonado, muriendo se resucita para la vida eterna”.

Queridos amigos, que ésta sea siempre la lógica de vuestra vida, no sólo ahora que sois jóvenes, sino también mañana, cuando desempeñéis -os lo deseo- funciones significativas en la sociedad y forméis una familia. Sed personas dispuestas a gastarse por los demás, dispuestas incluso a sufrir por el bien y la justicia. Por esto os aseguro mi oración, encomendándoos a la protección de María santísima. Os deseo un buen servicio y os bendigo a todos de corazón, así como a vuestros seres queridos y a las personas con las que os encontráis a diario.

***Palabras del Papa, Benedicto XVI,
en la Visital Pastoral a la parroquia
romana del Santo Rostro de Jesús en
la Magliana***

V Domingo de Cuaresma, 29 de marzo de 2009

A los niños de la parroquia

Queridos niños:

Ante todo, os deseo un feliz domingo. Me alegra estar hoy con vosotros, aunque el tiempo no sea bueno y nos hayamos levantado una hora antes, porque ha cambiado la hora. Sin embargo, nos encontramos todos reunidos y sé que os estáis preparando para la primera Comunión, para el encuentro con Jesús. Hoy escuchamos en el evangelio que unas personas de Grecia dijeron: “Queremos ver a Jesús”. Todos nosotros queremos ver y conocer a Jesús, que está presente entre nosotros. Ahora estáis recorriendo este camino de preparación y luego, en el momento de la primera Comunión, él estará muy cerca de vosotros, y vosotros podréis sentir que él estará con vosotros.

En Pascua, con la belleza de la fiesta, podremos experimentar mejor cómo la presencia de Jesús resucitado llena de alegría el corazón. Por eso, os deseo un feliz domingo, una buena preparación para la Pascua y para la primera Comunión, mucha alegría en las vacaciones y luego, naturalmente, una feliz fiesta de primera Comunión: el centro no es

la comida; el centro será Jesús mismo; después también la comida puede ser buena. A todos os expreso mis mejores deseos. Pedid por mí; yo pido por vosotros.

A los miembros del Consejo Pastoral

Queridos amigos:

En este momento quiero daros las gracias por todo lo que hacéis con vistas a la construcción de la Iglesia viva en este barrio de Roma. Me parece que uno de los dones del concilio Vaticano II es la existencia de estos consejos pastorales, donde laicos representantes de toda la comunidad afrontan, juntamente con el párroco y con los sacerdotes, los problemas de la Iglesia viva de un barrio, ayudan a construir la Iglesia, a hacer presente la Palabra de Dios y a sensibilizar a la gente con respecto a la presencia de Jesucristo en los sacramentos. En este tiempo, en el que el laicismo es fuerte y todas las impresiones que se recogen en el entorno se ponen en cierto modo contra la presencia de Dios, contra la capacidad de percibir esta presencia, es mucho más importante que el sacerdote no esté solo, sino que se vea rodeado de creyentes que con él lleven esta semilla de la Palabra de Dios y ayuden a que sea viva y crezca también en nuestro tiempo. Por eso, gracias por vuestras iniciativas. Es importante consolar, ayudar, apoyar a la gente en el momento del sufrimiento, hacer que experimenten la cercanía de los creyentes que se sien-

ten particularmente cerca de todos los que sufren.

Esto lo he visto en África. En Yaundé, Camerún, hay un gran Centro, fundado por el cardenal Léger, canadiense, gran padre del Concilio, donde yo lo conocí. Después del Concilio, en 1968, sintió la necesidad, no sólo de predicar y gobernar, sino también de ser un simple sacerdote para ayudar a los que sufren. Se fue a Camerún y allí fundó ese Centro, que hoy pertenece al Estado, pero en el que trabajan sobre todo eclesiásticos, donde se ve toda la gama de sufrimientos: sida, lepra, todo. Pero también se ve la fuerza de la fe; se ve gente que, motivada por la fuerza de la fe y por el amor que suscita la fe, se pone totalmente a disposición. Así el sufrimiento se transforma y las personas que ayudan quedan transformadas, se hacen más humanas, más cristianas: se experimenta algo del amor de Dios. Por eso, en nuestras dimensiones, también nosotros queremos ser siempre sensibles ante el sufrimiento, ante los que sufren, ante los pobres, ante las personas necesitadas por diversas formas de pobreza, incluso espiritual, que nos esperan, en las que nos espera el Señor. Gracias por todo lo que hacéis.

Según la tradición, el consejo es un don del Espíritu Santo; y un párroco, mucho más un Papa, necesita consejo, necesita que le ayuden a encontrar las decisiones. Por eso, estos consejos pastorales realizan también una obra del Espíritu Santo y atestiguan su presencia en la Iglesia.

Gracias por todo lo que hacéis. Que el Señor os acompañe siempre y os dé la alegría pascual para todo el año. Muchas gracias.

Despedida

Queridos amigos, os doy las gracias por vuestro entusiasmo, que me hace pensar en África, donde he visto a tantas personas con la alegría de ser católicas y formar parte de la gran familia de Dios. Gracias porque veo la misma alegría también en vosotros.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, a los socios del Círculo de San Pedro

Sala de los Papas. Viernes, 3 de abril de 2009

Queridos socios del Círculo de San Pedro:

Con verdadero placer me encuentro con vosotros y os saludo cordialmente a cada uno, así como a vuestros familiares y a cuantos trabajan con vosotros en las diversas actividades organizadas por vuestra benemérita asociación. Saludo, en particular, al presidente general, el duque Leopoldo Torlonia, a quien agradezco las palabras con las que ha interpretado los sentimientos de todos, y a vuestro consiliario, monseñor Franco Camaldo.

Aprovecho la ocasión para renovaros mi vivo aprecio por el servicio que pres-

táis al Papa y por la contribución que dais a la comunidad cristiana de Roma, especialmente saliendo al encuentro de las necesidades de tantos hermanos nuestros pobres e indigentes. Os doy las gracias porque con vuestras iniciativas de solidaridad humana y evangélica hacéis presente, en cierto modo, la solicitud del Sucesor de Pedro por quienes se encuentran en condiciones de particular necesidad.

Sabemos que la autenticidad de nuestra fidelidad al Evangelio se comprueba también según la atención y la solicitud concreta que nos esforzamos por manifestar hacia el prójimo, especialmente hacia los más débiles y marginados. Así, el servicio caritativo, que puede llevarse a cabo de múltiples formas, se convierte en un modo privilegiado de evangelización, a la luz de la enseñanza de Jesús, que considerará como hecho a sí mismo cuanto hayamos hecho a nuestros hermanos, especialmente a los más “pequeños” y abandonados (cf. *Mt* 25, 40). Para que nuestro servicio no sea sólo acción filantrópica, aunque sea útil y meritorio, es necesario alimentarlo con oración constante y confianza en Dios.

Es necesario armonizar nuestra mirada con la mirada de Cristo, nuestro corazón con su corazón. De esta manera, el apoyo amoroso ofrecido a los demás se traduce en participación, compartiendo conscientemente sus esperanzas y sufrimientos, haciendo visible

y -diría- casi tangible, por una parte, la misericordia infinita de Dios hacia cada ser humano; y por otra, nuestra fe en él. Jesús, su Hijo Unigénito, al morir en la cruz, nos reveló el amor misericordioso del Padre, que es fuente de la verdadera fraternidad entre todos los hombres, y nos indicó el único camino posible para llegar a ser testigos creíbles de este Amor.

Dentro de pocos días, en la Semana santa, tendremos la posibilidad de revivir intensamente la manifestación suprema del Amor divino. Podremos sumergirnos, una vez más, en los misterios de la dolorosa pasión y de la gloriosa resurrección de nuestro Señor Jesucristo. El Triduo pascual ha de ser para cada uno de vosotros, queridos hermanos, una ocasión propicia para fortalecer y purificar vuestra fe; para abriros a la contemplación de la cruz, que es misterio de amor infinito del que podéis sacar fuerza para hacer que vuestra existencia sea un don a los hermanos.

La cruz de Cristo -escribe el Papa san León Magno- es “fuente de todas las bendiciones, causa de todas las gracias” (cf. *Disc. 8 sobre la pasión del Señor*, 6-8). De la cruz brota también la alegría y la paz del corazón, que nos hace testigos de la esperanza tan necesaria en este tiempo de crisis económica común y generalizada. Y las diversas iniciativas de caridad de vuestro benemérito Círculo de San Pedro, como también y sobre todo vuestra propia

vida, si os dejáis guiar por el Espíritu de Cristo, serán signos elocuentes de esa esperanza.

Queridos amigos, como cada año, habéis venido hoy a entregarme el óbolo de San Pedro, que habéis recogido en las parroquias de Roma. Gracias por este signo de comunión eclesial y de participación concreta en el esfuerzo económico que la Sede apostólica realiza para salir al encuentro de las urgencias cada vez mayores de la Iglesia, especialmente en los países más pobres de la tierra. Deseo manifestar una vez más mi vivo aprecio por vuestro servicio, animado por una convencida fidelidad y adhesión al Sucesor de Pedro. Que el Señor os recompense y colme de bendiciones a vuestro Círculo; os ayude a cada uno de vosotros a realizar plenamente vuestra vocación cristiana en la familia, en el trabajo y dentro de vuestra Asociación.

Que la Virgen Santa acompañe y sostenga con su maternal protección vuestros propósitos y vuestros proyectos de bien. Por mi parte, os aseguro mi oración por vosotros, aquí presentes, por todos los socios y los voluntarios, así como por quienes os ayudan en vuestras diversas actividades, y por aquellos a quienes encontraréis en vuestro apostolado cotidiano. Con estos sentimientos, os imparto con afecto una especial bendición apostólica, que de buen grado extiende a vuestras familias y a vuestros seres queridos.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a un grupo de jóvenes españoles
venidos a Roma para recoger la
cruz de la Jornada Mundial de la
Juventud***

Sala Pablo VI. Lunes, 6 de abril de 2009

Queridos amigos:

Es para mí un gran gozo recibir en esta audiencia a un grupo tan numeroso, venido de Madrid y de España para recoger la Cruz de los jóvenes que recorrerá diversas ciudades hasta la Jornada Mundial de la Juventud, en Madrid el año dos mil once. Saludo cordialmente al Señor Cardenal Arzobispo de Madrid, Antonio María Rouco Varela, que preside esta peregrinación, al coordinador general de la Jornada, su obispo auxiliar, Monseñor César Augusto Franco Martínez, y a los demás obispos, a los sacerdotes y catequistas que han querido estar aquí. Os saludo con afecto especialmente a vosotros, queridos jóvenes, que, al tomar la cruz, confesáis vuestra fe en Aquel que os ama sin medida, el Señor Jesús, cuyo misterio pascual celebraremos en estos días santos. Como he dicho en otra ocasión, «la fe, a su modo, necesita ver y tocar. El encuentro con la cruz, que se toca y se lleva, se transforma en un encuentro interior con Aquel que en la cruz murió por nosotros. El encuentro con la cruz suscita en lo más íntimo de los jóvenes el recuerdo del Dios que quiso hacerse hombre y sufrir con no-

sotros» (*A los miembros de la Curia romana*, 22 diciembre 2008). Me alegra saber que esta cruz que habéis recibido la llevaréis en procesión el Viernes Santo por las calles de Madrid para que sea aclamada y venerada.

Os animo, por tanto, a descubrir en la Cruz la medida infinita del amor de Cristo, y poder decir así, como san Pablo: «vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó hasta entregarse por mí» (*Ga 2,20*). Sí, queridos jóvenes, Cristo se ha entregado por cada uno de vosotros y os ama de modo único y personal. Responded vosotros al amor de Cristo ofreciéndole vuestra vida con amor. De este modo, la preparación de la Jornada Mundial de la Juventud, cuyos trabajos habéis comenzado con mucha ilusión y entrega, serán recompensados con el fruto que pretenden estas Jornadas: renovar y fortalecer la experiencia del encuentro con Cristo muerto y resucitado por nosotros.

Id tras las huellas de Cristo. Él es vuestra meta, vuestro camino y también vuestro premio. En el lema que he escogido para la Jornada de Madrid, el apóstol Pablo invita a caminar, «arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe» (*Col 2,7*). La vida es un camino, ciertamente. Pero no es un camino incierto y sin destino fijo, sino que conduce a Cristo, meta de la vida humana y de la historia. Por este camino, llegaréis a encontraros con Aquél que, entregando su vida por amor, os abre las puertas de la vida eterna. Os invito,

pues, a formaros en la fe que da sentido a vuestra vida y a fortalecer vuestras convicciones, para poder así permanecer firmes en las dificultades de cada día. Os exhorto, además, a que, en el camino hacia Cristo, sepáis atraer a vuestros jóvenes amigos, compañeros de estudio y de trabajo, para que también ellos lo conozcan y lo confiesen como Señor de sus vidas. Para ello, dejad que la fuerza de lo Alto que está dentro de vosotros, el Espíritu Santo, se manifieste con su inmenso atractivo. Los jóvenes de hoy necesitan descubrir la vida nueva que viene de Dios, saciarse de la verdad que tiene su fuente en Cristo muerto y resucitado y que la Iglesia ha recibido como un tesoro para todos los hombres.

Queridos jóvenes, este tiempo de preparación a la Jornada de Madrid es una ocasión extraordinaria para experimentar además la gracia de pertenecer a la Iglesia, Cuerpo de Cristo. Las Jornadas de la Juventud manifiestan el dinamismo de la Iglesia y su eterna juventud. Quien ama a Cristo, ama a la Iglesia con una misma pasión, pues ella nos permite vivir en una relación estrecha con el Señor. Por ello, cultivad las iniciativas que permitan a los jóvenes sentirse miembros de la Iglesia, en plena comunión con sus pastores y con el Sucesor de Pedro. Orad en común, abriendo las puertas de vuestras parroquias, asociaciones y movimientos para que todos puedan sentirse en la Iglesia como en su propia casa, en la que son amados con el mismo amor de

Dios. Celebrad y vivid vuestra fe con inmensa alegría, que es el don del Espíritu. Así, vuestros corazones y los de vuestros amigos se prepararán para celebrar la gran fiesta que es la Jornada de la Juventud y todos experimentaremos una nueva epifanía de la juventud de la Iglesia.

En estos días tan hermosos de la Semana Santa, que ayer iniciamos, os aliento a contemplar a Cristo en los misterios de su pasión, muerte y resurrección. En ellos hallaréis lo que supera toda sabiduría y conocimiento, es decir, el amor de Dios manifestado en Cristo. Aprended de Él, que no vino «a ser servido sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos» (Mc 10,45). Éste es el estilo del amor de Cristo, marcado con el signo de la cruz gloriosa, en la que Cristo es exaltado, a la vista de todos, con el corazón abierto, para que el mundo pueda mirar y ver, a través de su perfecta humanidad, el amor que nos salva. La cruz se convierte así en el signo mismo de la vida, pues en ella Cristo vence el pecado y la muerte mediante la total entrega de sí mismo. Por eso, hemos de abrazar y adorar la cruz del Señor, hacerla nuestra, aceptar su peso como el Cireneo para participar en lo único que puede redimir a toda la humanidad (cf. Col 1,24). En el bautismo habéis sido marcados con la cruz de Cristo y le pertenecéis totalmente. Hacedos cada vez más dignos de ella y jamás os avergoncéis de este signo supremo del amor.

Con esta actitud profundamente cristiana, llevaréis adelante los trabajos de preparación para la Jornada Mundial de la Juventud con éxito y fecundidad, porque, según dice san Pablo, todo lo podemos en Aquél que nos da la fuerza (Cf. Flp 4,13). Y en Cristo crucificado se nos ha manifestado la fuerza y la sabiduría de Dios (cf. 1 Co 1,14). Dejaos invadir de esta fuerza y sabiduría, comunicadla a los demás y, bajo la protección de la Santísima Virgen María, preparad con dedicación y gozo la Jornada de la Juventud que hará de Madrid un lugar radiante de fe y vida, donde jóvenes de todo el mundo festejen con entusiasmo a Cristo.

Llevad mi afectuoso saludo a vuestras familias y a los amigos y compañeros que no han podido venir hoy, y a los que también bendigo de corazón.

Felices fiestas de Pascua.

Muchas gracias.

***Palabras del Papa, Benedicto XVI,
con motivo del Vía Crucis en el
Coliseo de Roma***

*Colina del Palatino. Viernes Santo,
10 de abril de 2009*

Queridos hermanos y hermanas:

Al terminar el relato dramático de la Pasión, anota el evangelista San Mar-

cos: «El centurión que estaba enfrente, al ver cómo había expirado, dijo: “Realmente este hombre era Hijo de Dios”» (Mc 15,39). No deja de sorprendernos la profesión de fe de este soldado romano, que había asistido al desarrollo de las diferentes fases de la crucifixión. Cuando la oscuridad de la noche estaba por caer sobre aquel Viernes único de la historia, cuando el sacrificio de la cruz ya se había consumado y los que estaban allí se apresuraban para poder celebrar la Pascua judía a tenor de lo prescrito, las breves palabras oídas de labios de un comandante anónimo de la tropa romana resuenan en el silencio ante aquella muerte tan singular. Este oficial de la tropa romana, que había asistido a la ejecución de uno de tantos condenados a la pena capital, supo reconocer en aquel Hombre crucificado al Hijo de Dios, que expiraba en el más humillante abandono. Su fin ignominioso habría debido marcar el triunfo definitivo del odio y de la muerte sobre el amor y la vida. Pero no fue así. En el Gólgota se erguía la Cruz, de la que colgaba un hombre ya muerto, pero aquel Hombre era el «Hijo de Dios», como confesó el centurión «al ver cómo había expirado», en palabras del evangelista.

La profesión de fe de este soldado se repite cada vez que volvemos a escuchar el relato de la pasión según san Marcos. También nosotros esta noche, como él, nos detenemos a contemplar el rostro exánime del Crucificado, al final de este tradicional *Via Crucis*, que

ha congregado, gracias a la transmisión radiotelevisiva, a mucha gente de todas partes el mundo. Hemos revivido el episodio trágico de un Hombre único en la historia de todos los tiempos, que ha cambiado el mundo no abatiendo a otros, sino dejando que lo mataran clavado en una cruz. Este Hombre, uno de nosotros, que mientras lo están asesinando perdona a sus verdugos, es el «Hijo de Dios» que, como nos recuerda el apóstol Pablo, «no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango, y tomó la condición de esclavo... se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz» (Flp 2,6-8).

La pasión dolorosa del Señor Jesús suscita necesariamente piedad hasta en los corazones más duros, ya que es el culmen de la revelación del amor de Dios por cada uno de nosotros. Observa san Juan: «Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que no perezca ninguno de los que creen en Él, sino que tengan vida eterna» (Jn 3,16). Cristo murió en la cruz por amor. A lo largo de los milenios, muchedumbres de hombres y mujeres han quedado seducidos por este misterio y le han seguido, haciendo al mismo tiempo de su vida un don a los hermanos, como Él y gracias a su ayuda. Son los santos y los mártires, muchos de los cuales nos son desconocidos. También en nuestro tiempo, cuántas personas, en el silencio de su existencia cotidiana, unen sus padecimientos a los del Crucificado y se con-

vierten en apóstoles de una auténtica renovación espiritual y social. ¿Qué sería del hombre sin Cristo? San Agustín señala: «Una inacabable miseria se hubiera apoderado de ti, si no se hubiera llevado a cabo esta misericordia. Nunca hubieras vuelto a la vida, si Él no hubiera venido al encuentro de tu muerte. Te hubieras derrumbado, si Él no te hubiera ayudado. Hubieras perecido, si Él no hubiera venido» (*Sermón*, 185,1). Entonces, ¿por qué no acogerlo en nuestra vida?

Detengámonos esta noche contemplando su rostro desfigurado: es el rostro del Varón de dolores, que ha cargado sobre sí todas nuestras angustias mortales. Su rostro se refleja en el de cada persona humillada y ofendida, enferma o que sufre, sola, abandonada y despreciada. Al derramar su sangre, Él nos ha rescatado de la esclavitud de la muerte, roto la soledad de nuestras lágrimas, y entrado en todas nuestras penas y en todas nuestras inquietudes.

Hermanos y hermanas, mientras se yergue la Cruz sobre el Gólgota, la mirada de nuestra fe se proyecta hacia el amanecer del Día nuevo y gustamos ya el gozo y el fulgor de la Pascua. «Si hemos muerto con Cristo —escribe san Pablo—, creemos que también viviremos con Él» (*Rm* 6,8). Con esta certeza, continuamos nuestro camino. Mañana, Sábado Santo, velaremos en oración. Pero ya ahora oremos con María, la Virgen Dolorosa, oremos con todos los adolorados, oremos sobre todo con los afectados por el

terremoto de L'Aquila: oremos para que también brille para ellos en esta noche oscura la estrella de la esperanza, la luz del Señor resucitado.

Desde ahora, deseo a todos una feliz Pascua en la luz del Señor Resucitado.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, a la Familia Franciscana

*Castelgandolfo. Sábado, 18 de abril
de 2009*

*Queridos hermanos y hermanas de la
familia franciscana:*

Con gran alegría os doy la bienvenida a todos vosotros, en este feliz e histórico aniversario que os ha reunido: el octavo centenario de la aprobación de la “primera regla” de san Francisco por parte del Papa, Inocencio III. Han pasado ochocientos años, y esa docena de frailes se ha convertido en una multitud, esparcida por todas las partes del mundo y hoy dignamente representada aquí por vosotros. En los días pasados os habéis dado cita en Asís en lo que habéis querido llamar el “Capítulo de las Esteras”, para evocar vuestros orígenes. Y al concluir esa extraordinaria experiencia habéis venido todos juntos al “Señor Papa”, como diría vuestro señórico fundador.

Os saludo a todos con afecto: a los frailes menores de las tres obediencias,

encabezados por los respectivos ministros generales, entre los cuales agradezco al padre José Rodríguez Carballo sus amables palabras; a los miembros de la Tercera Orden, con su ministro general; a las religiosas franciscanas y a los miembros de los institutos seculares franciscanos; y, sabiendo que están espiritualmente presentes, a las hermanas clarisas, que constituyen la “Segunda Orden”. Me alegra acoger a algunos obispos franciscanos; y en particular saludo al obispo de Asís, monseñor Domenico Sorrentino, que representa a esa Iglesia particular, patria de san Francisco y santa Clara, y espiritualmente de todos los franciscanos. Sabemos cuán importante fue para san Francisco el vínculo con el obispo de Asís de entonces, Guido, que reconoció su carisma y lo apoyó. Fue Guido quien presentó a san Francisco al cardenal Giovanni di San Paolo, el cual después lo llevó a la presencia del Papa favoreciendo la aprobación de la Regla. El carisma y la institución siempre son complementarios para la edificación de la Iglesia.

¿Qué deciros, queridos amigos? Ante todo deseo unirme a vosotros en la acción de gracias a Dios por todo el camino que os ha hecho realizar, colmándoos de sus beneficios. Y, como Pastor de toda la Iglesia, quiero darle gracias por el precioso don que vosotros mismos sois para todo el pueblo cristiano. Desde el pequeño arroyo que brotó a los pies del monte Subasio, se formó un gran río, que ha dado una

contribución notable a la difusión universal del Evangelio. Todo comenzó con la conversión de san Francisco, el cual, a ejemplo de Jesús, “se despojó” (cf. *Flp* 2, 7) y, desposándose con la Señora Pobreza, se convirtió en testigo y heraldo del Padre que está en los cielos.

Al *Poverello* se le pueden aplicar literalmente algunas expresiones que el apóstol san Pablo refiere a sí mismo y que me complace recordar en este Año paulino: “Estoy crucificado con Cristo y ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí; la vida que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí” (*Ga* 2, 19-20). Y también: “En adelante nadie me moleste, pues llevo sobre mi cuerpo las señales de Jesús” (*Ga* 6, 17). Estos textos de la carta a los Gálatas se aplican literalmente a la figura de san Francisco.

San Francisco siguió perfectamente estas huellas de san Pablo, y en verdad puede decir con él: “Para mí vivir es Cristo” (*Flp* 1, 21). Experimenta el poder de la gracia divina y está como muerto y resucitado. Todas las riquezas anteriores, todo motivo de orgullo y seguridad, todo se convierte en una “pérdida” desde el momento del encuentro con Jesús crucificado y resucitado (cf. *Flp* 3, 7-11). Entonces dejarlo todo se convierte en algo casi necesario para expresar la sobreabundancia del don recibido. Este don es tan grande, que requiere un despo-

jamiento total, que en todo caso no basta; merece una vida entera vivida “según la forma del santo Evangelio” (2 *Test.*, 14: *Fuentes Franciscanas*, 116).

Y aquí llegamos al punto que ocupa seguramente el centro de nuestro encuentro. Yo lo resumiría así: *el Evangelio como regla de vida*. “La Regla y vida de los frailes menores es ésta, a saber, guardar el santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo”: así escribe san Francisco al principio de la *Regla bulada* (*Rb* I, 1: *FF*, 75). Él se comprendió totalmente a sí mismo a la luz del Evangelio. Esto es lo que fascina de él. Ésta es su perenne actualidad. Tomás de Celano refiere que el *Poverello* “llevaba siempre a Jesús en el corazón. Jesús en los labios, Jesús en los oídos, Jesús en los ojos, Jesús en las manos. Jesús presente siempre en todos sus miembros... Es más: si, estando de viaje, cantaba a Jesús o meditaba en él, muchas veces olvidaba que estaba de camino y se ponía a invitar a todas las criaturas a loar a Jesús” (1 *Cel.*, II, 9, 115: *FF*, 115). Así el *Poverello* se convirtió en un Evangelio viviente, capaz de atraer a Cristo a hombres y mujeres de todo tiempo, especialmente a los jóvenes, que prefieren la radicalidad a las medias tintas. El obispo de Asís, Guido, y después el Papa Inocencio III reconocieron en el propósito de san Francisco y de sus compañeros la autenticidad evangélica, y supieron estimular su compromiso también con vistas al bien de la Iglesia universal.

Surge espontáneamente aquí una reflexión. San Francisco habría podido *no* ir al Papa. En aquella época se estaban formando muchos grupos y movimientos religiosos, y algunos de ellos se contraponían a la Iglesia como institución, o por lo menos no buscaban su aprobación. Seguramente una actitud polémica hacia la jerarquía habría procurado a san Francisco no pocos seguidores. En cambio, él pensó en seguida en poner su camino y el de sus compañeros en las manos del Obispo de Roma, el Sucesor de Pedro. Este hecho revela su auténtico espíritu eclesial. El pequeño “nosotros” que había comenzado con sus primeros frailes lo concibió desde el inicio dentro del gran “nosotros” de la Iglesia una y universal. Y el Papa reconoció esto y lo apreció.

De hecho, también el Papa, por su parte, habría podido *no* aprobar el proyecto de vida de san Francisco. Más aún, podemos imaginar que alguno de los colaboradores de Inocencio III le aconsejó en este sentido, quizás precisamente temiendo que aquel grupito de frailes se pareciera a otras asociaciones heréticas y pauperistas de ese tiempo. En cambio, el Romano Pontífice, bien informado por el obispo de Asís y por el cardenal Giovanni di San Paolo, supo discernir la iniciativa del Espíritu Santo y acogió, bendijo y estimuló a la naciente comunidad de los “frailes menores”.

Queridos hermanos y hermanas, han pasado ocho siglos y hoy habéis querido

renovar el gesto de vuestro fundador. Todos vosotros sois hijos y herederos de aquellos orígenes; de aquella “buena semilla” que fue san Francisco, conformado a su vez al “grano de trigo” que es el Señor Jesús, muerto y resucitado para dar mucho fruto (cf. *Jn* 12, 24). Los santos vuelven a proponer la fecundidad de Cristo. Como san Francisco y santa Clara de Asís, también vosotros esforzaos por seguir siempre esta misma lógica: perder la propia vida a causa de Jesús y del Evangelio, para salvarla y hacerla fecunda en frutos abundantes.

Mientras alabáis y dais gracias al Señor, que os ha llamado a formar parte de una “familia” tan grande y hermosa, permaneced en escucha de lo que el Espíritu le dice hoy, en cada uno de sus componentes, para seguir anunciando con pasión el reino de Dios, tras las huellas del seráfico padre. Que todo hermano y toda hermana conserve siempre un alma contemplativa, sencilla y alegre: volved a partir siempre de Cristo, como san Francisco partió de la mirada del Crucifijo de San Damián y del encuentro con el leproso, para ver el rostro de Cristo en los hermanos que sufren y llevar a todos su paz. Sed testigos de la “belleza” de Dios, que san Francisco supo cantar contemplando las maravillas de la creación, y que le hizo exclamar dirigiéndose al Altísimo: “¡Tú eres belleza!” (*Alabanzas de Dios altísimo*, 4.6: *FF*, 261).

Queridos hermanos y hermanas, la última palabra que quiero dejaros es

la misma que Jesús resucitado entregó a sus discípulos: “¡Id!” (cf. *Mt* 28, 19; *Mc* 16, 15). Id y seguid “reparando la casa” del Señor Jesucristo, su Iglesia. En los días pasados, el terremoto que asoló los Abruzos dañó gravemente muchas iglesias, y vosotros, los de Asís, sabéis muy bien lo que esto significa. Pero hay otra “ruina” mucho más grave: la de las personas y las comunidades. Como san Francisco, comenzad siempre por vosotros mismos. Nosotros somos la primera casa que Dios quiere restaurar. Si sois siempre capaces de renovaros en el espíritu del Evangelio, seguiréis ayudando a los pastores de la Iglesia a hacer cada vez más hermoso su rostro de esposa de Cristo. Esto es lo que el Papa, hoy como en los orígenes, espera de vosotros.

¡Gracias por haber venido! Ahora id y llevad a todos la paz y el amor de Cristo Jesús Salvador. Que María Inmaculada, “Virgen hecha Iglesia” (cf. *Saludo a la Bienaventurada Virgen María*, 1: *FF*, 259), os acompañe siempre. Y os sostenga también la bendición apostólica, que os imparto de corazón a vosotros, aquí presentes, y a toda la familia franciscana.

Me complace saludar de modo especial a los ministros generales reunidos, juntamente con los sacerdotes, las hermanas y los hermanos de la familia franciscana de todo el mundo, presentes en esta audiencia. Al celebrar el octavo centenario de la aprobación de la Regla de san Francisco, rezo para que por intercesión del *Poverello* los fran-

ciscanos de todas partes sigan entregándose totalmente al servicio de los demás, en especial de los pobres. Que el Señor os bendiga en vuestros apóstolados y otorgue a vuestras comunidades abundantes vocaciones.

Saludo con afecto a los queridos hermanos y hermanas de la familia franciscana, provenientes de los países de lengua española. En esta significativa conmemoración, os animo a enamoraros cada vez más de Cristo para que, siguiendo el ejemplo de san Francisco de Asís, conforméis vuestra vida al Evangelio del Señor y deis ante el mundo un testimonio generoso de caridad, pobreza y humildad. Que Dios os bendiga.

Dirijo un cordial saludo a la familia franciscana polaca. Abrazo a los padres, a los hermanos, a las hermanas franciscanas y clarisas, a las demás congregaciones que se fundan en la espiritualidad de san Francisco, así como a los terciarios y las terciarias. En el octavo centenario de la aprobación de la “primera regla”, juntamente con vosotros doy gracias a Dios por todo el bien que la Orden ha aportado a la vida y al desarrollo de la Iglesia. Os agradezco en particular el compromiso misionero en los diversos continentes. A ejemplo de vuestro fundador, perseverad en el amor a Cristo pobre y llevad la alegría evangélica a todos los hombres. Os sostenga la bendición de Dios.

HOMILÍAS

Homilía del Papa, Benedicto XVI, en la Visita Pastoral a la parroquia romana del Santo Rostro de Jesús en la Magliana

V Domingo de Cuaresma, 29 de marzo de 2009

Queridos hermanos y hermanas:

En el pasaje evangélico de hoy, san Juan refiere un episodio que aconteció en la última fase de la vida pública de Cristo, en la inminencia de la Pascua judía, que sería su Pascua de muerte y resurrección. Narra el evangelista que,

mientras se encontraba en Jerusalén, algunos griegos, prosélitos del judaísmo, por curiosidad y atraídos por lo que Jesús estaba haciendo, se acercaron a Felipe, uno de los Doce, que tenía un nombre griego y procedía de Galilea. “Señor -le dijeron-, queremos ver a Jesús” (Jn 12, 21). Felipe, a su vez, llamó a Andrés, uno de los primeros apóstoles, muy cercano al Señor, y que también tenía un nombre griego; y ambos “fueron a decírselo a Jesús” (Jn 12, 22).

En la petición de estos griegos anónimos podemos descubrir la sed de ver

y conocer a Cristo que experimenta el corazón de todo hombre. Y la respuesta de Jesús nos orienta al misterio de la Pascua, manifestación gloriosa de su misión salvífica. “Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre” (Jn 12, 23). Sí, está a punto de llegar la hora de la glorificación del Hijo del hombre, pero esto conllevará el paso doloroso por la pasión y la muerte en cruz. De hecho, sólo así se realizará el plan divino de la salvación, que es para todos, judíos y paganos, pues todos están invitados a formar parte del único pueblo de la alianza nueva y definitiva.

A esta luz, comprendemos también la solemne proclamación con la que se concluye el pasaje evangélico: “Yo, cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí” (Jn 12, 32), así como el comentario del Evangelista: “Decía esto para significar de qué muerte iba a morir” (Jn 12, 33). La cruz: la altura del amor es la altura de Jesús, y a esta altura nos atrae a todos.

Muy oportunamente la liturgia nos hace meditar este texto del evangelio de san Juan en este quinto domingo de Cuaresma, mientras se acercan los días de la Pasión del Señor, en la que nos sumergiremos espiritualmente desde el próximo domingo, llamado precisamente domingo de Ramos y de la Pasión del Señor. Es como si la Iglesia nos estimulara a compartir el estado de ánimo de Jesús, queriéndonos preparar para revivir el misterio de su crucifixión, muerte y resurrección,

no como espectadores extraños, sino como protagonistas juntamente con él, implicados en su misterio de cruz y resurrección. De hecho, donde está Cristo, allí deben encontrarse también sus discípulos, que están llamados a seguirlo, a solidarizarse con él en el momento del combate, para ser asimismo partícipes de su victoria.

El Señor mismo nos explica cómo podemos asociarnos a su misión. Hablando de su muerte gloriosa ya cercana, utiliza una imagen sencilla y a la vez sugestiva: “Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto” (Jn 12, 24). Se compara a sí mismo con un “grano de trigo deshecho, para dar a todos mucho fruto”, como dice de forma eficaz san Atanasio. Y sólo mediante la muerte, mediante la cruz, Cristo da mucho fruto para todos los siglos. De hecho, no bastaba que el Hijo de Dios se hubiera encarnado. Para llevar a cabo el plan divino de la salvación universal era necesario que muriera y fuera sepultado: sólo así toda la realidad humana sería aceptada y, mediante su muerte y resurrección, se haría manifiesto el triunfo de la Vida, el triunfo del Amor; así se demostraría que el amor es más fuerte que la muerte.

Con todo, el hombre Jesús, que era un hombre verdadero, con nuestros mismos sentimientos, sentía el peso de la prueba y la amarga tristeza por el trágico fin que le esperaba. Precisamente por ser hombre-Dios, experimentaba con mayor fuerza el terror frente al

abismo del pecado humano y a cuanto hay de sucio en la humanidad, que él debía llevar consigo y consumir en el fuego de su amor. Todo esto él lo debía llevar consigo y transformar en su amor. “Ahora -confiesa- mi alma está turbada. Y ¿qué voy a decir? ¿Padre, líbrame de esta hora?” (*Jn* 12, 27). Le asalta la tentación de pedir: “Sálvame, no permitas la cruz, dame la vida”. En esta apremiante invocación, percibimos una anticipación de la conmovedora oración de Getsemaní, cuando, al experimentar el drama de la soledad y el miedo, implorará al Padre que aleje de él el cáliz de la pasión.

Sin embargo, al mismo tiempo, mantiene su adhesión filial al plan divino, porque sabe que precisamente para eso ha llegado a esta hora, y con confianza ora: “Padre, glorifica tu nombre” (*Jn* 12, 28). Con esto quiere decir: “Acepto la cruz”, en la que se glorifica el nombre de Dios, es decir, la grandeza de su amor. También aquí Jesús anticipa las palabras del Monte de los Olivos: “No se haga mi voluntad, sino la tuya” (*Lc* 22, 42). Transforma su voluntad humana y la identifica con la de Dios. Éste es el gran acontecimiento del Monte de los Olivos, el itinerario que deberíamos seguir fundamentalmente en todas nuestras oraciones: transformar, dejar que la gracia transforme nuestra voluntad egoísta y la impulse a uniformarse a la voluntad divina.

Los mismos sentimientos afloran en el pasaje de la *carta a los Hebreos* que se

ha proclamado en la segunda lectura. Postrado por una angustia extrema a causa de la muerte que se cierne sobre él, Jesús ofrece a Dios ruegos y súplicas “con poderoso clamor y lágrimas” (*Hb* 5, 7). Invoca ayuda de Aquél que puede liberarlo, pero abandonándose siempre en las manos del Padre. Y precisamente por esta filial confianza en Dios -nota el autor- fue escuchado, en el sentido de que resucitó, recibió la vida nueva y definitiva. La *carta a los Hebreos* nos da a entender que estas insistentes oraciones de Jesús, con clamor y lágrimas, eran el verdadero acto del sumo sacerdote, con el que se ofrecía a sí mismo y a la humanidad al Padre, transformando así el mundo.

Queridos hermanos y hermanas, éste es el camino exigente de la cruz que Jesús indica a todos sus discípulos. En diversas ocasiones dijo: “Si alguno me quiere servir, sígame”. No hay alternativa para el cristiano que quiera realizar su vocación. Es la “ley” de la cruz descrita con la imagen del grano de trigo que muere para germinar a una nueva vida; es la “lógica” de la cruz de la que nos habla también el pasaje evangélico de hoy: “El que ama su vida, la pierde; y el que odia su vida en este mundo, la guardará para la vida eterna” (*Jn* 12, 25). “Odiar” la propia vida es una expresión semítica fuerte y encierra una paradoja; subraya muy bien la totalidad radical que debe caracterizar a quien sigue a Cristo y, por su amor, se pone al servicio de los hermanos: pierde la vida y así la encuentra. No existe otro

camino para experimentar la alegría y la verdadera fecundidad del Amor: el camino de darse, entregarse, perderse para encontrarse.

Queridos amigos, la invitación de Jesús resuena de forma muy elocuente en la celebración de hoy en vuestra parroquia, pues está dedicada al Santo Rostro de Jesús: el Rostro que “algunos griegos”, de los que habla el evangelio, deseaban ver; el Rostro que en los próximos días de la Pasión contemplaremos desfigurado a causa de los pecados, la indiferencia y la ingratitud de los hombres; el Rostro radiante de luz y resplandeciente de gloria, que brillará en el alba del día de Pascua.

Mantengamos fijos el corazón y la mente en el Rostro de Cristo, queridos fieles, a quienes saludo con afecto, comenzando por vuestro párroco, don Luigi Coluzzi, a quien expreso mi agradecimiento por haberse hecho intérprete de vuestros sentimientos. Gracias por vuestra cordial acogida: me alegra de verdad encontrarme entre vosotros con ocasión del tercer aniversario de la dedicación de vuestra iglesia y os saludo a todos con afecto. Dirijo un saludo especial al cardenal vicario, así como al cardenal Fiorenzo Angelini, que contribuyó a la realización de este nuevo complejo parroquial, al obispo auxiliar del sector, al obispo monseñor Marcello Costalunga y a los demás prelados presentes, a los sacerdotes colaboradores parroquiales, a las beneméritas religiosas de la congregación de las

Hijas Pobres de la Visitación, que precisamente frente a esta hermosa iglesia atienden a los huéspedes en su residencia de ancianos. Saludo a los catequistas, al consejo y a los agentes pastorales, así como a todos los que colaboran en la vida de la parroquia. Saludo a los niños, a los jóvenes y a las familias. De buen grado extiendo mi saludo a los habitantes de la Magliana, en particular a los ancianos, a los enfermos, a las personas solas y a las que atraviesan dificultades. Por todos y cada uno pido en esta santa misa.

Queridos hermanos y hermanas, dejaos iluminar por el esplendor del Rostro de Cristo, y vuestra joven comunidad -que ya puede gozar de un nuevo complejo parroquial, moderno en su estructura y funcional- caminará unida en el compromiso común de anunciar y testimoniar el Evangelio en este barrio. Sé cuánto esmero ponéis en la formación litúrgica, valorando todos los recursos de vuestra comunidad: los lectores, el coro y las personas que se dedican a la animación de las celebraciones. Es importante que la oración, tanto personal como litúrgica, ocupe siempre el primer lugar en nuestra vida. Sé con cuánto empeño os dedicáis a la catequesis, para que responda a las expectativas de los muchachos, tanto de los que se preparan para recibir los sacramentos de la primera Comunión y la Confirmación, como de los que frecuentan el Oratorio. Asimismo, os preocupáis de impartir una catequesis adaptada a los padres de familia, a

los que invitáis a seguir un itinerario de formación cristiana juntamente con sus hijos. Así queréis ayudar a las familias a vivir juntas las citas sacramentales educando y educándose en la fe “en familia”, que debe ser la primera y natural “escuela” de vida cristiana para todos sus miembros.

Me alegro con vosotros porque vuestra parroquia es abierta y acogedora, y está animada y vivificada por un amor sincero a Dios y a todos los hermanos, a imitación de san Maximiliano María Kolbe, al que estaba dedicada inicialmente. En Auschwitz, con valentía heroica, se sacrificó a sí mismo para salvar la vida de otra persona. En nuestro tiempo, marcado por una crisis social y económica general, es muy loable el esfuerzo que estáis llevando a cabo, sobre todo mediante la *Cáritas* parroquial y el grupo de San Egidio, para salir al encuentro, en la medida de las posibilidades, de las expectativas de los más pobres y necesitados.

A vosotros, queridos jóvenes, quiero dirigiros en particular unas palabras de aliento: dejaos atraer por la fascinación de Cristo. Contemplando su Rostro con los ojos de la fe, pedidle: “Jesús, ¿qué quieres que haga yo contigo y por ti?”. Luego, permaneced a la escucha y, guiados por su Espíritu, cumplid el plan que él tiene para cada uno de vosotros. Preparaos seriamente para construir familias unidas y fieles al Evangelio, y para ser sus testigos en la sociedad. Y si él os llama, estad dispues-

tos a dedicar totalmente vuestra vida a su servicio en la Iglesia como sacerdotes o como religiosos y religiosas. Yo os aseguro mi oración; en particular, os espero el jueves próximo en la basílica de San Pedro para prepararnos a la Jornada mundial de la juventud, que, como sabéis, este año se celebra a nivel diocesano el domingo próximo. Juntos recordaremos a mi querido y venerado predecesor, Juan Pablo II, en el cuarto aniversario de su muerte. En muchas circunstancias él animó a los jóvenes a encontrarse con Cristo y a seguirlo con entusiasmo y generosidad.

Queridos hermanos y hermanas de esta comunidad parroquial, el amor infinito de Cristo que brilla en su Rostro resplandezca en todas vuestras actitudes, y se convierta en vuestra “cotidianidad”. Como exhortaba san Agustín en una homilía pascual, “Cristo padeció; muramos al pecado. Cristo resucitó; vivamos para Dios. Cristo pasó de este mundo al Padre; que no se apegue aquí nuestro corazón, sino que lo siga en las cosas de arriba. Nuestro jefe fue colgado de un madero; crucifiquemos la concupiscencia de la carne. Yació en el sepulcro; sepultados con él, olvidemos las cosas pasadas. Está sentado en el cielo; traslademos nuestros deseos a las cosas supremas” (*Discurso 229, D, 1*).

Animados por esta convicción, prosigamos la celebración eucarística, invocando la intercesión maternal de María para que nuestra vida sea un reflejo de la de Cristo. Oremos para que

todos aquellos con quienes nos encontremos perciban siempre en nuestros gestos y en nuestras palabras la bondad pacificadora y consoladora de su Rostro. Amén.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
en la Misa con ocasión del IV
Aniversario de la muerte de Juan
Pablo II***

*Basilica de San Pedro. Jueves, 2 de
abril de 2009*

Queridos hermanos y hermanas:

Hace cuatro años, precisamente en este día, mi amado predecesor el siervo de Dios, Juan Pablo II, concluyó su peregrinación en la tierra, después de un largo período de gran sufrimiento. Celebramos la santa Eucaristía en sufragio de su alma, mientras damos gracias al Señor por haberlo dado a la Iglesia, durante tantos años, como Pastor celoso y generoso. Nos reúne esta tarde su recuerdo, que sigue vivo en el corazón de la gente, como lo demuestra también la peregrinación ininterrumpida de fieles a su tumba, en la cripta vaticana. Por tanto, presido con emoción y alegría esta santa misa, a la vez que os saludo y agradezco vuestra presencia, venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio, así como a vosotros, queridos fieles que habéis venido de diversas partes del mundo, especialmente de Polonia, con ocasión de este significativo

aniversario. Saludo a los polacos y, en particular, a la juventud polaca. En el cuarto aniversario de la muerte de Juan Pablo II acoged su llamamiento: “No tengáis miedo de entregaros a Cristo. Él os guiará, os dará la fuerza para seguirlo todos los días y en cada situación” (Tor Vergata, *Vigilia de oración*, 19 de agosto de 2000: *L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 25 de agosto de 2000, p. 12). Que este pensamiento del siervo de Dios os guíe por los caminos de vuestra vida, y os conduzca a la felicidad de la mañana de la Resurrección.

Saludo al cardenal vicario, al cardenal arzobispo de Cracovia, el querido cardenal Stanislaw, y a los demás cardenales y prelados; saludo a los sacerdotes, a los religiosos y las religiosas. Os saludo de modo especial a vosotros, queridos jóvenes de Roma, que con esta celebración os preparáis para la Jornada mundial de la juventud, que viviremos juntos el domingo próximo, domingo de Ramos. Vuestra presencia me trae a la memoria el entusiasmo que Juan Pablo II sabía infundir en las nuevas generaciones. Su recuerdo es un estímulo para todos nosotros, reunidos en esta basílica donde en muchas ocasiones celebró la Eucaristía, para dejarnos iluminar e interpelar por la Palabra de Dios, que se acaba de proclamar.

El pasaje evangélico de este jueves de la quinta semana de Cuaresma propone a nuestra meditación la última parte del capítulo 8 de san Juan, que,

como hemos escuchado, contiene una larga disputa sobre la identidad de Jesús. Poco antes, él se había presentado como “la luz del mundo” (v. 12), usando tres veces (vv. 24.28.58) la expresión “Yo soy”, que en sentido fuerte alude al nombre de Dios revelado a Moisés (cf. *Ex* 3, 14). Y añade: “Si alguno guarda mi Palabra, no verá la muerte jamás” (v. 51), declarando así que había sido enviado por Dios, que es su Padre, a traer a los hombres la libertad radical del pecado y de la muerte, indispensable para entrar en la vida eterna.

Sin embargo, sus palabras hieren el orgullo de sus interlocutores; también la referencia al gran patriarca Abraham se convierte en motivo de conflicto. “En verdad, en verdad os digo -afirma el Señor-: antes de que Abraham existiera, Yo soy” (*Jn* 8, 58). Sin medios términos, declara su preexistencia y, por tanto, su superioridad con respecto a Abraham, suscitando -comprensiblemente- la reacción escandalizada de los judíos. Pero Jesús no puede callar su propia identidad; sabe que, al final, será el Padre mismo quien le dará la razón, glorificándolo con la muerte y la resurrección, porque, precisamente cuando sea elevado en la cruz, se revelará como el Hijo unigénito de Dios (cf. *Jn* 8, 28; *Mc* 15, 39).

Queridos amigos, al meditar en esta página del Evangelio de san Juan, surge de forma espontánea la consideración de que realmente es muy difícil dar testimonio de Cristo. Y el pensa-

miento se dirige al amado siervo de Dios, Karol Wojtyła, Juan Pablo II, que desde joven se mostró intrépido y audaz defensor de Cristo: no dudó en gastar todas sus energías por él con el fin de difundir por todas partes su luz; no aceptó ceder a componendas cuando se trataba de proclamar y defender su Verdad; no se cansó nunca de difundir su amor. Desde el inicio de su pontificado hasta el 2 de abril de 2005, no tuvo miedo de proclamar, a todos y siempre, que sólo Jesús es el Salvador y el verdadero Liberador del hombre y de todo el hombre.

En la primera lectura, escuchamos las palabras dirigidas a Abraham: “Te haré muy fecundo” (*Gn* 17, 6). Si testimoniar la propia adhesión al Evangelio nunca es fácil, ciertamente conforta la certeza de que Dios hace fecundo nuestro empeño, cuando es sincero y generoso. También desde este punto de vista nos parece significativa la experiencia espiritual del siervo de Dios, Juan Pablo II. Contemplando su existencia, vemos realizada en ella la promesa de fecundidad hecha por Dios a Abraham, de la que se hace eco la primera lectura, tomada del libro del *Génesis*.

Se podría decir que, especialmente en los años de su largo pontificado, él engendró para la fe a muchos hijos e hijas. De ello, sois signo visible vosotros, queridos jóvenes presentes esta tarde: vosotros, jóvenes de Roma, y vosotros, jóvenes llegados de Sydney y

de Madrid, que representáis idealmente a las multitudes de chicos y chicas que participaron en las veintitrés Jornadas mundiales de la juventud que se han celebrado ya en diversas partes del mundo. ¡Cuántas vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada, cuántas jóvenes familias decididas a vivir el ideal evangélico y a tender a la santidad están vinculadas al testimonio y a la predicación de mi venerado predecesor! ¡Cuántos chicos y chicas se han convertido o han perseverado en su camino cristiano gracias a su oración, a su ánimo, a su apoyo y a su ejemplo!

Es verdad. Juan Pablo II lograba comunicar una fuerte carga de esperanza, fundada en la fe en Jesucristo, que “es el mismo ayer, hoy y siempre” (*Hb* 13, 8), como rezaba el lema del gran jubileo del año 2000. Como padre afectuoso y atento educador, indicaba puntos de referencia seguros y firmes, indispensables para todos, de modo especial para la juventud. Y en la hora de la agonía y de la muerte, esta nueva generación quiso manifestarle que había comprendido sus enseñanzas, recogién-dose silenciosamente en oración en la plaza de San Pedro y en muchos otros lugares del mundo. Los jóvenes sentían que su muerte constituía una pérdida: moría “su” Papa, al que consideraban “su padre” en la fe. Al mismo tiempo, advertían que les dejaba en herencia su valor y la coherencia de su testimonio.

¿No había subrayado muchas veces la necesidad de una adhesión radical

al Evangelio, exhortando a adultos y jóvenes a tomar en serio esta responsabilidad educativa común? Como sabéis, yo también he querido retomar este anhelo suyo, hablando en diversas ocasiones de la emergencia educativa que concierne hoy a las familias, a la Iglesia, a la sociedad y especialmente a las nuevas generaciones. En la edad del crecimiento, los muchachos necesitan adultos capaces de proponerles principios y valores; sienten la necesidad de personas que sepan enseñar con la vida, antes que con las palabras, a gastarse por altos ideales.

¿Pero de dónde sacar la luz y la sabiduría para llevar a cabo esta misión, que implica a todos en la Iglesia y en la sociedad? Ciertamente, no basta aprovechar los recursos humanos; es necesario fiarse también y en primer lugar de la ayuda divina. “El Señor es fiel por siempre”: así hemos rezado hace poco en el Salmo responsorial, seguros de que Dios nunca abandona a quienes permanecen fieles a él. Esto nos recuerda el tema de la 24ª Jornada mundial de la juventud, que se celebrará a nivel diocesano el domingo próximo. Está tomado de la primera *carta de san Pablo a Timoteo*: “Hemos puesto nuestra esperanza en el Dios vivo” (*1 Tm* 4, 10). El Apóstol habla en nombre de la comunidad cristiana, en nombre de cuantos han creído en Cristo y son diversos de “los demás que no tienen esperanza” (*1 Ts* 4, 13), precisamente porque esperan, es decir, tienen confianza en el futuro, una confianza que

no se basa sólo en ideas o previsiones humanas, sino en Dios, en el “Dios vivo”.

Queridos jóvenes, no se puede vivir sin esperar. La experiencia muestra que todo, incluida nuestra vida misma, corre peligro, puede derrumbarse por cualquier motivo interno o externo a nosotros, en cualquier momento. Es normal: todo lo humano, y por tanto también la esperanza, no tiene fundamento en sí mismo, sino que necesita una “roca” en la cual apoyarse. Por eso, san Pablo escribe que los cristianos están llamados a fundar la esperanza humana en el “Dios vivo”. Sólo en él, es segura y fiable. Más aún, sólo Dios, que en Jesucristo nos ha revelado la plenitud de su amor, puede ser nuestra esperanza firme, pues en él, nuestra esperanza, hemos sido salvados (cf. *Rm* 8, 24).

Pero, prestad atención: en momentos como éste, dado el contexto cultural y social en que vivimos, podría ser más fuerte el riesgo de reducir la esperanza cristiana a una ideología, a un eslogan de grupo, a un revestimiento exterior. Nada más contrario al mensaje de Jesús. Él no quiere que sus discípulos “representen un papel”, quizás el de la esperanza. Quiere que “sean” esperanza, y sólo pueden serlo si permanecen unidos a él. Quiere que cada uno de vosotros, queridos jóvenes amigos, sea una pequeña fuente de esperanza para su prójimo, y que todos juntos seáis un oasis de esperanza para la sociedad dentro de la cual estáis insertados.

Ahora bien, esto es posible con una condición: que viváis *de él y en él*, mediante la oración y los sacramentos, como os he escrito en el Mensaje de este año. Si las palabras de Cristo permanecen en nosotros, podemos propagar la llama del amor que él ha encendido en la tierra; podemos enarbolar la antorcha de la fe y de la esperanza, con la que avanzamos hacia él, mientras esperamos su vuelta gloriosa al final de los tiempos. Es la antorcha que el Papa, Juan Pablo II, nos ha dejado en herencia. Me la entregó a mí, como sucesor suyo; y yo esta tarde la entrego idealmente, una vez más, de un modo especial a vosotros, jóvenes de Roma, para que sigáis siendo centinelas de la mañana, vigilantes y gozosos en esta alba del tercer milenio. Responded generosamente al llamamiento de Cristo. En particular, durante el Año sacerdotal que comenzará el 19 de junio próximo, si Jesús os llama, estad prontos y dispuestos a seguirlo en el camino del sacerdocio y de la vida consagrada.

“Éste es el momento favorable, este es el día de la salvación”. En la aclamación antes del Evangelio, la liturgia nos ha exhortado a renovar ahora -y en cada instante es “momento favorable”- nuestra decidida voluntad de seguir a Cristo, seguros de que él es nuestra salvación. Éste es, en el fondo, el mensaje que nos repite esta tarde el querido Papa, Juan Pablo II. Mientras encomendamos su alma elegida a la intercesión maternal de la Virgen María, a la que siempre amó tiernamente, es-

peramos vivamente que desde el cielo no cese de acompañarnos y de interceder por nosotros. Que nos ayude a cada uno de nosotros a vivir repitiendo día tras día a Dios, como él hizo, por medio de María, con plena confianza: *Totus tuus!* Amén.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
en la celebración del Domingo de
Ramos y de la Pasión del Señor***

*Plaza de San Pedro .XXIV Jornada
Mundial de la Juventud .Domingo, 5 de
abril de 2009*

*Queridos hermanos y hermanas, que-
ridos jóvenes:*

Junto con una creciente muchedumbre de peregrinos, Jesús había subido a Jerusalén para la Pascua. En la última etapa del camino, cerca de Jericó, había curado al ciego Bartimeo, que lo había invocado como Hijo de David y suplicado piedad. Ahora que ya podía ver, se había sumado con gratitud al grupo de los peregrinos. Cuando a las puertas de Jerusalén Jesús montó en un borrico, que simbolizaba el reinado de David, entre los peregrinos explotó espontáneamente la alegre certeza: Es él, el Hijo de David. Y saludan a Jesús con la aclamación mesiánica: «¡Bendito el que viene en nombre del Señor!»; y añaden: «¡Bendito el reino que llega, el de nuestro padre David! ¡Hosanna en el cielo!», (Mc 11,9s). No sabemos cómo

se imaginaban exactamente los peregrinos entusiastas el reino de David que llega. Pero nosotros, ¿hemos entendido realmente el mensaje de Jesús, Hijo de David? ¿Hemos entendido lo que es el Reino del que habló al ser interrogado por Pilato? ¿Comprendemos lo que quiere decir que su Reino no es de este mundo? ¿O acaso quisiéramos más bien que fuera de este mundo?

San Juan, en su Evangelio, después de narrar la entrada en Jerusalén, añade una serie de dichos de Jesús, en los que Él explica lo esencial de este nuevo género de reino. A simple vista, podemos distinguir en estos textos tres imágenes diversas del reino en las que, aunque de modo diferente, se refleja el mismo misterio. Ante todo, Juan relata que, entre los peregrinos que querían «adorar a Dios» durante la fiesta, había también algunos griegos (cf. 12,20). Fijémonos en que el verdadero objetivo de estos peregrinos era adorar a Dios. Esto concuerda perfectamente con lo que Jesús dice en la purificación del Templo: «Mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos» (Mc 11,17). La verdadera meta de la peregrinación ha de ser encontrar a Dios, adorarlo, y así poner en el justo orden la relación de fondo de nuestra vida. Los griegos están en busca de Dios, con su vida están en camino hacia Dios. Ahora, mediante dos Apóstoles de lengua griega, Felipe y Andrés, hacen llegar al Señor esta petición: «Quisiéramos ver a Jesús» (Jn 12,21). Son palabras mayores. Queridos amigos, por eso nos

hemos reunido aquí: Queremos ver a Jesús. Para eso han ido a Sydney el año pasado miles de jóvenes. Ciertamente, habrán puesto muchas ilusiones en esta peregrinación. Pero el objetivo esencial era éste: Queremos ver a Jesús.

¿Qué dijo, qué hizo Jesús en aquel momento ante esta petición? En el Evangelio no aparece claramente que hubiera un encuentro entre aquellos griegos y Jesús. La vista de Jesús va mucho más allá. El núcleo de su respuesta a la solicitud de aquellas personas es: «Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto» (Jn 12,24). Y esto quiere decir: ahora no tiene importancia un coloquio más o menos breve con algunas personas, que después vuelven a casa. Vendré al encuentro del mundo de los griegos como grano de trigo muerto y resucitado, de manera totalmente nueva y por encima de los límites del momento. Por su resurrección, Jesús supera los límites del espacio y del tiempo. Como Resucitado, recorre la inmensidad del mundo y de la historia. Sí, como Resucitado, va a los griegos y habla con ellos, se les manifiesta, de modo que ellos, los lejanos, se convierten en cercanos y, precisamente en su lengua, en su cultura, la palabra de Jesús irá avanzando y será entendida de un modo nuevo: así viene su Reino. Por tanto, podemos reconocer dos características esenciales de este Reino. La primera es que este Reino pasa por la cruz. Puesto que Jesús se entrega totalmente, como Resucitado puede per-

tenecer a todos y hacerse presente a todos. En la sagrada Eucaristía recibimos el fruto del grano de trigo que muere, la multiplicación de los panes que continúa hasta el fin del mundo y en todos los tiempos. La segunda característica dice: su Reino es universal. Se cumple la antigua esperanza de Israel: esta realeza de David ya no conoce fronteras. Se extiende «de mar a mar», como dice el profeta Zacarías (9,10), es decir, abarca todo el mundo. Pero esto es posible sólo porque no es la soberanía de un poder político, sino que se basa únicamente en la libre adhesión del amor; un amor que responde al amor de Jesucristo, que se ha entregado por todos. Pienso que siempre hemos de aprender de nuevo ambas cosas. Ante todo, la universalidad, la catolicidad. Ésta significa que nadie puede considerarse a sí mismo, a su cultura a su tiempo y su mundo como absoluto. Y eso requiere que todos nos acojamos recíprocamente, renunciando a algo nuestro. La universalidad incluye el misterio de la cruz, la superación de sí mismos, la obediencia a la palabra de Jesucristo, que es común, en la común Iglesia. La universalidad es siempre una superación de sí mismos, renunciar a algo personal. La universalidad y la cruz van juntas. Sólo así se crea la paz.

La palabra sobre el grano de trigo que muere sigue formando parte de la respuesta de Jesús a los griegos, es su respuesta. Pero, a continuación, Él formula una vez más la ley fundamental de la existencia humana: «El que se ama a

sí mismo, se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo, se guardará para la vida eterna» (Jn 12,25). Es decir, quien quiere tener su vida para sí, vivir sólo para él mismo, tener todo en puño y explotar todas sus posibilidades, éste es precisamente quien pierde la vida. Ésta se vuelve tediosa y vacía. Solamente en el abandono de sí mismo, en la entrega desinteresada del yo en favor del tú, en el «sí» a la vida más grande, la vida de Dios, nuestra vida se ensancha y engrandece. Así, este principio fundamental que el Señor establece es, en último término, simplemente idéntico al principio del amor. En efecto, el amor significa dejarse a sí mismo, entregarse, no querer poseerse a sí mismo, sino liberarse de sí: no replegarse sobre sí mismo -¿qué será de mí!- sino mirar adelante, hacia el otro, hacia Dios y hacia los hombres que Él pone a mi lado. Y este principio del amor, que define el camino del hombre, es una vez más idéntico al misterio de la cruz, al misterio de muerte y resurrección que encontramos en Cristo. Queridos amigos, tal vez sea relativamente fácil aceptar esto como gran visión fundamental de la vida. Pero, en la realidad concreta, no se trata simplemente de reconocer un principio, sino de vivir su verdad, la verdad de la cruz y la resurrección. Y por ello, una vez más, no basta una única gran decisión. Indudablemente, es importante, esencial, lanzarse a la gran decisión fundamental, al gran «sí» que el Señor nos pide en un determinado momento de nuestra vida. Pero el gran «sí» del momento decisivo en nuestra vida -el «sí» a la verdad que el

Señor nos pone delante- ha de ser después reconquistado cotidianamente en las situaciones de todos los días en las que, una y otra vez, hemos de abandonar nuestro yo, ponernos a disposición, aun cuando en el fondo quisiéramos más bien aferrarnos a nuestro yo. También el sacrificio, la renuncia, son parte de una vida recta. Quien promete una vida sin este continuo y renovado don de sí mismo, engaña a la gente. Sin sacrificio, no existe una vida lograda. Si echo una mirada retrospectiva sobre mi vida personal, tengo que decir que precisamente los momentos en que he dicho «sí» a una renuncia han sido los momentos grandes e importantes de mi vida.

Finalmente, san Juan ha recogido también en su relato de los dichos del Señor para el «Domingo de Ramos» una forma modificada de la oración de Jesús en el Huerto de los Olivos. Ante todo una afirmación: «Mi alma está agitada» (12,27). Aquí aparece el pavor de Jesús, ampliamente descrito por los otros tres evangelistas: su terror ante el poder de la muerte, ante todo el abismo de mal que ve, y al cual debe bajar. El Señor sufre nuestras angustias junto con nosotros, nos acompaña a través de la última angustia hasta la luz. En Juan, siguen después dos súplicas de Jesús. La primera formulada sólo de manera condicional: «¿Qué diré? Padre, líbrame de esta hora» (12,27). Como ser humano, también Jesús se siente impulsado a rogar que se le libre del terror de la pasión. También nosotros podemos orar de este modo. También nosotros podemos lamentar-

nos ante el Señor, como Job, presentarle todas las nuestras peticiones que surgen en nosotros frente a la injusticia en el mundo y las trabas de nuestro propio yo. Ante Él, no hemos de refugiarnos en frases piadosas, en un mundo ficticio. Orar siempre significa luchar también con Dios y, como Jacob, podemos decirle: «no te soltaré hasta que me bendigas» (Gn 32,27). Pero luego viene la segunda petición de Jesús: «Glorifica tu nombre» (Jn 12,28). En los sinópticos, este ruego se expresa así: «No se haga mi voluntad, sino la tuya» (Lc 22,42). Al final, la gloria de Dios, su señoría, su voluntad, es siempre más importante y más verdadera que mi pensamiento y mi voluntad. Y esto es lo esencial en nuestra oración y en nuestra vida: aprender este orden justo de la realidad, aceptarlo íntimamente; confiar en Dios y creer que Él está haciendo lo que es justo; que su voluntad es la verdad y el amor; que mi vida se hace buena si aprendo a ajustarme a este orden. Vida, muerte y resurrección de Jesús, son para nosotros la garantía de que verdaderamente podemos fiarnos de Dios. De este modo se realiza su Reino.

Queridos amigos. Al término de esta liturgia, los jóvenes de Australia entregarán la Cruz de la Jornada Mundial de la Juventud a sus coetáneos de España. La Cruz está en camino de una a otra parte del mundo, de mar a mar. Y nosotros la acompañamos. Avancemos con ella por su camino y así encontraremos nuestro camino. Cuando tocamos la Cruz, más aún, cuando la llevamos, tocamos el misterio de Dios,

el misterio de Jesucristo: el misterio de que Dios ha tanto amado al mundo, a nosotros, que entregó a su Hijo único por nosotros (cf. Jn 3,16). Toquemos el misterio maravilloso del amor de Dios, la única verdad realmente redentora. Pero hagamos nuestra también la ley fundamental, la norma constitutiva de nuestra vida, es decir, el hecho que sin el «sí» a la Cruz, sin caminar día tras día en comunión con Cristo, no se puede lograr la vida. Cuanto más renunciemos a algo por amor de la gran verdad y el gran amor - por amor de la verdad y el amor de Dios -, tanto más grande y rica se hace la vida. Quien quiere guardar su vida para sí mismo, la pierde. Quien da su vida - cotidianamente, en los pequeños gestos que forman parte de la gran decisión -, la encuentra. Ésta es la verdad exigente, pero también profundamente bella y liberadora, en la que queremos entrar paso a paso durante el camino de la Cruz por los continentes. Que el Señor bendiga este camino. Amén.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
en la Solemne Misa Crismal***

*Basilica de San Pedro. Jueves Santo, 9
de abril de 2009*

Queridos hermanos y hermanas:

En el Cenáculo, la tarde antes de su pasión, el Señor oró por sus discípulos reunidos en torno a Él, pero con la

vista puesta al mismo tiempo en la comunidad de los discípulos de todos los siglos, «los que crean en mí por la palabra de ellos» (*Jn* 17,20). En la plegaria por los discípulos de todos los tiempos, Él nos ha visto también a nosotros y ha rezado por nosotros. Escuchemos lo que pide para los Doce y para los que estamos aquí reunidos: «Santificalos en la verdad: tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, así los envío yo también al mundo. Y por ellos me consagro yo, para que también se consagren ellos en la verdad» (17,17ss). El Señor pide nuestra santificación, nuestra consagración en la verdad. Y nos envía para continuar su misma misión. Pero hay en esta súplica una palabra que nos llama la atención, que nos parece poco comprensible. Dice Jesús: «Por ellos me consagro yo». ¿Qué quiere decir? ¿Acaso Jesús no es de por sí «el Santo de Dios», como confesó Pedro en la hora decisiva en Cafarnaún (cf. *Jn* 6,69)? ¿Cómo puede ahora consagrarse, es decir, santificarse a sí mismo?

Para entender esto, hemos de aclarar antes de nada lo que quieren decir en la Biblia las palabras «santo» y «santificar/consagrar». Con el término «santo» se describe en primer lugar la naturaleza de Dios mismo, su modo de ser del todo singular, divino, que corresponde sólo a Él. Sólo Él es el auténtico y verdadero Santo en el sentido originario. Cualquier otra santidad deriva de Él, es participación en su modo de ser. Él es la Luz purísima, la Verdad y el Bien sin mancha. Por tanto, consagrar algo

o alguno significa dar en propiedad a Dios algo o alguien, sacarlo del ámbito de lo que es nuestro e introducirlo en su ambiente, de modo que ya no pertenezca a lo nuestro, sino enteramente a Dios. Consagración es, pues, un sacar del mundo y un entregar al Dios vivo. La cosa o la persona ya no nos pertenece, ni pertenece a sí misma, sino que está inmersa en Dios. Un privarse así de algo para entregarlo a Dios, lo llamamos también sacrificio: ya no será propiedad mía, sino suya. En el Antiguo Testamento, la entrega de una persona a Dios, es decir, su «santificación», se identifica con la Ordenación sacerdotal y, de este modo, se define también en qué consiste el sacerdocio: es un paso de propiedad, un ser sacado del mundo y entregado a Dios. Con ello, se subrayan ahora las dos direcciones que forman parte del proceso de la santificación/consagración. Es un salir del contexto de la vida mundana, un «ser puestos a parte» para Dios. Pero precisamente por eso no es una segregación. Ser entregados a Dios significa más bien ser puestos para representar a los otros. El sacerdote es sustraído a los lazos mundanos y entregado a Dios, y precisamente así, a partir de Dios, debe quedar disponible para los otros, para todos. Cuando Jesús dice «Yo me consagro», Él se hace a la vez sacerdote y víctima. Por tanto, Bultmann tiene razón traduciendo la afirmación «Yo me consagro» por «Yo me sacrifico». ¿Comprendemos ahora lo que sucede cuando Jesús dice: «Por ellos me consagro yo»? Éste es el acto sacerdotal en

el que Jesús -el hombre Jesús, que es una cosa sola con el Hijo de Dios- se entrega al Padre por nosotros. Es la expresión de que Él es al mismo tiempo sacerdote y víctima. Me consagro, me sacrifico: esta palabra abismal, que nos permite asomarnos a lo íntimo del corazón de Jesucristo, debería ser una y otra vez objeto de nuestra reflexión. En ella se encierra todo el misterio de nuestra redención. Y ella contiene también el origen del sacerdocio de la Iglesia, de nuestro sacerdocio.

Sólo ahora podemos comprender a fondo la súplica que el Señor ha presentado al Padre por los discípulos, por nosotros. «Conságralos en la verdad»: ésta es la inserción de los apóstoles en el sacerdocio de Jesucristo, la institución de su sacerdocio nuevo para la comunidad de los fieles de todos los tiempos. «Conságralos en la verdad»: ésta es la verdadera oración de consagración para los apóstoles. El Señor pide que Dios mismo los atraiga hacia sí, al seno de su santidad. Pide que los sustraiga de sí mismos y los tome como propiedad suya, para que, desde Él, puedan desarrollar el servicio sacerdotal para el mundo. Esta oración de Jesús aparece dos veces en forma ligeramente modificada. En ambos casos debemos escuchar con mucha atención para empezar a entender, al menos vagamente, la sublime realidad que se está operando aquí. «Conságralos en la verdad». Y Jesús añade: «Tu palabra es verdad». Por tanto, los discípulos son sumidos en lo íntimo de Dios mediante su inmersión

en la palabra de Dios. La palabra de Dios es, por decirlo así, el baño que los purifica, el poder creador que los transforma en el ser de Dios. Y entonces, ¿cómo están las cosas en nuestra vida? ¿Estamos realmente impregnados por la palabra de Dios? ¿Es ella en verdad el alimento del que vivimos, más que lo que pueda ser el pan y las cosas de este mundo? ¿La conocemos verdaderamente? ¿La amamos? ¿Nos ocupamos interiormente de esta palabra hasta el punto de que realmente deja una impronta en nuestra vida y forma nuestro pensamiento? ¿O no es más bien nuestro pensamiento el que se amolda una y otra vez a todo lo que se dice y se hace? ¿Acaso no son con frecuencia las opiniones predominantes los criterios que marcan nuestros pasos? ¿Acaso no nos quedamos, a fin de cuentas, en la superficialidad de todo lo que frecuentemente se impone al hombre de hoy? ¿Nos dejamos realmente purificar en nuestro interior por la palabra de Dios? Nietzsche se ha burlado de la humildad y la obediencia como virtudes serviles, por las cuales se habría reprimido a los hombres. En su lugar, ha puesto el orgullo y la libertad absoluta del hombre. Ahora bien, hay caricaturas de una humildad equivocada y una falsa sumisión que no queremos imitar. Pero existe también la soberbia destructiva y la presunción, que disgregan toda comunidad y acaban en la violencia. ¿Sabemos aprender de Cristo la recta humildad, que corresponde a la verdad de nuestro ser, y esa obediencia que se somete a la verdad, a la voluntad

de Dios? «Santifícalos en la verdad: tu palabra es verdad»: esta palabra de la incorporación en el sacerdocio ilumina nuestra vida y nos llama a ser siempre nuevamente discípulos de esa verdad que se desvela en la palabra de Dios.

En la interpretación de esta frase podemos dar un paso más todavía. ¿Acaso no ha dicho Cristo de sí mismo: «Yo soy la verdad» (cf. *Jn* 14,6)? ¿Y acaso no es Él mismo la Palabra viva de Dios, a la que se refieren todas las otras palabras? Conságralos en la verdad, quiere decir, pues, en lo más hondo: hazlos una sola cosa conmigo, Cristo. Sujétalos a mí. Ponlos dentro de mí. Y, en efecto, en último término hay *un único* sacerdote de la Nueva Alianza, Jesucristo mismo. Por tanto, el sacerdocio de los discípulos sólo puede ser participación en el sacerdocio de Jesús. Así, pues, nuestro ser sacerdotes no es más que un nuevo y radical modo de unión con Cristo. Ésta se nos ha dado sustancialmente para siempre en el Sacramento. Pero este nuevo sello del ser puede convertirse para nosotros en un juicio de condena, si nuestra vida no se desarrolla entrando en la verdad del Sacramento. A este propósito, las promesas que hoy renovamos dicen que nuestra voluntad ha de ser orientada así: «*Domino Iesu arctius coniungi et conformari, vobismetipsis abrenuntiantes*». Unirse a Cristo supone la renuncia. Comporta que no queremos imponer nuestro rumbo y nuestra voluntad; que no deseamos llegar a ser esto o lo otro, sino que nos abandonamos a Él,

donde sea y del modo que Él quiera servirse de nosotros. San Pablo decía a este respecto: «Vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí» (*Ga* 2,20). En el «sí» de la Ordenación sacerdotal hemos hecho esta renuncia fundamental al deseo de ser autónomos, a la «autorealización». Pero hace falta cumplir día tras día este gran «sí» en los muchos pequeños «sí» y en las pequeñas renunciaciones. Este «sí» de los pequeños pasos, que en su conjunto constituyen el gran «sí», sólo se podrá realizar sin amargura y autocompasión si Cristo es verdaderamente el centro de nuestra vida. Si entramos en una verdadera familiaridad con Él. En efecto, entonces experimentamos en medio de las renunciaciones, que en un primer momento pueden causar dolor, la alegría creciente de la amistad con Él; todos los pequeños, y a veces también grandes signos de su amor, que continuamente nos da. «Quien se pierde a sí mismo, se guarda». Si nos arriesgamos a perdernos a nosotros mismos por el Señor, experimentamos lo verdadera que es su palabra.

Estar inmersos en la Verdad, en Cristo, es un proceso que forma parte de la oración en la que nos ejercitamos en la amistad con Él y también aprendemos a conocerlo: en su modo de ser, pensar, actuar. Orar es un caminar en comunión personal con Cristo, exponiendo ante Él nuestra vida cotidiana, nuestros logros y fracasos, nuestras dificultades y alegrías: es un sencillo presentarnos a nosotros mismos delante de Él. Pero para que eso no se convierta en una au-

tocontemplación, es importante aprender continuamente a orar rezando con la Iglesia. Celebrar la Eucaristía quiere decir orar. Celebramos correctamente la Eucaristía cuando entramos con nuestro pensamiento y nuestro ser en las palabras que la Iglesia nos propone. En ellas está presente la oración de todas las generaciones, que nos llevan consigo por el camino hacia el Señor. Y, como sacerdotes, en la celebración eucarística somos aquéllos que, con su oración, abren paso a la plegaria de los fieles de hoy. Si estamos unidos interiormente a las palabras de la oración, si nos dejamos guiar y transformar por ellas, también los fieles tienen al alcance esas palabras. Y, entonces, todos nos hacemos realmente «un cuerpo solo y una sola alma» con Cristo.

Estar inmersos en la verdad y, así, en la santidad de Dios, también significa para nosotros aceptar el carácter exigente de la verdad; contraponerse tanto en las cosas grandes como en las pequeñas a la mentira que hay en el mundo en tantas formas diferentes; aceptar la fatiga de la verdad, para que su alegría más profunda esté presente en nosotros. Cuando hablamos del ser consagrados en la verdad, tampoco hemos de olvidar que, en Jesucristo, verdad y amor son una misma cosa. Estar inmersos en Él significa afondar en su bondad, en el amor verdadero. El amor verdadero no cuesta poco, puede ser también muy exigente. Opone resistencia al mal, para llevar el verdadero bien al hombre. Si nos hacemos

uno con Cristo, aprendemos a reconocerlo precisamente en los que sufren, en los pobres, en los pequeños de este mundo; entonces nos convertimos en personas que sirven, que reconocen a sus hermanos y hermanas, y en ellos encuentran a Él mismo.

«Conságralos en la verdad». Ésta es la primera parte de aquel dicho de Jesús. Pero luego añade: «Y por ellos me consagro yo, para que también se consagren ellos en la verdad» (*Jn 17,19*), es decir, verdaderamente. Pienso que esta segunda parte tiene un propio significado específico. En las religiones del mundo hay múltiples modos rituales de «santificación», de consagración de una persona humana. Pero todos estos ritos pueden quedarse en simples formalidades. Cristo pide para los discípulos la verdadera santificación, que transforma su ser, a ellos mismos; que no se quede en una forma ritual, sino que sea un verdadero convertirse en propiedad del mismo Dios. También podríamos decir: Cristo ha pedido para nosotros el Sacramento que nos toca en la profundidad de nuestro ser. Pero también ha rogado para que esta transformación en nosotros, día tras día, se haga vida; para que en lo ordinario, en lo concreto de cada día, estemos verdaderamente inundados de la luz de Dios.

La víspera de mi Ordenación sacerdotal, hace 58 años, abrí la Sagrada Escritura porque todavía quería recibir una palabra del Señor para aquel

día y mi camino futuro de sacerdote. Mis ojos se detuvieron en este pasaje: «Santifícalos en la verdad: tu palabra es verdad». Entonces me di cuenta: el Señor está hablando de mí, y está hablándome a mí. Y lo mismo me ocurrirá mañana. No somos consagrados en último término por ritos, aunque haya necesidad de ellos. El baño en el que nos sumerge el Señor es Él mismo, la Verdad en persona. La Ordenación sacerdotal significa ser injertados en Él, en la Verdad. Pertenezco de un modo nuevo a Él y, por tanto, a los otros, «para que venga su Reino». Queridos amigos, en esta hora de la renovación de las promesas queremos pedir al Señor que nos haga hombres de verdad, hombres de amor, hombres de Dios. Roguémosle que nos atraiga cada vez más dentro de sí, para que nos convirtamos verdaderamente en sacerdotes de la Nueva Alianza. Amén.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
en la Misa “IN CENA DOMINI”***

*Basilica de San Juan de Letrán. Jueves
Santo, 9 de abril de 2008*

Queridos hermanos y hermanas:

Qui, pridie quam pro nostra omniumque salute pateretur, hoc est hodie, accepit panem. Así diremos hoy en el Canon de la Santa Misa. «*Hoc est hodie*». La Liturgia del Jueves Santo incluye la palabra «hoy» en el texto de la plegaria,

subrayando con ello la dignidad particular de este día. Ha sido «hoy» cuando Él lo ha hecho: se nos ha entregado para siempre en el Sacramento de su Cuerpo y de su Sangre. Este «hoy» es sobre todo el memorial de la Pascua de entonces. Pero es más aún. Con el Canon entramos en este «hoy». Nuestro hoy se encuentra con su hoy. Él hace esto ahora. Con la palabra «hoy», la Liturgia de la Iglesia quiere inducirnos a que prestemos gran atención interior al misterio de este día, a las palabras con que se expresa. Tratemos, pues, de escuchar de modo nuevo el relato de la institución, tal y como la Iglesia lo ha formulado basándose en la Escritura y contemplando al Señor mismo.

Lo primero que nos sorprende es que el relato de la institución no es una frase suelta, sino que empieza con un pronombre relativo: *qui pridie*. Este «*qui*» enlaza todo el relato con la palabra precedente de la oración, «...de manera que sea para nosotros Cuerpo y Sangre de tu Hijo amado, Jesucristo, nuestro Señor». De este modo, el relato está unido a la oración anterior, a todo el Canon, y se hace él mismo oración. En efecto, en modo alguno se trata de un relato sencillamente insertado aquí; tampoco se trata de palabras aisladas de autoridad, que quizás interrumpirían la oración. Es oración. Y solamente en la oración se cumple el acto sacerdotal de la consagración que se convierte en transformación, transustanciación de nuestros dones de pan y vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Rezan-

do en este momento central, la Iglesia concuerda totalmente con el acontecimiento del Cenáculo, ya que el actuar de Jesús se describe con las palabras: «*gratias agens benedixit*», «te dio gracias con la plegaria de bendición». Con esta expresión, la Liturgia romana ha dividido en dos palabras, lo que en hebreo es una sola, *berakha*, que en griego, en cambio, aparece en los dos términos de *eucaristía* y *eulogía*. El Señor agradece. Al agradecer, reconocemos que una cosa determinada es un don de otro. El Señor agradece, y de este modo restituye a Dios el pan, «fruto de la tierra y del trabajo del hombre», para poder recibirlo nuevamente de Él. Agradecer se transforma en bendecir. Lo que ha sido puesto en las manos de Dios, vuelve de Él bendecido y transformado. Por tanto, la Liturgia romana tiene razón al interpretar nuestro orar en este momento sagrado con las palabras: «ofrecemos», «pedimos», «acepta», «bendice esta ofrenda». Todo esto se oculta en la palabra *eucharistia*.

Hay otra particularidad en el relato de la institución del Canon Romano que queremos meditar en esta hora. La Iglesia orante se fija en las manos y los ojos del Señor. Quiere casi observarlo, desea percibir el gesto de su orar y actuar en aquella hora singular, encontrar la figura de Jesús, por decirlo así, también a través de los sentidos. «Tomó pan en sus santas y venerables manos». Nos fijamos en las manos con las que Él ha curado a los hombres; en las manos con las que ha bendecido a

los niños; en las manos que ha impuesto sobre los hombres; en las manos clavadas en la Cruz y que llevarán siempre los estigmas como signos de su amor dispuesto a morir. Ahora tenemos el encargo de hacer lo que Él ha hecho: tomar en las manos el pan para que sea convertido mediante la plegaria eucarística. En la Ordenación sacerdotal, nuestras manos fueron ungidas, para que fuesen manos de bendición. Pidamos al Señor ahora que nuestras manos sirvan cada vez más para llevar la salvación, para llevar la bendición, para hacer presente su bondad.

De la introducción a la Oración sacerdotal de Jesús (cf. *Jn* 17, 1), el Canon usa luego las palabras: “elevando los ojos al cielo, hacia ti, Dios, Padre suyo todopoderoso”. El Señor nos enseña a levantar los ojos y sobre todo el corazón. A levantar la mirada, apartándola de las cosas del mundo, a orientarnos hacia Dios en la oración y así elevar nuestro ánimo. En un himno de la Liturgia de las Horas pedimos al Señor que custodie nuestros ojos, para que no acojan ni dejen que en nosotros entren las “*vanitates*”, las vanidades, la banalidad, lo que sólo es apariencia. Pidamos que a través de los ojos no entre el mal en nosotros, falsificando y ensuciando así nuestro ser. Pero queremos pedir sobre todo que tengamos ojos que vean todo lo que es verdadero, luminoso y bueno, para que seamos capaces de ver la presencia de Dios en el mundo. Pidamos, para que miremos el mundo con ojos de amor, con los ojos

de Jesús, reconociendo así a los hermanos y las hermanas que nos necesitan, que están esperando nuestra palabra y nuestra acción.

Después de bendecir, el Señor parte el pan y lo da a los discípulos. Partir el pan es el gesto del padre de familia que se preocupa de los suyos y les da lo que necesitan para la vida. Pero es también el gesto de la hospitalidad con que se acoge al extranjero, al huésped, y se le permite participar en la propia vida. Dividir, com-partir, es unir. A través del compartir se crea comunión. En el pan partido, el Señor se reparte a sí mismo. El gesto del partir alude misteriosamente también a su muerte, al amor hasta la muerte. Él se da a sí mismo, que es el verdadero «pan para la vida del mundo» (cf. *Jn* 6, 51). El alimento que el hombre necesita en lo más hondo es la comunión con Dios mismo. Al agradecer y bendecir, Jesús transforma el pan, y ya no es pan terrenal lo que da, sino la comunión consigo mismo. Esta transformación, sin embargo, quiere ser el comienzo de la transformación del mundo. Para que llegue a ser un mundo de resurrección, un mundo de Dios. Sí, se trata de transformación. Del hombre nuevo y del mundo nuevo que comienzan en el pan consagrado, transformado, transustanciado.

Hemos dicho que partir el pan es un gesto de comunión, de unir mediante el compartir. Así, en el gesto mismo se alude ya a la naturaleza íntima de la

Eucaristía: ésta es *agape*, es amor hecho corpóreo. En la palabra «*agape*», se compenentran los significados de Eucaristía y amor. En el gesto de Jesús que parte el pan, el amor que se comparte ha alcanzado su extrema radicalidad: Jesús se deja partir como pan vivo. En el pan distribuido reconocemos el misterio del grano de trigo que muere y así da fruto. Reconocemos la nueva multiplicación de los panes, que deriva del morir del grano de trigo y continuará hasta el fin del mundo. Al mismo tiempo vemos que la Eucaristía nunca puede ser sólo una acción litúrgica. Sólo es completa, si el *agape* litúrgico se convierte en amor cotidiano. En el culto cristiano, las dos cosas se transforman en una, el ser agraciados por el Señor en el acto cultural y el cultivo del amor respecto al prójimo. Pidamos en esta hora al Señor la gracia de aprender a vivir cada vez mejor el misterio de la Eucaristía, de manera que comience así la transformación del mundo.

Después del pan, Jesús toma el cáliz de vino. El Canon Romano designa el cáliz que el Señor da a los discípulos, como «*praeclarus calix*», cáliz glorioso, aludiendo con ello al Salmo 23 [22], el Salmo que habla de Dios como del Pastor poderoso y bueno. En él se lee: «preparas una mesa ante mí, enfrente de mis enemigos; ...y mi copa rebosa» (v. 5), *calix praeclarus*. El Canon Romano interpreta esta palabra del Salmo como una profecía que se cumple en la Eucaristía. Sí, el Señor nos prepara la mesa en medio de las amenazas de este mundo, y

nos da el cáliz glorioso, el cáliz de la gran alegría, de la fiesta verdadera que todos anhelamos, el cáliz rebosante del vino de su amor. El cáliz significa la boda: ahora ha llegado «la hora» a la que en las bodas de Caná se aludía de forma misteriosa. Sí, la Eucaristía es más que un banquete, es una fiesta de boda. Y esta boda se funda en la autodonación de Dios hasta la muerte. En las palabras de la última Cena de Jesús y en el Canon de la Iglesia, el misterio solemne de la boda se esconde bajo la expresión «*novum Testamentum*». Este cáliz es el nuevo Testamento, «la nueva Alianza sellada con mi sangre», según la palabra de Jesús sobre el cáliz, que Pablo transmite en la segunda lectura de hoy (cf. *1 Co* 11, 25). El Canon Romano añade: «de la alianza nueva y eterna», para expresar la indisolubilidad del vínculo nupcial de Dios con la humanidad. El motivo por el cual las traducciones antiguas de la Biblia no hablan de Alianza, sino de Testamento, es que no se trata de dos contrayentes iguales quienes la establecen, sino que entra en juego la infinita distancia entre Dios y el hombre. Lo que nosotros llamamos nueva y antigua Alianza no es un acuerdo entre dos partes iguales, sino un mero don de Dios, que nos deja como herencia su amor, a sí mismo. Y ciertamente, a través de este don de su amor Él, superando cualquier distancia, nos convierte verdaderamente en *partner* y se realiza el misterio nupcial del amor.

Para poder comprender lo que allí ocurre en profundidad, hemos de escuchar más cuidadosamente aún las palabras

de la Biblia y su sentido originario. Los estudiosos nos dicen que, en los tiempos remotos de que hablan las historias de los Patriarcas de Israel, «ratificar una alianza» significaba «entrar con otros en una unión fundada en la sangre, o bien acoger a alguien en la propia federación y entrar así en una comunión de derechos recíprocos». De este modo se crea una consanguinidad real, aunque no material. Los aliados se convierten en cierto modo en «hermanos de la misma carne y la misma sangre». La alianza realiza un conjunto que significa paz (cf. ThWNT II 105-137). ¿Podemos ahora hacernos al menos una idea de lo que ocurrió en la hora de la última Cena y que, desde entonces, se renueva cada vez que celebramos la Eucaristía? Dios, el Dios vivo establece con nosotros una comunión de paz, más aún, Él crea una “consanguinidad” entre Él y nosotros. Por la encarnación de Jesús, por su sangre derramada, hemos sido injertados en una consanguinidad muy real con Jesús y, por tanto, con Dios mismo. La sangre de Jesús es su amor, en el que la vida divina y la humana se han hecho una cosa sola. Pidamos al Señor que comprendamos cada vez más la grandeza de este misterio. Que Él despliegue su fuerza transformadora en nuestro interior, de modo que lleguemos a ser realmente consanguíneos de Jesús, llenos de su paz y, así, también en comunión unos con otros.

Sin embargo, ahora surge aún otra pregunta. En el Cenáculo, Cristo entrega a los discípulos su Cuerpo y su Sangre, es decir, Él mismo en la totalidad de su

persona. Pero, ¿puede hacerlo? Todavía está físicamente presente entre ellos, está ante ellos. La respuesta es que, en aquella hora, Jesús cumple lo que previamente había anunciado en el discurso sobre el Buen Pastor: «Nadie me quita la vida, sino que yo la entrego libremente. Tengo poder para entregarla y tengo poder para recuperarla» (cf. *Jn* 10,18). Nadie puede quitarle la vida: la da por libre decisión. En aquella hora anticipa la crucifixión y la resurrección. Lo que, por decirlo así, se cumplirá físicamente en Él, Él ya lo lleva a cabo anticipadamente en la libertad de su amor. Él entrega su vida y la recupera en la resurrección para poderla compartir para siempre.

Señor, Tú nos entregas hoy tu vida, Tú mismo te nos das. Llénanos de tu amor. Haznos vivir en tu «hoy». Haznos instrumentos de tu paz. Amén.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
en la Celebración de la Vigilia
Pascual***

*Basilica de San Pedro .Sábado Santo,
11 de abril de 2009*

Queridos hermanos y hermanas:

San Marcos nos relata en su Evangelio que los discípulos, bajando del monte de la Transfiguración, discutían entre ellos sobre lo quería decir «resucitar de entre los muertos» (cf. *Mc* 9,10). Antes, el Señor les había anun-

ciado su pasión y su resurrección a los tres días. Pedro había protestado ante el anuncio de la muerte. Pero ahora se preguntaban qué podía entenderse con el término «resurrección». ¿Acaso no nos sucede lo mismo a nosotros? La Navidad, el nacimiento del Niño divino, nos resulta enseguida hasta cierto punto comprensible. Podemos amar al Niño, podemos imaginar la noche de Belén, la alegría de María, de san José y de los pastores, el júbilo de los ángeles. Pero resurrección, ¿qué es? No entra en el ámbito de nuestra experiencia y, así, el mensaje muchas veces nos parece en cierto modo incomprensible, como una cosa del pasado. La Iglesia trata de hacérselo comprender traduciendo este acontecimiento misterioso al lenguaje de los símbolos, en los que podemos contemplar de alguna manera este acontecimiento sobrecogedor. En la Vigilia Pascual nos indica el sentido de este día especialmente mediante tres símbolos: la luz, el agua y el canto nuevo, el Aleluya.

Primero la luz. La creación de Dios -lo acabamos de escuchar en el relato bíblico- comienza con la expresión: «Que exista la luz» (*Gn* 1,3). Donde hay luz, nace la vida, el caos puede transformarse en cosmos. En el mensaje bíblico, la luz es la imagen más inmediata de Dios: Él es todo Luminosidad, Vida, Verdad, Luz. En la Vigilia Pascual, la Iglesia lee la narración de la creación como profecía. En la resurrección se realiza del modo más sublime lo que este texto describe como el principio

de todas las cosas. Dios dice de nuevo: «Que exista la luz». La resurrección de Jesús es un estallido de luz. Se supera la muerte, el sepulcro se abre de par en par. El Resucitado mismo es Luz, la luz del mundo. Con la resurrección, el día de Dios entra en la noche de la historia. A partir de la resurrección, la luz de Dios se difunde en el mundo y en la historia. Se hace de día. Sólo esta Luz, Jesucristo, es la luz verdadera, más que el fenómeno físico de luz. Él es la pura Luz: Dios mismo, que hace surgir una nueva creación en aquella antigua, y transforma el caos en cosmos.

Tratemos de entender esto aún mejor. ¿Por qué Cristo es Luz? En el Antiguo Testamento, se consideraba a la Torah como la luz que procede de Dios para el mundo y la humanidad. Separa en la creación la luz de las tinieblas, es decir, el bien del mal. Indica al hombre la vía justa para vivir verdaderamente. Le indica el bien, le muestra la verdad y lo lleva hacia el amor, que es su contenido más profundo. Ella es «lámpara para mis pasos» y «luz en el sendero» (cf. *Sal* 119,105). Además, los cristianos sabían que en Cristo está presente la Torah, que la Palabra de Dios está presente en Él como Persona. La Palabra de Dios es la verdadera Luz que el hombre necesita. Esta Palabra está presente en Él, en el Hijo. El Salmo 19 compara la Torah con el sol que, al surgir, manifiesta visiblemente la gloria de Dios en todo el mundo. Los cristianos entienden: sí, en la resurrección, el Hijo de Dios ha surgido

como Luz del mundo. Cristo es la gran Luz de la que proviene toda vida. Él nos hace reconocer la gloria de Dios de un confín al otro de la tierra. Él nos indica la senda. Él es el día de Dios que ahora, avanzando, se difunde por toda la tierra. Ahora, viviendo con Él y por Él, podemos vivir en la luz.

En la Vigilia Pascual, la Iglesia representa el misterio de luz de Cristo con el signo del cirio pascual, cuya llama es a la vez luz y calor. El simbolismo de la luz se relaciona con el del fuego: luminosidad y calor, luminosidad y energía transformadora del fuego: verdad y amor van unidos. El cirio pascual arde y, al arder, se consume: cruz y resurrección son inseparables. De la cruz, de la autoentrega del Hijo, nace la luz, viene la verdadera luminosidad al mundo. Todos nosotros encendemos nuestras velas del cirio pascual, sobre todo las de los recién bautizados, a los que, en este Sacramento, se les pone la luz de Cristo en lo más profundo de su corazón. La Iglesia antigua ha calificado el Bautismo como *fotismos*, como Sacramento de la iluminación, como una comunicación de luz, y lo ha relacionado inseparablemente con la resurrección de Cristo. En el Bautismo, Dios dice al bautizando: «Recibe la luz». El bautizando es introducido en la luz de Cristo. Ahora, Cristo separa la luz de las tinieblas. En Él reconocemos lo verdadero y lo falso, lo que es la luminosidad y lo que es la oscuridad. Con Él surge en nosotros la luz de la verdad y empezamos a entender. Una vez, cuando Cristo vio a la

gente que había venido para escucharlo y esperaba de Él una orientación, sintió lástima de ellos, porque andaban como ovejas sin pastor (cf. *Mc* 6,34). Entre las corrientes contrastantes de su tiempo, no sabían dónde ir. Cuánta compasión debe sentir Cristo también en nuestro tiempo por tantas grandilocuencias, tras las cuales se esconde en realidad una gran desorientación. ¿Dónde hemos de ir? ¿Cuáles son los valores sobre los cuales regularnos? ¿Los valores en que podemos educar a los jóvenes, sin darles normas que tal vez no aguantan o exigirles algo que quizás no se les debe imponer? Él es la Luz. El cirio bautismal es el símbolo de la iluminación que recibimos en el Bautismo. Así, en esta hora, también san Pablo nos habla muy directamente. En la *Carta a los Filipenses*, dice que, en medio de una generación tortuosa y convulsa, los cristianos han de brillar como lumbreras del mundo (cf. 2,15). Pidamos al Señor que la llamita de la vela, que Él ha encendido en nosotros, la delicada luz de su palabra y su amor, no se apague entre las confusiones de estos tiempos, sino que sea cada vez más grande y luminosa, con el fin de que seamos con Él personas amanecidas, astros para nuestro tiempo.

El segundo símbolo de la Vigilia Pascual - la noche del Bautismo - es el agua. Aparece en la Sagrada Escritura y, por tanto, también en la estructura interna del Sacramento del Bautismo en dos sentidos opuestos. Por un lado está el mar, que se manifiesta como el

poder antagonista de la vida sobre la tierra, como su amenaza constante, pero al que Dios ha puesto un límite. Por eso, el *Apocalipsis* dice que en el mundo nuevo de Dios ya no habrá mar (cf. 21,1). Es el elemento de la muerte. Y por eso se convierte en la representación simbólica de la muerte en cruz de Jesús: Cristo ha descendido en el mar, en las aguas de la muerte, como Israel en el Mar Rojo. Resucitado de la muerte, Él nos da la vida. Esto significa que el Bautismo no es sólo un lavacro, sino un nuevo nacimiento: con Cristo es como si descendiéramos en el mar de la muerte, para resurgir como criaturas nuevas.

El otro modo en que aparece el agua es como un manantial fresco, que da la vida, o también como el gran río del que proviene la vida. Según el primitivo ordenamiento de la Iglesia, se debía administrar el Bautismo con agua fresca de manantial. Sin agua no hay vida. Impresiona la importancia que tienen los pozos en la Sagrada Escritura. Son lugares de donde brota la vida. Junto al pozo de Jacob, Cristo anuncia a la Samaritana el pozo nuevo, el agua de la vida verdadera. Él se manifiesta como el nuevo Jacob, el definitivo, que abre a la humanidad el pozo que ella espera: ese agua que da la vida y que nunca se agota (cf. *Jn* 4,5.15). San Juan nos dice que un soldado golpeó con una lanza el costado de Jesús, y que del costado abierto, del corazón traspasado, salió sangre y agua (cf. *Jn* 19,34). La Iglesia antigua ha visto aquí un símbolo del

Bautismo y la Eucaristía, que provienen del corazón traspasado de Jesús. En la muerte, Jesús se ha convertido Él mismo en el manantial. El profeta Ezequiel percibió en una visión el Templo nuevo del que brota un manantial que se transforma en un gran río que da la vida (cf. 47,1-12): en una Tierra que siempre sufría la sequía y la falta de agua, ésta era una gran visión de esperanza. El cristianismo de los comienzos entendió que esta visión se ha cumplido en Cristo. Él es el Templo auténtico y vivo de Dios. Y es la fuente de agua viva. De Él brota el gran río que fructifica y renueva el mundo en el Bautismo, el gran río de agua viva, su Evangelio que fecunda la tierra. Pero Jesús ha profetizado en un discurso durante la Fiesta de las Tiendas algo más grande aún. Dice: «El que cree en mí ... de sus entrañas manarán torrentes de agua viva» (*Jn 7,38*). En el Bautismo, el Señor no sólo nos convierte en personas de luz, sino también en fuentes de las que brota agua viva. Todos nosotros conocemos personas de este tipo, que nos dejan en cierto modo sosegados y renovados; personas que son como el agua fresca de un manantial. No hemos de pensar sólo en los grandes personajes, como Agustín, Francisco de Asís, Teresa de Ávila, Madre Teresa de Calcuta, y así sucesivamente; personas por las que han entrado en la historia realmente ríos de agua viva. Gracias a Dios, las encontramos continuamente también en nuestra vida cotidiana: personas que son una fuente. Ciertamente, conocemos también lo opuesto: gente

de la que promana un vaho como el de un charco de agua putrefacta, o incluso envenenada. Pidamos al Señor, que nos ha dado la gracia del Bautismo, que seamos siempre fuentes de agua pura, fresca, saltarina del manantial de su verdad y de su amor.

El tercer gran símbolo de la Vigilia Pascual es de naturaleza singular, y concierne al hombre mismo. Es el cantar el canto nuevo, el aleluya. Cuando un hombre experimenta una gran alegría, no puede guardársela para sí mismo. Tiene que expresarla, transmitirla. Pero, ¿qué sucede cuando el hombre se ve alcanzado por la luz de la resurrección y, de este modo, entra en contacto con la Vida misma, con la Verdad y con el Amor? Simplemente, que no basta hablar de ello. Hablar no es suficiente. Tiene que cantar. En la Biblia, la primera mención de este cantar se encuentra después de la travesía del Mar Rojo. Israel se ha liberado de la esclavitud. Ha salido de las profundidades amenazadoras del mar. Es como si hubiera renacido. Está vivo y libre. La Biblia describe la reacción del pueblo a este gran acontecimiento de salvación con la expresión: «El pueblo creyó en el Señor y en Moisés, su siervo» (cf. *Ex 14,31*). Sigue a continuación la segunda reacción, que se desprende de la primera como una especie de necesidad interior: «Entonces Moisés y los hijos de Israel cantaron un cántico al Señor». En la Vigilia Pascual, año tras año, los cristianos entonamos después de la tercera lectura este canto, lo entonamos como nuestro cántico,

porque también nosotros, por el poder de Dios, hemos sido rescatados del agua y liberados para la vida verdadera.

La historia del canto de Moisés tras la liberación de Israel de Egipto y el paso del Mar Rojo, tiene un paralelismo sorprendente en el *Apocalipsis* de san Juan. Antes del comienzo de las últimas siete plagas a las que fue sometida la tierra, al vidente se le aparece «una especie de mar de vidrio vetado de fuego; en la orilla estaban de pie los que habían vencido a la bestia, a su imagen y al número que es cifra de su nombre: tenían en sus manos las arpas que Dios les había dado. Cantaban el cántico de Moisés, el siervo de Dios, y el cántico del Cordero» (*Ap* 15,2s). Con esta imagen se describe la situación de los discípulos de Jesucristo en todos los tiempos, la situación de la Iglesia en la historia de este mundo. Humanamente hablando, es una situación contradictoria en sí misma. Por un lado, se encuentra en el éxodo, en medio del Mar Rojo. En un mar que, paradójicamente, es a la vez hielo y fuego. Y ¿no debe quizás la Iglesia, por decirlo así, caminar siempre sobre el mar, a través del fuego y del frío? Considerándolo humanamente, debería hundirse. Pero mientras aún camina por este Mar Rojo, canta, entona el canto de alabanza de los justos: el canto de Moisés y del Cordero, en el cual se armonizan la Antigua y la Nueva Alianza. Mientras que a fin de cuentas debería hundirse, la Iglesia entona el canto de acción de gracias de los salvados. Está sobre las aguas de muerte de la historia y, no obstante, ya ha resuci-

tado. Cantando, se agarra a la mano del Señor, que la mantiene sobre las aguas. Y sabe que, con eso, está sujeta, fuera del alcance de la fuerza de gravedad de la muerte y del mal -una fuerza de la cual, de otro modo, no podría escapar-, sostenida y atraída por la nueva fuerza de gravedad de Dios, de la verdad y del amor. Por el momento, la Iglesia y todos nosotros nos encontramos entre los dos campos de gravitación. Pero desde que Cristo ha resucitado, la gravitación del amor es más fuerte que la del odio; la fuerza de gravedad de la vida es más fuerte que la de la muerte. ¿Acaso no es ésta realmente la situación de la Iglesia de todos los tiempos, nuestra propia situación? Siempre se tiene la impresión de que ha de hundirse, y siempre está ya salvada. San Pablo ha descrito así esta situación: «Somos... los moribundos que están bien vivos» (*2 Co* 6,9). La mano salvadora del Señor nos sujeta, y así podemos cantar ya ahora el canto de los salvados, el canto nuevo de los resucitados: ¡aleluya! Amén.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
en la Santa Misa del Domingo de
Pascua***

*Domingo de Pascua, 12 de abril de
2009*

Queridos hermanos y hermanas:

«Ha sido inmolido Cristo, nuestra Pascua» (1 Co 5,7). Resuena en este día la

exclamación de san Pablo que hemos escuchado en la segunda lectura, tomada de la primera *Carta a los Corintios*. Un texto que se remonta a veinte años apenas después de la muerte y resurrección de Jesús y que, no obstante, contiene en una síntesis impresionante -como es típico de algunas expresiones paulinas- la plena conciencia de la novedad cristiana. El símbolo central de la historia de la salvación - el cordero pascual - se identifica aquí con Jesús, llamado precisamente «nuestra Pascua». La Pascua judía, memorial de la liberación de la esclavitud de Egipto, prescribía el rito de la inmolación del cordero, un cordero por familia, según la ley mosaica. En su pasión y muerte, Jesús se revela como el Cordero de Dios «inmolado» en la cruz para quitar los pecados del mundo; fue muerto justamente en la hora en que se acostumbraba a inmolarse los corderos en el Templo de Jerusalén. El sentido de este sacrificio suyo, lo había anticipado Él mismo durante la Última Cena, poniéndose en el lugar -bajo las especies del pan y el vino- de los elementos rituales de la cena de la Pascua. Así, podemos decir que Jesús, realmente, ha llevado a cumplimiento la tradición de la antigua Pascua y la ha transformado en *su* Pascua.

A partir de este nuevo sentido de la fiesta pascual, se comprende también la interpretación de san Pablo sobre los «ázimos». El Apóstol se refiere a una antigua costumbre judía, según la cual en la Pascua había que limpiar la casa hasta de las migajas de pan fermentado. Eso formaba parte del recuerdo de lo que había pasado con los antepasados

en el momento de su huída de Egipto: teniendo que salir a toda prisa del país, llevaron consigo solamente panes sin levadura. Pero, al mismo tiempo, «los ázimos» eran un símbolo de purificación: eliminar lo viejo para dejar espacio a lo nuevo. Ahora, como explica san Pablo, también esta antigua tradición adquiere un nuevo sentido, precisamente a partir del nuevo «éxodo» que es el paso de Jesús de la muerte a la vida eterna. Y puesto que Cristo, como el verdadero Cordero, se ha sacrificado a sí mismo por nosotros, también nosotros, sus discípulos -gracias a Él y por medio de Él- podemos y debemos ser «masa nueva», «ázimos», liberados de todo residuo del viejo fermento del pecado: ya no más malicia y perversidad en nuestro corazón.

«Así, pues, celebremos la Pascua... con los panes ázimos de la sinceridad y la verdad». Esta exhortación de san Pablo con que termina la breve lectura que se ha proclamado hace poco, resuena aún más intensamente en el contexto del Año Paulino. Queridos hermanos y hermanas, acojamos la invitación del Apóstol; abramos el corazón a Cristo muerto y resucitado para que nos renueve, para que nos limpie del veneno del pecado y de la muerte y nos infunda la savia vital del Espíritu Santo: la vida divina y eterna. En la secuencia pascual, como haciendo eco a las palabras del Apóstol, hemos cantado: «*Scimus Christum surrexisse / a mortuis vere*» -sabemos que estás resucitado, la muerte en ti no manda. Sí, éste es precisamente el núcleo fundamental de nuestra profesión

de fe; éste es hoy el grito de victoria que nos une a todos. Y si Jesús ha resucitado, y por tanto está vivo, ¿quién podrá jamás separarnos de Él? ¿Quién podrá privarnos de su amor que ha vencido al odio y ha derrotado la muerte? Que el anuncio de la Pascua se propague por el mundo con el jubiloso canto del *aleluya*. Cantémoslo con la boca, cantémoslo sobre todo con el corazón y con la vida, con un estilo de vida «ázimo», simple, humilde, y fecundo de buenas obras. «*Surrexit Christus spes mea: / precedet vos in Galileam*» - ¡Resucitó de veras mi esperanza! Venid a Galilea, el Señor allí aguarda. El Resucitado nos precede y nos acompaña por las vías del mundo. Él es nuestra esperanza, Él es la verdadera paz del mundo. Amén.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
en la Santa Misa para la Comisión
Central organizadora del VI
Encuentro Mundial de las Familias***

*Capilla Redemptoris Mater. Jueves,
23 de abril de 2009*

Queridos amigos:

Hace poco, hemos dicho en el Salmo responsorial: «Bendigo al Señor en todo momento; su alabanza está siempre en mi boca» (*Salmo 33*). Lo alabamos hoy por el VI Encuentro Mundial de las Familias, celebrado felizmente en la Ciudad de México el pasado mes de enero, y a cuya organización y

desarrollo ustedes han participado de diversos modos. Se lo agradezco de corazón. Saludo también cordialmente a los señores cardenales Ennio Antonelli, Presidente del Pontificio Consejo para la Familia, y al Arzobispo Primado de México, Norberto Rivera Carrera, que preside esta peregrinación a Roma.

En la lectura de los Hechos de los Apóstoles hemos escuchado de labios de san Pedro: «Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres» (*Hch 5,29*). Esto concuerda plenamente con lo que nos dice el Evangelio de Juan: «El que cree en el Hijo posee la vida eterna; el que no crea al Hijo, no verá la vida» (*Jn 3,36*). Así, pues, la Palabra de Dios nos habla de una obediencia que no es simple sujeción, ni un simple cumplimiento de mandatos, sino que nace de una íntima comunión con Dios y consiste en una mirada interior que sabe discernir aquello que «viene de lo alto» y «está por encima de todo». Es fruto del Espíritu Santo que Dios concede «sin medida».

Queridos amigos, nuestros contemporáneos necesitan descubrir esta obediencia, que no es teórica sino vital; que es un optar por unas conductas concretas, basadas en la obediencia al querer de Dios, que nos hacen ser plenamente libres. Las familias cristianas con su vida doméstica, sencilla y alegre, compartiendo día a día las alegrías, esperanzas y preocupaciones, vividas a la luz de la fe, son escuelas de obediencia y ámbito de verdadera libertad. Lo

saben bien los que han vivido su matrimonio según los planes de Dios durante largos años, como alguno de los presentes, comprobando la bondad del Señor que nos ayuda y alienta.

En la Eucaristía Cristo está realmente presente; es el pan que baja de lo alto para reparar nuestras fuerzas y afrontar el esfuerzo y la fatiga del camino. Él está a nuestro lado. Que Él sea el mejor amigo también de quien hoy recibe

la primera comunión, transformando su interior para que sea testigo entusiasta de Él ante los demás.

Prosigamos ahora nuestra celebración eucarística invocando la amorosa intercesión de nuestra Madre del cielo, Nuestra Señora de Guadalupe, para que recibamos a Jesús y tengamos vida y, fortalecidos con el pan Eucarístico, seamos servidores de la verdadera alegría para el mundo. Amén.

MENSAJES

Mensaje URBI ET ORBI del Papa, Benedicto XVI, con motivo de la Pascua 2009

Queridos hermanos y hermanas de Roma y del mundo entero:

A todos vosotros dirijo de corazón la felicitación pascual con las palabras de san Agustín: «*Resurrectio Domini, spes nostra*», «la resurrección del Señor es nuestra esperanza» (*Sermón 261,1*). Con esta afirmación, el gran Obispo explicaba a sus fieles que Jesús resucitó para que nosotros, aunque destinados a la muerte, no desesperáramos, pensando que con la muerte se acaba totalmente la vida; Cristo ha resucitado para darnos la esperanza (cf. *ibid.*).

En efecto, una de las preguntas que más angustian la existencia del hom-

bre es precisamente ésta: ¿qué hay después de la muerte? Esta solemnidad nos permite responder a este enigma afirmando que la muerte no tiene la última palabra, porque al final es la Vida la que triunfa. Nuestra certeza no se basa en simples razonamientos humanos, sino en un dato histórico de fe: Jesucristo, crucificado y sepultado, ha resucitado con su cuerpo glorioso. Jesús ha resucitado para que también nosotros, creyendo en Él, podamos tener la vida eterna. Este anuncio está en el corazón del mensaje evangélico. San Pablo lo afirma con fuerza: «Si Cristo no ha resucitado, nuestra predicación carece de sentido y vuestra fe lo mismo». Y añade: «Si nuestra esperanza en Cristo acaba con esta vida, somos los hombres más desgraciados» (*1 Co 15,14.19*). Desde la aurora de Pascua una nueva primavera de esperanza lle-

na el mundo; desde aquel día nuestra resurrección ya ha comenzado, porque la Pascua no marca simplemente un momento de la historia, sino el inicio de una condición nueva: Jesús ha resucitado no porque su recuerdo permanezca vivo en el corazón de sus discípulos, sino porque Él mismo vive en nosotros y en Él ya podemos gustar la alegría de la vida eterna.

Por tanto, la resurrección no es una teoría, sino una realidad histórica revelada por el Hombre Jesucristo mediante su «pascua», su «paso», que ha abierto una «nueva vía» entre la tierra y el Cielo (cf. *Hb* 10,20). No es un mito ni un sueño, no es una visión ni una utopía, no es una fábula, sino un acontecimiento único e irrepetible: Jesús de Nazaret, hijo de María, que en el crepúsculo del Viernes fue bajado de la cruz y sepultado, ha salido vencedor de la tumba. En efecto, al amanecer del primer día después del sábado, Pedro y Juan hallaron la tumba vacía. Magdalena y las otras mujeres encontraron a Jesús resucitado; lo reconocieron también los dos discípulos de Emaús en la fracción del pan; el Resucitado se apareció a los Apóstoles aquella tarde en el Cenáculo y luego a otros muchos discípulos en Galilea.

El anuncio de la resurrección del Señor ilumina las zonas oscuras del mundo en que vivimos. Me refiero particularmente al materialismo y al nihilismo, a esa visión del mundo que no logra trascender lo que es constatable

experimentalmente, y se abate desconsolada en un sentimiento de la nada, que sería la meta definitiva de la existencia humana. En efecto, si Cristo no hubiera resucitado, el «vacío» acabaría ganando. Si quitamos a Cristo y su resurrección, no hay salida para el hombre, y toda su esperanza sería ilusoria. Pero, precisamente hoy, irrumpe con fuerza el anuncio de la resurrección del Señor, que responde a la pregunta recurrente de los escépticos, referida también por el libro del Eclesiastés: «¿Acaso hay algo de lo que se pueda decir: “Mira, esto es nuevo?”» (*Qo* 1,10). Sí, contestamos: todo se ha renovado en la mañana de Pascua. “Lucharon vida y muerte en singular batalla y, muerto el que es Vida, triunfante se levanta” (Secuencia Pascual). Ésta es la novedad. Una novedad que cambia la existencia de quien la acoge, como sucedió a los santos. Así, por ejemplo, le ocurrió a san Pablo.

En el contexto del Año Paulino, hemos tenido ocasión muchas veces de meditar sobre la experiencia del gran Apóstol. Saulo de Tarso, el perseguidor encarnizado de los cristianos, encontró a Cristo resucitado en el camino de Damasco y fue «conquistado» por Él. El resto lo sabemos. A Pablo le sucedió lo que más tarde él escribirá a los cristianos de Corinto: «El que vive con Cristo, es una criatura nueva; lo viejo ha pasado, ha llegado lo nuevo» (*2 Co* 5,17). Fijémonos en este gran evangelizador, que con el entusiasmo audaz de su acción apostólica, llevó el Evangelio a muchos

pueblos del mundo de entonces. Su enseñanza y su ejemplo nos impulsan a buscar al Señor Jesús. Nos animan a confiar en Él, porque ahora el sentido de la nada, que tiende a intoxicar la humanidad, ha sido vencido por la luz y la esperanza que surgen de la resurrección. Ahora son verdaderas y reales las palabras del Salmo: «Ni la tiniebla es oscura para ti / la noche es clara como el día» (139[138],12). Ya no es la nada la que envuelve todo, sino la presencia amorosa de Dios. Más aún, hasta el reino mismo de la muerte ha sido liberado, porque también al «abismo» ha llegado el Verbo de la vida, aventado por el soplo del Espíritu (v. 8).

Aunque es verdad que la muerte ya no tiene poder sobre el hombre y el mundo, quedan todavía muchos, demasiados signos de su antiguo dominio. Aunque Cristo, por la Pascua, ha extirpado la raíz del mal, necesita hombres y mujeres que lo ayuden siempre y en todo lugar a afianzar su victoria con sus mismas armas: las armas de la justicia y de la verdad, de la misericordia, del perdón y del amor. Éste es el mensaje que, con ocasión del reciente viaje apostólico a Camerún y Angola, he querido llevar a todo el Continente africano, que me ha recibido con gran entusiasmo y dispuesto a escuchar. En efecto, África sufre enormemente por conflictos crueles e interminables, a menudo olvidados, que laceran y ensangrientan varias de sus Naciones, y por el número cada vez mayor de sus hijos e hijas que acaban siendo víctimas del hambre, la pobre-

za y la enfermedad. El mismo mensaje repetiré con fuerza en Tierra Santa, donde tendré la alegría de ir dentro de algunas semanas. La difícil, pero indispensable reconciliación, que es premisa para un futuro de seguridad común y de pacífica convivencia, no se hará realidad sino por los esfuerzos renovados, perseverantes y sinceros para la solución del conflicto israelí-palestino. Luego, desde Tierra Santa, la mirada se ampliará a los países limítrofes, al Medio Oriente, al mundo entero. En un tiempo de carestía global de alimentos, de desbarajuste financiero, de pobreza antiguas y nuevas, de cambios climáticos preocupantes, de violencias y miserias que obligan a muchos a abandonar su tierra buscando una supervivencia menos incierta, de terrorismo siempre amenazante, de miedos crecientes ante un porvenir problemático, es urgente descubrir nuevamente perspectivas capaces de devolver la esperanza. Que nadie se arredre en esta batalla pacífica comenzada con la Pascua de Cristo, el cual, lo repito, busca hombres y mujeres que lo ayuden a afianzar su victoria con sus mismas armas, las de la justicia y la verdad, la misericordia, el perdón y el amor.

«*Resurrectio Domini, spes nostra*». La resurrección de Cristo es nuestra esperanza. La Iglesia proclama hoy esto con alegría: anuncia la esperanza, que Dios ha hecho firme e invencible resucitando a Jesucristo de entre los muertos; comunica la esperanza, que lleva en el corazón y quiere compartir con todos, en cualquier lugar, especialmente allí

donde los cristianos sufren persecución a causa de su fe y su compromiso por la justicia y la paz; invoca la esperanza capaz de avivar el deseo del bien, también y sobre todo cuando cuesta. Hoy la Iglesia canta «el día en que actuó el Señor» e invita al gozo. Hoy la Iglesia ora, invoca a María, Estrella de la Esperanza, para que conduzca a la humanidad hacia el puerto seguro de la salvación, que es el corazón de Cristo, la Víctima pascual, el Cordero que «ha redimido al mundo», el Inocente que nos «ha reconciliado a nosotros, pecadores, con el Padre». A Él, Rey victorioso, a Él, crucificado y resucitado, gritamos con alegría nuestro *Alleluia*.

***Mensaje del Papa, Benedicto XVI,
para la XLVI Jornada Mundial de
Oración por las Vocaciones***

3 de mayo de 2009

IV Domingo de Pascua

Tema: « *La confianza en la iniciativa de Dios y la respuesta humana* »

*Venerados Hermanos en el Episcopado
y en el Sacerdocio, Queridos hermanos y
hermanas*

Con ocasión de la próxima Jornada Mundial de oración por las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada, que se celebrará el 3 de mayo de 2009, Cuarto Domingo de Pascua, me es

grato invitar a todo el pueblo de Dios a reflexionar sobre el tema: *La confianza en la iniciativa de Dios y la respuesta humana*. Resuena constantemente en la Iglesia la exhortación de Jesús a sus discípulos: «Rogad al dueño de la mies, que envíe obreros a su mies» (*Mt 9, 38*). ¡Rogad! La apremiante invitación del Señor subraya cómo la oración por las vocaciones ha de ser ininterrumpida y confiada. De hecho, la comunidad cristiana, sólo si, efectivamente, está animada por la oración, puede «tener mayor fe y esperanza en la iniciativa divina» (Exhort. ap. postsinodal *Sacramentum caritatis*, 26).

La vocación al sacerdocio y a la vida consagrada constituye un especial don divino, que se sitúa en el amplio proyecto de amor y de salvación que Dios tiene para cada hombre y la humanidad entera. El apóstol Pablo, al que recordamos especialmente durante este Año Paulino en el segundo milenio de su nacimiento, escribiendo a los efesios afirma: «Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, nos ha bendecido en la persona de Cristo, con toda clase de bienes espirituales y celestiales. Él nos eligió en la persona de Cristo antes de crear el mundo, para que fuésemos santos e irreprochables ante Él por el amor» (*Ef 1, 3-4*). En la llamada universal a la santidad destaca la peculiar iniciativa de Dios, escogiendo a algunos para que sigan más de cerca a su Hijo Jesucristo, y sean sus ministros y testigos privilegiados. El divino Maestro llamó personalmente a los Apóstoles «para

que lo acompañaran y para enviarlos a predicar, con poder para expulsar demonios» (Mc 3,14-15); ellos, a su vez, se asociaron con otros discípulos, fieles colaboradores en el ministerio misionero. Y así, respondiendo a la llamada del Señor y dóciles a la acción del Espíritu Santo, una multitud innumerable de presbíteros y de personas consagradas, a lo largo de los siglos, se ha entregado completamente en la Iglesia al servicio del Evangelio. Damos gracias al Señor porque también hoy sigue llamando a obreros para su viña. Aunque es verdad que en algunas regiones de la tierra, se registra una escasez preocupante de presbíteros, y que dificultades y obstáculos acompañan el camino de la Iglesia, nos sostiene la certeza inquebrantable de que el Señor, que libremente escoge e invita a su seguimiento a personas de todas las culturas y de todas las edades, según los designios inescrutables de su amor misericordioso, la guía firmemente por los senderos del tiempo hacia el cumplimiento definitivo del Reino.

Nuestro primer deber ha de ser, por tanto, mantener viva, con oración incesante, esa invocación de la iniciativa divina en las familias y en las parroquias, en los movimientos y en las asociaciones entregadas al apostolado, en las comunidades religiosas y en todas las estructuras de la vida diocesana. Tenemos que rezar para que, en todo el pueblo cristiano, crezca la confianza en Dios, convencido de que el «dueño de la mies» no deja de pedir a algunos que

entreguen libremente su existencia para colaborar más estrechamente con Él en la obra de la salvación. Y por parte de cuantos están llamados, se requiere escucha atenta y prudente discernimiento, adhesión generosa y dócil al designio divino, profundización seria en lo que es propio de la vocación sacerdotal y religiosa para corresponder a ella de manera responsable y convencida. El *Catecismo de la Iglesia Católica* recuerda oportunamente que la iniciativa libre de Dios requiere la respuesta libre del hombre. Una respuesta positiva que presupone siempre la aceptación y la participación en el proyecto que Dios tiene sobre cada uno; una respuesta que acoja la iniciativa amorosa del Señor y llegue a ser para todo el que es llamado una exigencia moral vinculante, una ofrenda agradecida a Dios y una total cooperación en el plan que Él persigue en la historia (cf. n. 2062).

Contemplando el misterio eucarístico, que expresa de manera sublime el don que libremente ha hecho el Padre en la Persona del Hijo Unigénito para la salvación de los hombres, y la plena y dócil disponibilidad de Cristo hasta beber plenamente el «cáliz» de la voluntad de Dios (cf. Mt 26, 39), comprendemos mejor cómo «la confianza en la iniciativa de Dios» modela y da valor a la «respuesta humana». En la Eucaristía, don perfecto que realiza el proyecto de amor para la redención del mundo, Jesús se inmola libremente para la salvación de la humanidad. «La Iglesia —escribió mi amado predecesor,

Juan Pablo II— ha recibido la Eucaristía de Cristo, su Señor, no sólo como un don entre otros muchos, aunque sea muy valioso, sino como el *don por excelencia*, porque es don de sí mismo, de su persona en su santa humanidad y, además, de su obra de salvación» (Enc. *Ecclesia de Eucharistia*, 11).

Los presbíteros, que, precisamente en Cristo eucarístico, pueden contemplar el modelo eximio de un «diálogo vocacional» entre la libre iniciativa del Padre y la respuesta confiada de Cristo, están destinados a perpetuar ese misterio salvífico a lo largo de los siglos, hasta el retorno glorioso del Señor. En la celebración eucarística, es el mismo Cristo el que actúa en quienes Él ha escogido como ministros suyos; los sostiene para que su respuesta se desarrolle en una dimensión de confianza y de gratitud que despeje todos los temores, incluso cuando aparece más fuerte la experiencia de la propia flaqueza (cf. *Rm* 8, 26-30), o se hace más duro el contexto de incomprensión o incluso de persecución (cf. *Rm* 8, 35-39).

El convencimiento de estar salvados por el amor de Cristo, que cada Santa Misa alimenta a los creyentes y especialmente a los sacerdotes, no puede dejar de suscitar en ellos un confiado abandono en Cristo que ha dado la vida por nosotros. Por tanto, creer en el Señor y aceptar su don, comporta fiarse de Él con agradecimiento adhiriéndose a su proyecto salvífico. Si esto sucede, «la persona llamada» lo abandona todo

gustosamente y acude a la escuela del divino Maestro; comienza entonces un fecundo diálogo entre Dios y el hombre, un misterioso encuentro entre el amor del Señor que llama y la libertad del hombre que le responde en el amor, sintiendo resonar en su alma las palabras de Jesús: «No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto dure» (*Jn* 15, 16).

Ese engarce de amor entre la iniciativa divina y la respuesta humana se presenta también, de manera admirable, en la vocación a la vida consagrada. El Concilio Vaticano II recuerda: «Los consejos evangélicos de castidad consagrada a Dios, pobreza y obediencia tienen su fundamento en las palabras y el ejemplo del Señor. Recomendados por los Apóstoles, por los Padres de la Iglesia, los doctores y pastores, son un don de Dios, que la Iglesia recibió de su Señor y que con su gracia conserva siempre» (*Lumen gentium*, 43). Una vez más, Jesús es el modelo ejemplar de adhesión total y confiada a la voluntad del Padre, al que toda persona consagrada ha de mirar. Atraídos por Él, desde los primeros siglos del cristianismo, muchos hombres y mujeres han abandonado familia, posesiones, riquezas materiales y todo lo que es humanamente deseable, para seguir generosamente a Cristo y vivir sin ataduras su Evangelio, que se ha convertido para ellos en escuela de santidad radical. Todavía hoy muchos avanzan por

ese mismo camino exigente de perfección evangélica, y realizan su vocación con la profesión de los consejos evangélicos. El testimonio de esos hermanos y hermanas nuestros, tanto en monasterios de vida contemplativa como en los institutos y congregaciones de vida apostólica, le recuerda al pueblo de Dios «el misterio del Reino de Dios que ya actúa en la historia, pero que espera su plena realización en el cielo» (Juan Pablo II, Exhort. ap. postsinodal *Vita consecrata*, 1).

¿Quién puede considerarse digno de acceder al ministerio sacerdotal? ¿Quién puede abrazar la vida consagrada contando sólo con sus fuerzas humanas? Una vez más conviene recordar que la respuesta del hombre a la llamada divina, cuando se tiene conciencia de que es Dios quien toma la iniciativa y a Él le corresponde llevar a término su proyecto de salvación, nunca se parece al cálculo miedoso del siervo perezoso que por temor esconde el talento recibido en la tierra (cf. *Mt* 25, 14-30), sino que se manifiesta en una rápida adhesión a la invitación del Señor, como hizo Pedro, que no dudó en echar nuevamente las redes pese a haber estado toda la noche faenando sin pescar nada, confiando en su palabra (cf. *Lc* 5, 5). Sin abdicar en ningún momento de la responsabilidad personal, la respuesta libre del hombre a Dios se transforma así en «corresponsabilidad», en responsabilidad *en y con* Cristo, en virtud de la acción de su Espíritu Santo; se convierte en comunión

con quien nos hace capaces de dar fruto abundante (cf. *Jn* 15, 5).

Emblemática respuesta humana, llena de confianza en la iniciativa de Dios, es el «Amén» generoso y total de la Virgen de Nazaret, pronunciado con humilde y decidida adhesión a los designios del Altísimo, que le fueron comunicados por un mensajero celestial (cf. *Lc* 1, 38). Su «sí» inmediato le permitió convertirse en la Madre de Dios, la Madre de nuestro Salvador. María, después de aquel primer «*fiat*», que tantas otras veces tuvo que repetir, hasta el momento culminante de la crucifixión de Jesús, cuando «estaba junto a la cruz», como señala el evangelista Juan, siendo copartícipe del dolor atroz de su Hijo inocente. Y precisamente desde la cruz, Jesús moribundo nos la dio como Madre y a Ella fuimos confiados como hijos (cf. *Jn* 19, 26-27), Madre especialmente de los sacerdotes y de las personas consagradas. Quisiera encomendar a Ella a cuantos descubren la llamada de Dios para encaminarse por la senda del sacerdocio ministerial o de la vida consagrada.

Queridos amigos, no os desaniméis ante las dificultades y las dudas; confiad en Dios y seguid fielmente a Jesús y seréis los testigos de la alegría que brota de la unión íntima con Él. A imitación de la Virgen María, a la que llaman dichosa todas las generaciones porque ha creído (cf. *Lc* 1, 48), esforzaos con toda energía espiritual en llevar a cabo el proyecto salvífico del Padre celestial,

cultivando en vuestro corazón, como Ella, la capacidad de asombro y de adoración a quien tiene el poder de hacer «grandes cosas» porque su Nombre es santo (Cf. *Lc* 1, 49).

Vaticano, 20 de enero de 2009

***Mensaje del Papa, Benedicto XVI,
a los jóvenes del mundo con ocasión
de la XXIV Jornada Mundial de la
Juventud 2009***

«Hemos puesto nuestra esperanza en el Dios vivo» (1 *Tm* 4,10)

Queridos amigos:

El próximo domingo de Ramos celebraremos en el ámbito diocesano la XXIV Jornada Mundial de la Juventud. Mientras nos preparamos a esta celebración anual, recuerdo con enorme gratitud al Señor el encuentro que tuvimos en Sydney, en julio del año pasado. Un encuentro inolvidable, durante el cual el Espíritu Santo renovó la vida de tantos jóvenes que acudieron desde todos los lugares del mundo. La alegría de la fiesta y el entusiasmo espiritual experimentados en esos días, fueron un signo elocuente de la presencia del Espíritu de Cristo. Ahora nos encaminamos hacia el encuentro internacional programado para 2011 en Madrid y que tendrá como tema las palabras del apóstol Pablo: «Arrraigados y edificados en Cristo, firmes en

la fe» (cf. *Col* 2,7). Teniendo en cuenta esta cita mundial de jóvenes, queremos hacer juntos un camino formativo, reflexionando en 2009 sobre la afirmación de san Pablo: «Hemos puesto nuestra esperanza en el Dios vivo» (1 *Tm* 4,10), y en 2010 sobre la pregunta del joven rico a Jesús: «Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?» (*Mc* 10,17).

La juventud, tiempo de esperanza

En Sydney, nuestra atención se centró en lo que el Espíritu Santo dice hoy a los creyentes y, concretamente a vosotros, queridos jóvenes. Durante la Santa Misa final os exhorté a dejaros plasmar por Él para ser mensajeros del amor divino, capaces de construir un futuro de esperanza para toda la humanidad. Verdaderamente, la cuestión de la esperanza está en el centro de nuestra vida de seres humanos y de nuestra misión de cristianos, sobre todo en la época contemporánea. Todos advertimos la necesidad de esperanza, pero no de cualquier esperanza, sino de una esperanza firme y creíble, como he subrayado en la Encíclica *Spe salvi*. La juventud, en particular, es tiempo de esperanzas, porque mira hacia el futuro con diversas expectativas. Cuando se es joven, se alimentan ideales, sueños y proyectos; la juventud es el tiempo en el que maduran opciones decisivas para el resto de la vida. Y tal vez por esto, es la etapa de la existencia en la que afloran con fuerza las preguntas de fondo: ¿Por qué estoy en el mundo? ¿Qué sen-

tido tiene vivir? ¿Qué será de mi vida? Y también, ¿cómo alcanzar la felicidad? ¿Por qué el sufrimiento, la enfermedad y la muerte? ¿Qué hay más allá de la muerte? Preguntas que son apremiantes cuando nos tenemos que medir con obstáculos que a veces parecen insuperables: dificultades en los estudios, falta de trabajo, incomprendiones en la familia, crisis en las relaciones de amistad y en la construcción de un proyecto de pareja, enfermedades o incapacidades, carencia de recursos adecuados a causa de la actual y generalizada crisis económica y social. Nos preguntamos entonces: ¿Dónde encontrar y cómo mantener viva en el corazón la llama de la esperanza?

En búsqueda de la «gran esperanza»

La experiencia demuestra que las cualidades personales y los bienes materiales no son suficientes para asegurar esa esperanza que el ánimo humano busca constantemente. Como he escrito en la citada Encíclica *Spe salvi*, la política, la ciencia, la técnica, la economía o cualquier otro recurso material por sí solos no son suficientes para ofrecer la *gran esperanza* a la que todos aspiramos. Esta esperanza «sólo puede ser Dios, que abraza el universo y que nos puede proponer y dar lo que nosotros por sí solos no podemos alcanzar» (n. 31). Por eso, una de las consecuencias principales del olvido de Dios es la desorientación que caracteriza nuestras sociedades, que se manifiesta en la soledad y la violencia, en la insatisfacción y

en la pérdida de confianza, llegando incluso a la desesperación. Fuerte y clara es la llamada que nos llega de la Palabra de Dios: «Maldito quien confía en el hombre, y, en la carne, busca su fuerza, apartando su corazón del Señor. Será como un cardo en la estepa, no verá llegar el bien» (Jr 17,5-6).

La crisis de esperanza afecta más fácilmente a las nuevas generaciones que, en contextos socio-culturales faltos de certezas, de valores y puntos de referencia sólidos, tienen que afrontar dificultades que parecen superiores a sus fuerzas. Pienso, queridos jóvenes amigos, en tantos coetáneos vuestros heridos por la vida, condicionados por una inmadurez personal que es frecuentemente consecuencia de un vacío familiar, de opciones educativas permisivas y libertarias, y de experiencias negativas y traumáticas. Para algunos —y desgraciadamente no pocos—, la única salida posible es una huída alienante hacia comportamientos peligrosos y violentos, hacia la dependencia de drogas y alcohol, y hacia tantas otras formas de malestar juvenil. A pesar de todo, incluso en aquéllos que se encuentran en situaciones penosas por haber seguido los consejos de «malos maestros», no se apaga el deseo del verdadero amor y de la auténtica felicidad. Pero ¿cómo anunciar la esperanza a estos jóvenes? Sabemos que el ser humano encuentra su verdadera realización sólo en Dios. Por tanto, el primer compromiso que nos atañe a todos es el de una nueva evangelización, que ayude a las nuevas

generaciones a descubrir el rostro auténtico de Dios, que es Amor. A vosotros, queridos jóvenes, que buscáis una esperanza firme, os digo las mismas palabras que san Pablo dirigía a los cristianos perseguidos en la Roma de entonces: «El Dios de la esperanza os colme de todo gozo y paz en vuestra fe, hasta rebosar de esperanza por la fuerza del Espíritu Santo» (*Rm 15,13*). Durante este año jubilar dedicado al Apóstol de las gentes, con ocasión del segundo milenio de su nacimiento, aprendamos de él a ser testigos creíbles de la esperanza cristiana.

San Pablo, testigo de la esperanza

Cuando se encontraba en medio de dificultades y pruebas de distinto tipo, Pablo escribía a su fiel discípulo Timoteo: «Hemos puesto nuestra esperanza en el Dios vivo» (*1 Tm 4,10*). ¿Cómo había nacido en él esta esperanza? Para responder a esta pregunta hemos de partir de su encuentro con Jesús resucitado en el camino de Damasco. En aquel momento, Pablo era un joven como vosotros, de unos veinte o veinticinco años, observante de la ley de Moisés y decidido a combatir con todos los medios a quienes él consideraba enemigos de Dios (cf. *Hch 9,1*). Mientras iba a Damasco para arrestar a los seguidores de Cristo, una luz misteriosa lo deslumbró y sintió que alguien lo llamaba por su nombre: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?». Cayendo a tierra, preguntó: «¿Quién eres, Señor?». Y aquella voz respondió: «Yo soy Jesús,

a quien tú persigues» (cf. *Hch 9,3-5*). Después de aquel encuentro, la vida de Pablo cambió radicalmente: recibió el bautismo y se convirtió en apóstol del Evangelio. En el camino de Damasco fue transformado interiormente por el Amor divino que había encontrado en la persona de Jesucristo. Un día llegará a escribir: «Mientras vivo en esta carne, vivo de la fe en el Hijo de Dios, que me amó hasta entregarse por mí» (*Ga 2,20*). De perseguidor se transformó en testigo y misionero; fundó comunidades cristianas en Asia Menor y en Grecia, recorriendo miles de kilómetros y afrontando todo tipo de vicisitudes, hasta el martirio en Roma. Todo por amor a Cristo.

La gran esperanza está en Cristo

Para Pablo, la esperanza no es sólo un ideal o un sentimiento, sino una persona viva: Jesucristo, el Hijo de Dios. Impregnado en lo más profundo por esta certeza, podrá decir a Timoteo: «Hemos puesto nuestra esperanza en el Dios vivo» (*1 Tm 4,10*). El «Dios vivo» es Cristo resucitado y presente en el mundo. Él es la verdadera esperanza: Cristo que vive con nosotros y en nosotros y que nos llama a participar de su misma vida eterna. Si no estamos solos, si Él está con nosotros, es más, si Él es nuestro presente y nuestro futuro, ¿por qué temer? La esperanza del cristiano consiste por tanto en aspirar «al Reino de los cielos y a la vida eterna como felicidad nuestra, poniendo nuestra confianza en las promesas de

Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 1817).

El camino hacia la gran esperanza

Jesús, del mismo modo que un día encontró al joven Pablo, quiere encontrarse con cada uno de vosotros, queridos jóvenes. Sí, antes que un deseo nuestro, este encuentro es un deseo ardiente de Cristo. Pero alguno de vosotros me podría preguntar: ¿Cómo puedo encontrarlo yo, hoy? O más bien, ¿de qué forma Él viene hacia mí? La Iglesia nos enseña que el deseo de encontrar al Señor es ya fruto de su gracia. Cuando en la oración expresamos nuestra fe, incluso en la oscuridad lo encontramos, porque Él se nos ofrece. La oración perseverante abre el corazón para acogerlo, como explica san Agustín: «Nuestro Dios y Señor [...] pretende ejercitar con la oración nuestros deseos, y así prepara la capacidad para recibir lo que nos ha de dar» (*Carta* 130,8,17). La oración es don del Espíritu que nos hace hombres y mujeres de esperanza, y rezar mantiene el mundo abierto a Dios (cf. Enc. *Spe salvi*, 34).

Dad espacio en vuestra vida a la oración. Está bien rezar solos, pero es más hermoso y fructuoso rezar juntos, porque el Señor nos ha asegurado su presencia cuando dos o tres se reúnen en su nombre (cf. *Mt* 18,20). Hay muchas formas para familiarizarse con

Él; hay experiencias, grupos y movimientos, encuentros e itinerarios para aprender a rezar y de esta forma crecer en la experiencia de fe. Participad en la liturgia en vuestras parroquias y alimentaos abundantemente de la Palabra de Dios y de la participación activa en los sacramentos. Como sabéis, culmen y centro de la existencia y de la misión de todo creyente y de cada comunidad cristiana es la Eucaristía, sacramento de salvación en el que Cristo se hace presente y ofrece como alimento espiritual su mismo Cuerpo y Sangre para la vida eterna. ¡Misterio realmente inefable! Alrededor de la Eucaristía nace y crece la Iglesia, la gran familia de los cristianos, en la que se entra con el Bautismo y en la que nos renovamos constantemente por el sacramento de la Reconciliación. Los bautizados, además, reciben mediante la Confirmación la fuerza del Espíritu Santo para vivir como auténticos amigos y testigos de Cristo, mientras que los sacramentos del Orden y del Matrimonio los hacen aptos para realizar sus tareas apostólicas en la Iglesia y en el mundo. La Unción de los enfermos, por último, nos hace experimentar el consuelo divino en la enfermedad y en el sufrimiento.

Actuar según la esperanza cristiana

Si os alimentáis de Cristo, queridos jóvenes, y vivís inmersos en Él como el apóstol Pablo, no podréis por menos que hablar de Él, y haréis lo posible para que vuestros amigos y coetáneos

lo conozcan y lo amen. Convertidos en sus fieles discípulos, estaréis preparados para contribuir a formar comunidades cristianas impregnadas de amor como aquellas de las que habla el libro de los *Hechos de los Apóstoles*. La Iglesia cuenta con vosotros para esta misión exigente. Que no os hagan retroceder las dificultades y las pruebas que encontréis. Sed pacientes y perseverantes, venciendo la natural tendencia de los jóvenes a la prisa, a querer obtener todo y de inmediato.

Queridos amigos, como Pablo, sed testigos del Resucitado. Dadlo a conocer a quienes, jóvenes o adultos, están en busca de la «gran esperanza» que dé sentido a su existencia. Si Jesús se ha convertido en vuestra esperanza, comunicadlo con vuestro gozo y vuestro compromiso espiritual, apostólico y social. Alcanzados por Cristo, después de haber puesto en Él vuestra fe y de haberle dado vuestra confianza, difundid esta esperanza a vuestro alrededor. Tomad opciones que manifiesten vuestra fe; haced ver que habéis entendido las insidias de la idolatría del dinero, de los bienes materiales, de la carrera y el éxito, y no os dejéis atraer por estas falsas ilusiones. No cedáis a la lógica del interés egoísta; por el contrario, cultivad el amor al prójimo y haced el esfuerzo de poner os vosotros mismos, con vuestras capacidades humanas y profesionales al servicio del bien común y de la verdad, siempre dispuestos a dar respuesta «a todo el que os pida razón de vuestra esperanza» (1 P 3,15). El auténtico

cristiano nunca está triste, aun cuando tenga que afrontar pruebas de distinto tipo, porque la presencia de Jesús es el secreto de su gozo y de su paz.

María, Madre de la esperanza

San Pablo es para vosotros un modelo de este itinerario de vida apostólica. Él alimentó su vida de fe y esperanza constantes, siguiendo el ejemplo de Abraham, del cual escribió en la *Carta a los Romanos*: «Creyó, contra toda esperanza, que llegaría a ser padre de muchas naciones» (4,18). Sobre estas mismas huellas del pueblo de la esperanza –formado por los profetas y por los santos de todos los tiempos– nosotros continuamos avanzando hacia la realización del Reino, y en nuestro camino espiritual nos acompaña la Virgen María, Madre de la Esperanza. Ella, que encarnó la esperanza de Israel, que donó al mundo el Salvador y permaneció, firme en la esperanza, al pie de la cruz, es para nosotros modelo y apoyo. Sobre todo, María intercede por nosotros y nos guía en la oscuridad de nuestras dificultades hacia el alba radiante del encuentro con el Resucitado. Quisiera concluir este mensaje, queridos jóvenes amigos, haciendo mía una bella y conocida exhortación de San Bernardo inspirada en el título de María *Stella maris*, Estrella del mar: «Cualquiera que seas el que en la impetuosa corriente de este siglo te miras, fluctuando entre borrascas y tempestades más que andando por tierra, ¡no apartes los ojos del resplandor de esta estrella, si quieres no ser oprimido de las borrascas! Si

se levantan los vientos de las tentaciones, si tropiezas con los escollos de las tribulaciones, mira a la estrella, llama a María... En los peligros, en las angustias, en las dudas, piensa en María, invoca a María... Siguiéndola, no te desviarás; rogándole, no desesperarás; pensando en ella, no te perderás. Si ella te tiene de la mano no caerás; si te protege, nada tendrás que temer; no te fatigarás si es tu guía; llegarás felizmente al puerto si ella te es propicia» (*Homilias en alabanza de la Virgen Madre*, 2,17).

María, Estrella del mar, guía a los jóvenes de todo el mundo al encuentro con tu divino Hijo Jesús, y sé tú la celeste guardiana de su fidelidad al Evangelio y de su esperanza.

Al mismo tiempo que os aseguro mi recuerdo cotidiano en la oración por cada uno de vosotros, queridos jóvenes, os bendigo de corazón junto a vuestros seres queridos.

Vaticano, 22 de febrero de 2009.

SANTA SEDE

SECRETARÍA DE ESTADO

Homilía del Cardenal, Tarcisio Bertone, durante el funera de las víctimas del terremoto en los Abruzos

“Junto a la cruz de Jesús estaban su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Cleofás, y María Magdalena”. Estas palabras del evangelista san Juan, testigo dolorido de la crucifixión de Cristo, parecen reflejar el estado de ánimo que vivimos también nosotros esta mañana. Con inmensa piedad nos hemos congregado idealmente en torno a las numerosas víctimas no sólo de la ciudad y de la provincia, sino también de otras muchas partes, incluso de otras naciones, víctimas arrebatadas prematuramente a sus familiares por una muerte cruel.

Y nos hemos congregado en torno a las numerosas familias que se han quedado sin hogar, privadas de sus cosas más queridas. Nos encontramos aquí para un acto de homenaje y de exequias, pero, sobre todo, para una celebración de oración. El misterio de la muerte nos reúne, nos impulsa a arrojarnos ante Dios, nos hace adorar su voluntad, una voluntad que nos sumerge en su amor eterno, en la perspectiva de la inmortalidad. Estamos aquí para rogar al Autor de la vida, sostenidos por la certeza, como afirma la Palabra de Dios, de que las almas de los justos están en las manos de Dios bueno y misericordioso.

“Junto a la cruz de Jesús estaban...”. Junto a estos féretros, como junto a la cruz de Jesús, están afligidos y conmovidos los parientes, los amigos, los conocidos. Para testimoniar la presencia solidaria de todo el pueblo italiano hay muchas autoridades civiles y militares, comenzando por el señor presidente de la República, los presidentes de las Cámaras y las demás autoridades institucionales, con el jefe de Gobierno. Quiero destacar que están los responsables de esta región, provincia y ciudad, algunos de los cuales lloran a sus parientes y familiares en estos féretros; están los voluntarios de numerosas asociaciones que han venido de todas las partes de Italia, hombres y mujeres del Ejército, de la Protección civil, de la Cruz roja y del Cuerpo de bomberos. ¡Cómo no recordar a uno de ellos, Marco Cavagna, el bombero-papá de Treviolo, que vino de Bérgamo y aquí sufrió un infarto mientras trataba de salvar muchas vidas! Está el pastor de esta Iglesia y sus sacerdotes, que comparten con vosotros la experiencia de haber sido despojados de todo. Y hay también muchos pastores de las Iglesias cercanas.

En vuestra ciudad y en las aldeas que han atravesado momentos difíciles

a lo largo de su historia, se reúne hoy idealmente toda Italia, que también en esta difícil prueba ha demostrado cuán firmes son los valores de solidaridad y fraternidad que caracterizan a nuestra Italia. Junto a vosotros, queridos hermanos y hermanas, está el Santo, Padre Benedicto XVI, que desde los primeros momentos no ha dejado de orar por vosotros y que hoy ha querido estar particularmente cerca de vosotros, no sólo a través de mi presencia y la de su secretario particular, sino también con el mensaje que hemos escuchado.

Nos inclinamos ante el enigma indescifrable de la muerte que, sin embargo, es también una ocasión valiosa para comprender cuál es el valor y el sentido verdadero de la vida. La muerte nos permite palpar que en un instante todo -cosas, proyectos- puede acabar. Todo termina; sólo permanece el amor, como me decía una anciana profesora esta mañana en el hospital de campo. Sólo permanece el amor, y el amor lo supera todo. Sólo queda Dios, que es amor. En esta hora de dolor y desconcierto, la Palabra de Dios nos sostiene y conforta, asegurándonos que nada puede cancelar la fuerza del amor. Nada puede contra el amor.

En nuestro camino hacia la eternidad nos mantiene unidos el consuelo que nos viene de la fe, el dulce alivio que nos puede procurar el encuentro con el Hombre de la cruz, la cercanía amorosa con todos los crucificados de la historia que están esperando la inau-

guración de la Jerusalén celestial, donde todas las cosas recuperarán su belleza originaria, las lágrimas serán enjugadas y “no habrá ya muerte ni llanto, ni gritos ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado” (*Ap* 21, 4).

Al pensar en todo esto siento que renace la esperanza en el corazón, porque ya se percibe que, bajo los escombros, existe la voluntad de recomenzar, reconstruir, volver a proyectar y soñar. El profeta Isaías escribió: “Reconstruirán las ruinas seculares, levantarán los lugares de antiguo desolados, y restaurarán las ciudades en ruinas” (*Is* 61, 4), la ciudad de L’Aquila, como la ciudad de Avezzano y las demás aldeas. Y se volverá a dar vida a estos lugares con más fuerza, con más valentía; con la fuerza de espíritu y la dignidad que los caracterizan.

Hoy, Viernes santo, toda la Iglesia llora a su Rey crucificado. Después del grito de la cruz -”¿Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?” (*Mt* 15, 34)-, quedó sólo el silencio. Un silencio largo y doloroso, lleno de dudas y angustia. El silencio del hombre embargado por el dolor ante el silencio de Dios. Dios puede parecer ausente y el dolor puede presentarse como una fuerza bruta y sin sentido, las tinieblas de los ojos llenos de lágrimas pueden oscurecer también los rayos más tímidos del sol y de la primavera. Sin embargo, precisamente mientras suena como una provocación la pregunta: “¿En dónde está tu Dios?” (*Sal*

42, 4), emerge de lo más profundo la certeza de la intervención amorosa de Dios que se hace corazón, manos, ayuda. Ayuda constante, ayuda presente. Nuestro Dios es un Dios que tiene pasión por el hombre; un Dios que sufre con nosotros y por nosotros; un Dios que elige el silencio para abandonarse entre los brazos de quien, sufriendo, se esfuerza por mantener encendida la antorcha de la esperanza.

Queridos hermanos y hermanas, después del silencio de este Triduo que encierra tantos interrogantes, pasado mañana celebraremos la Pascua. Será vuestra Pascua, una Pascua inolvidable, pero una Pascua que renacerá una vez más de los escombros de un pueblo tantas veces probado a lo largo de su historia. Y será como nacer una segunda vez, al escuchar las palabras del ángel pascual: “No temáis, pues sé que buscáis a Jesús, el Crucificado; no está aquí, ha resucitado, como lo había dicho” (Mt 28, 5).

Por tanto, reanudemos el camino, hermanos y hermanas, juntamente con María, llevando juntos el dolor de la insoportable ausencia de los muertos, con una presencia más asidua, fraterna y amistosa en sus familias, que se han convertido de una forma aún más auténtica en nuestras familias, en la gran familia de los hijos de Dios. Gracias a la ayuda materna de la Virgen trataremos de sacar de la muerte una lección de vida auténticamente cristiana.

Y sostenidos por su intercesión, no temeremos las dificultades que nos toque afrontar. Que ella, la Estrella de la esperanza, nos ayude a mantener firme la confianza en Dios y en nosotros mismos, con la seguridad de que un día volveremos a ver también a nuestros queridos difuntos que nos han precedido en el camino al cielo. Repitamos por ellos la oración que tantas veces hemos rezado: “Dales, Señor, el descanso eterno y brille sobre ellos la luz perpetua. Descansen en paz. Amén”.

SAGRADA CONGREGACIÓN PARA EL CLERO

Carta con motivo de la Jornada Mundial de Oración por la Santificación de los sacerdotes

Reverendos y queridos hermanos en el sacerdocio:

En la fiesta del Sacratísimo Corazón de Jesús, con una mirada incesante de

amor, fijamos los ojos de nuestra mente y de nuestro corazón en Cristo, único Salvador de nuestra vida y del mundo. Remitirnos a Cristo significa remitirnos a aquel Rostro que todo hombre,

consciente o inconscientemente, busca como única respuesta adecuada a su insuprimible sed de felicidad.

Nosotros ya encontramos este Rostro y, en aquel día, en aquel instante, su amor *hirió* de tal manera nuestro corazón, que no pudimos menos de pedir estar incesantemente en su presencia. “Por la mañana escucharás mi voz, por la mañana te expongo mi causa y me quedo aguardando” (*Sal 5*).

La sagrada liturgia nos lleva a contemplar una vez más el misterio de la encarnación del Verbo, origen y realidad íntima de esta compañía que es la Iglesia: el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob se revela en Jesucristo. “Nadie habría podido ver su gloria si antes no hubiera sido curado por la humildad de la carne. Quedaste cegado por el polvo, y con el polvo has sido curado: la carne te había cegado, la carne te cura” (san Agustín, *Comentario al Evangelio de san Juan*, Homilía 2, 16).

Sólo contemplando de nuevo la perfecta y fascinante humanidad de Jesucristo, vivo y operante ahora, que se nos ha revelado y que sigue inclinándose sobre cada uno con el amor de total predilección que le es propio, se puede dejar que él ilumine y colme ese *abismo* de necesidad que es nuestra humanidad, con la certeza de la esperanza encontrada, y con la seguridad de la Misericordia que abarca nuestros límites, enseñándonos a perdonar lo que de nosotros mismos ni siquiera

lográbamos descubrir. “Una sima grita a otra sima con voz de cascadas” (*Sal 41*).

Con ocasión de la tradicional Jornada de oración por la santificación de los sacerdotes, que se celebra en la fiesta del Sacratísimo Corazón de Jesús, quiero recordar la *prioridad de la oración* con respecto a la acción, en cuanto que de ella depende la eficacia del obrar. De la relación personal de cada uno con el Señor Jesús depende en gran medida la misión de la Iglesia. Por tanto, la misión debe alimentarse con la oración: “Ha llegado el momento de reafirmar la importancia de la oración ante el activismo y el secularismo” (*Deus caritas est*, 37). No nos cansemos de acudir a su misericordia, de dejarle mirar y curar las llagas dolorosas de nuestro pecado para asombrarnos ante el milagro renovado de nuestra humanidad redimida.

Queridos hermanos en el sacerdocio, somos los expertos de la misericordia de Dios en nosotros y, sólo así, sus instrumentos al abrazar, de modo siempre nuevo, la humanidad herida. “Cristo no nos salva *de* nuestra humanidad, sino *a través de* ella; no nos salva *del* mundo, sino que ha venido *al* mundo para que el mundo se salve por medio de él (cf. *Jn 3, 17*)” (*Mensaje “urbi et orbi”*, 25 de diciembre de 2006: *L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 29 de diciembre de 2006, p. 20). Somos, por último, presbíteros por el sacramento del Orden, el

acto más elevado de la Misericordia de Dios y a la vez de su predilección.

En segundo lugar, en la insuprimible y profunda sed de él, la dimensión más auténtica de nuestro sacerdocio es la *mendicidad*: la petición sencilla y continua; se aprende en la oración silenciosa, que siempre ha caracterizado la vida de los santos; hay que pedirla con insistencia. Esta conciencia de la relación con él se ve sometida diariamente a la purificación de la prueba. Cada día caemos de nuevo en la cuenta de que este drama también nos afecta a nosotros, ministros que actuamos *in persona Christi capitis*. No podemos vivir un solo instante en su presencia sin el dulce anhelo de reconocerlo, conocerlo y adherirnos más a él. No cedamos a la tentación de mirar nuestro ser sacerdotes como una carga inevitable e indelegable, ya asumida, que se puede cumplir “mecánicamente”, tal vez con un programa pastoral articulado y coherente. El sacerdocio es la vocación, el camino, el modo a través del cual Cristo nos salva, con el que nos ha llamado, y nos sigue llamando ahora, a vivir con él.

La única medida adecuada, ante nuestra santa vocación, es la *radicalidad*. Esta entrega total, con plena conciencia de nuestra infidelidad, sólo puede llevarse a cabo como una decisión renovada y orante que luego Cristo realiza día tras día. Incluso el don del celibato sacerdotal se ha de acoger y vivir en esta dimensión de radicalidad y de plena configuración con Cristo.

Cualquier otra postura, con respecto a la realidad de la relación con él, corre el peligro de ser ideológica.

Incluso la cantidad de trabajo, a veces enorme, que las actuales condiciones del ministerio nos exigen llevar a cabo, lejos de desalentarnos, debe impulsarnos a cuidar con mayor atención aún nuestra identidad sacerdotal, la cual tiene una raíz ciertamente divina. En este sentido, con una lógica opuesta a la del mundo, precisamente las condiciones peculiares del ministerio nos deben impulsar a “elevar el tono” de nuestra vida espiritual, testimoniando con mayor convicción y eficacia nuestra pertenencia exclusiva al Señor.

Él, que nos ha amado primero, nos ha educado para la entrega total. “Salí al encuentro de quien me buscaba. Dije: “Heme aquí” a quien invocaba mi nombre”. El lugar de la totalidad por excelencia es la Eucaristía, pues “en la Eucaristía, Jesús no da “algo”, sino a sí mismo; ofrece su cuerpo y derrama su sangre. Entrega así toda su vida, manifestando la fuente originaria de este amor divino” (*Sacramentum caritatis*, 7).

Queridos hermanos, seamos fieles a la *celebración diaria de la santísima Eucaristía*, no sólo para cumplir un compromiso pastoral o una exigencia de la comunidad que nos ha sido encomendada, sino por la absoluta necesidad personal que sentimos, como la respiración, como la luz para nuestra

vida, como la única razón adecuada a una existencia presbiteral plena.

El Santo Padre, en la exhortación apostólica postsinodal *Sacramentum caritatis* (n. 66), nos vuelve a proponer con fuerza la afirmación de san Agustín: “Nadie come de esta carne sin antes adorarla (...), pecaríamos si no la adoráramos” (*Enarrationes in Psalmos* 98, 9). No podemos vivir, no podemos conocer la verdad sobre nosotros mismos, sin dejarnos contemplar y engendrar por Cristo en la *adoración eucarística diaria*, y el “*Stabat*” de María, “Mujer eucarística”, bajo la cruz de su Hijo, es el ejemplo más significativo que se nos ha dado de la contemplación y de la adoración del sacrificio divino.

Como la dimensión misionera es intrínseca a la naturaleza misma de la Iglesia, del mismo modo nuestra *misión* está ínsita en la identidad sacerdotal, por lo cual la urgencia misionera es una cuestión de conciencia de nosotros mismos. Nuestra identidad sacerdotal está edificada y se renueva día a día en la “conversación” con nuestro Señor. La relación con él, alimentada siempre en la oración continua, tiene como consecuencia inmediata la necesidad de hacer partícipes de ella a quienes nos rodean. En efecto, la santidad que pedimos a diario no se puede concebir según una estéril y abstracta acepción individualista, sino que, necesariamente, es la santidad de Cristo, la cual es contagiosa para todos: “Estar en comunión con Jesucristo nos hace

participar en su ser “para todos”, hace que este sea nuestro modo de ser” (*Spe salvi*, 28).

Este “ser para todos” de Cristo se realiza, para nosotros, en los *tria munera* de los que somos revestidos por la naturaleza misma del sacerdocio. Esos *tria munera*, que constituyen la totalidad de nuestro ministerio, no son el lugar de la alienación o, peor aún, de un mero reduccionismo funcionalista de nuestra persona, sino la expresión más auténtica de nuestro ser de Cristo; son el lugar de la relación con él. El pueblo que nos ha sido encomendado para que lo eduquemos, santifiquemos y gobernemos, no es una realidad que nos distrae de “nuestra vida”, sino que es el rostro de Cristo que contemplamos diariamente, como para el esposo es el rostro de su amada, como para Cristo es la Iglesia, su esposa. *El pueblo que nos ha sido encomendado es el camino imprescindible para nuestra santidad*, es decir, el camino en el que Cristo manifiesta la gloria del Padre a través de nosotros.

“Si a quien escandaliza a uno solo y al más pequeño conviene que se le cuelgue al cuello una piedra de molino y sea arrojado al mar (...), ¿qué deberán sufrir y recibir como castigo los que mandan a la perdición (...) a un pueblo entero?” (san Juan Crisóstomo, *De sacerdotio* VI, 1.498). Ante la conciencia de una tarea tan grave y una responsabilidad tan grande para nuestra vida y salvación, en la que la fidelidad a Cristo coincide con

la “obediencia” a las exigencias dictadas por la redención de aquellas almas, no queda espacio ni siquiera para dudar de la gracia recibida. Sólo podemos pedir que se nos conceda ceder lo más posible a su amor, para que él actúe a través de nosotros, pues o dejamos que Cristo salve el mundo, actuando en nosotros, o corremos el riesgo de traicionar la naturaleza misma de nuestra vocación. La medida de la entrega, queridos hermanos en el sacerdocio, sigue siendo la totalidad. “Cinco panes y dos peces” no son mucho; sí, pero son todo. La gracia de Dios convierte nuestra poquedad en la Comunión que sacia al pueblo. De esta “entrega total” participan de modo especial los sacerdotes ancianos o enfermos, los cuales, diariamente, desempeñan el ministerio divino uniéndose a la pasión de Cristo y ofreciendo su existencia presbiteral por el verdadero bien de la Iglesia y la salvación de las almas.

Por último, el fundamento imprescindible de toda la vida sacerdotal sigue siendo la *santa Madre de Dios*. La relación con ella no puede reducirse a una piadosa práctica de devoción, sino que debe alimentarse con un continuo abandono de toda nuestra vida, de todo nuestro ministerio, en los brazos de la siempre Virgen. También a nosotros María santísima nos lleva de nuevo, como hizo con san Juan bajo la cruz de su Hijo y Señor nuestro, a contemplar con ella el Amor infinito de Dios: “Ha bajado hasta aquí nuestra Vida, la verdadera Vida; ha cargado con nuestra muerte para matarla con

la sobreabundancia de su Vida” (san Agustín, *Confesiones* IV, 12).

Dios Padre escogió como condición para nuestra redención, para el cumplimiento de nuestra humanidad, para el acontecimiento de la encarnación del Hijo, la espera del “*fiat*” de una Virgen ante el anuncio del ángel. Cristo decidió confiar, por decirlo así, su vida a la libertad amorosa de su Madre: “Concibiendo a Cristo, engendrándolo, alimentándolo, presentándolo al Padre en el templo, sufriendo con su Hijo que moría en la cruz, colaboró de manera totalmente singular a la obra del Salvador por su obediencia, su fe, su esperanza y su amor ardiente, para restablecer la vida sobrenatural de los hombres. Por esta razón es nuestra madre en el orden de la gracia” (*Lumen gentium*, 61).

El Papa, san Pío X afirmó: “Toda vocación sacerdotal viene del corazón de Dios, pero pasa por el corazón de una madre”. Eso es verdad con respecto a la evidente maternidad biológica, pero también con respecto al “alumbamiento” de toda fidelidad a la vocación de Cristo. No podemos prescindir de una *maternidad espiritual* para nuestra vida sacerdotal: encomendémonos con confianza a la oración de toda la santa madre Iglesia, a la maternidad del pueblo, del que somos pastores, pero al que está encomendada también nuestra custodia y santidad; pidamos este apoyo fundamental.

Se plantea, queridos hermanos en el sacerdocio, la urgencia de “un movimiento de oración, que ponga en el centro la adoración eucarística continuada, durante las veinticuatro horas, de modo tal que, de cada rincón de la tierra, se eleve a Dios incesantemente una oración de adoración, agradecimiento, alabanza, petición y reparación, con el objetivo principal de suscitar un número suficiente de santas vocaciones al estado sacerdotal y, al mismo tiempo, acompañar espiritualmente -al nivel de Cuerpo místico- con una especie de maternidad espiritual, a quienes ya han sido llamados al sacerdocio ministerial y están ontológicamente conformados con el único sumo y eterno Sacerdote, para que le sirvan cada vez mejor a él y a los hermanos, como los que, a la vez, están “en” la Iglesia pero también, “ante” la Iglesia (cf. *Pastores dabo vobis*, 16), haciendo las veces de Cristo y, representándolo, como cabeza, pastor y esposo de la Iglesia” (*Carta de la Congregación para el clero*, 8 de diciembre de 2007).

Se delinea, últimamente, una nueva forma de maternidad espiritual, que en la historia de la Iglesia siempre ha acompañado silenciosamente el *elegido linaje* sacerdotal: se trata de la consagración de nuestro ministerio a un rostro determinado, a un alma consagrada, que esté llamada por Cristo y, por tanto, que elija ofrecerse a sí misma, sus sufrimientos necesarios y sus inevitables pruebas de la vida, para in-

terceder en favor de nuestra existencia sacerdotal, viviendo de este modo en la dulce presencia de Cristo.

Esta maternidad, en la que se encarna el rostro amoroso de María, es preciso pedirla en la oración, pues sólo Dios puede suscitarla y sostenerla. No faltan ejemplos admirables en este sentido. Basta pensar en las benéficas lágrimas de santa Mónica por su hijo Agustín, por el cual lloró “más de lo que lloran las madres por la muerte física de sus hijos” (san Agustín, *Confesiones* III, 11). Otro ejemplo fascinante es el de Eliza Vaughan, la cual dio a luz y encomendó al Señor trece hijos; seis de sus ocho hijos varones se hicieron sacerdotes; y cuatro de sus cinco hijas fueron religiosas. Dado que no es posible ser verdaderamente mendicantes ante Cristo, admirablemente oculto en el misterio eucarístico, sin saber pedir concretamente la ayuda efectiva y la oración de quien él nos pone al lado, no tengamos miedo de encomendarnos a las maternidades que, ciertamente, suscita para nosotros el Espíritu.

Santa Teresa del Niño Jesús, consciente de la necesidad extrema de oración por todos los sacerdotes, sobre todo por los *tibios*, escribe en una carta dirigida a su hermana Celina: “Vivamos por las almas, seamos apóstoles, salvemos sobre todo las almas de los sacerdotes (...). Oremos, suframos por ellos, y, en el último día, Jesús nos lo agradecerá” (*Carta* 94).

Encomendémonos a la intercesión de la Virgen santísima, Reina de los Apóstoles, Madre dulcísima. Contemplemos, con ella, a Cristo en la continua tensión a ser total y radicalmente suyos. Esta es nuestra identidad.

Recordemos las palabras del santo cura de Ars, patrono de los párrocos: “Si yo tuviera ya un pie en el cielo y me vinieran a decir que volviera a la tierra para trabajar por la conversión de los pecadores, volvería de buen grado. Y si para ello fuera necesario que permaneciera en la tierra hasta el fin del mundo, levantándome siempre a medianoche, y sufriera como sufro, lo haría de todo corazón” (Frère Athanase, *Procès de l’Ordinaire*, p. 883).

El Señor guíe y proteja a todos y cada uno, de modo especial a los enfermos y a los que sufren, en el constante ofrecimiento de nuestra vida por amor.

Vaticano a 3 de abril de 2009

Prot. N. 20090980

Eminencia/Excelencia:

En la audiencia concedida el pasado 16 de marzo a los Miembros de esta Congregación, reunidos en Asamblea Plenaria, el Santo Padre, Benedicto XVI, “para favorecer la tensión de los sacerdotes hacia la perfección espiri-

tual de la cual depende, sobre todo, la eficacia de su ministerio” ha tenido la amabilidad de convocar un especial “**Año Sacerdotal**”, que comenzará el **19 de junio próximo, solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, hasta la misma Solemnidad en el 2010**. En efecto, celebramos el 150° aniversario de la muerte del Santo Cura de Ars, Juan María Vianney, verdadero ejemplo de Pastor al servicio del rebaño de Cristo (cf. Alocución del Santo Padre).

El Año Sacerdotal representa una importante ocasión para mirar, todavía más con grato estupor la obra del Señor que, “en la noche que fue entregado” (1Co 11,23), quiso instituir el Sacerdocio ministerial, uniéndolo inseparablemente a la Eucaristía, cumbre y fuente de vida para toda la Iglesia. Será un **Año para redescubrir la belleza y la importancia del Sacerdocio y de cada Sacerdote**, sensibilizando a todo el pueblo santo de Dios: Los consagrados y las consagradas, las familias cristianas, los que sufren y, sobre todo, los jóvenes tan sensibles a los grandes ideales vividos con auténtico empuje y constante fidelidad.

El título felizmente elegido por el Santo Padre para tal Año camina en esta dirección: “**Fidelidad de Cristo, fidelidad del Sacerdote**”, y que quiere indicar la primacía absoluta de la gracia, “Nosotros amamos porque Él nos amó primero” (1 Jn 4,19) y, al mismo tiempo, la indispensable

y cordial adhesión de la libertad que sabe amar y que, recuerda al mismo tempo, que el amor es también “fidelidad”.

Como Su Eminencia/Excelencia podrá constatar, se trata de una importante ocasión para la profundización teológico-espiritual y la misión pastoral, que es fecunda ante todo para los mismos Sacerdotes, llamados a renovar la conciencia de la propia identidad y, consecuentemente, para fortalecer la tensión misionera, que brota de la intimidad divina del “estar” con el Señor. Fecundidad pastoral, que se dilata a cada ámbito y persona de la Iglesia, con una particular atención a la **indispensable y prioritaria promoción de las vocaciones al ministerio ordenado**.

El Año Sacerdotal se inaugurará en la próxima Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, en la Basílica Papal de San Pedro en el Vaticano, con la celebración de las Vísperas presidida por el Santo Padre. En tal efemérides, llegará a Roma desde Ars la reliquia del corazón de San Juan María Vianney, corazón que ha palpitado al unísono con el divino Corazón del Buen Pastor. Sería de gran importancia que se programara una análoga celebración en cada Catedral, Santuario o iglesia principal en cada circunscripción eclesiástica, con los Sacerdotes y los fieles que querrán unirse la oración.

../..

Eminentísimos y Excelentísimos Ordinarios en sus Sedes

Durante el Año y según momento, a través de los medios de comunicación y, sobre todo, mediante la Web de esta Congregación (www.clerus.org), se comunicarán los acontecimientos, como también se ofrecerán aquellas notas o escritos útiles para asambleas, retiros espirituales, momentos de oración, congresos y otras iniciativas, que con creatividad pastoral se deseará programar.

Se trata de un acontecimiento no espectacular, pero con la intención de que se viva como **renovación interior en el redescubrimiento alegre de la propia identidad, de la fraternidad en el propio presbiterio, de la relación sacramental con el propio Obispo**. Las iniciativas deberán nacer, sobre todo, en cada circunscripción eclesiástica y en los Institutos o Casas Religiosas.

En tal sentido **será oportuno reservar una justa visibilidad del Año Sacerdotal a través de los medios de comunicación**, sobre todo católicos, cuidando con esmero que siempre se dé una correcta y nunca una parcial interpretación.

Además de los presbiterios, de cada Sacerdote y de las Parroquias, será oportuno involucrar a los lugares de formación sacerdotal, a las Asociaciones y a los Movimientos, tan ricos

en presencias juveniles, a las Escuelas católicas, de cada orden y grado, a los Monasterios, a los Institutos de Vida Consagrada y a todas las realidades auténticamente eclesiales que, según la propia condición y el propio carisma, puedan ofrecer una válida contribución al Año Sacerdotal. El Año se concluirá con un Día Mundial para los Sacerdotes, que tendrá su cumbre en Roma en la Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús en el 2010, con el Santo Padre.

En el mencionado discurso, el Santo Padre ha recordado que: *“urge la recuperación de aquella conciencia que empuja a los sacerdotes a estar presentes, identificables y reconocibles ya sea por el*

juicio de fe, por las virtudes personales como también por el vestido, en los ámbitos de la cultura y de la caridad, desde siempre en el corazón de la misión de la Iglesia.” En tal sentido se desea que, **cuide su “presencia” en cada ámbito de la misión de la Iglesia**, también yendo al encuentro de aquéllos que, si bien bautizados, no han sido suficientemente evangelizados todavía.

En la certeza que Su Eminencia/Excelencia pondrá en acto, en cordial espíritu de hermandad colegial, cada oportuna iniciativa para favorecer la más motivada y fecunda celebración del Año Sacerdotal, aprovecho esta circunstancia para renovar sentimientos de distinguido respeto y confirmarme

de su Eminencia/Excelencia

afmo. en el Señor

Cláudio Card. Hummes
Prefecto

Mauro Piacenza
Arzobispo titular de Victoriana
Secretario



CRÓNICA DIOCESANA

CRÓNICA DIOCESANAABRIL

- Día 1: Conferencia del sacerdote diocesano D. Bruno Fuentes Blanco, párroco del Sagrado Corazón: “El matrimonio cristiano hoy. Intuiciones del P. Caffarel”, en el Ateneo de Ourense.
- Día 2: Viacrucis de la Juventud con Estaciones en Santa María Madre, Santa Eufemia y Catedral.
- Día 3: Reunión del Consejo Episcopal.
- Días 3-6: Celebración del XXI Certamen de Música Sacra, en la Iglesia de Santa Eufemia del Centro.
- Días 5-6: Convivencia de Semana Santa del Movimiento de Jóvenes de Acción Católica (MXAC) en Baños de Molgas.
- Día 4: Encuentro de Monaguillos en el Seminario Menor.
- Día 5: Domingo de Ramos en la Pasión del Señor. Procesión y Santa Misa en la S. I. Catedral.
- Día 6: Presentación del Informe Foessa en el Centro Cultural de la Diputación, en un acto organizado por Cáritas diocesana de Ourense, la Fundación Santa María Nai y la Fundación Foessa.
- Día 7: Entrevista en la COPE sobre la Semana Santa.
Representación de la Pasión de Cristo en la parroquia de Santa Teresa del Veintiuno a cargo del grupo de teatro ARUME de Pontevedra.
- Día 8: Retiro Espiritual de sacerdotes en la iglesia parroquial de Santa Eufemia la Real del Centro.
Celebración de la Misa Crismal en la S. I. Catedral.
- Día 10: Procesión del Santo Entierro en la Ciudad de Ourense
- Día 11: Procesión de la Virgen Dolorosa y de la Soledad desde la iglesia parroquial de la Santísima Trinidad, con Vía crucis y sermón en la S. I. Catedral, para regresar a la misma iglesia parroquial.
- Día 12: Misa del Domingo de Resurrección en la S. I. Catedral y Procesión de retorno de la imagen de Santa María Madre a su iglesia titular.
- Día 13: Exequias por el E. D. de Sor Josefa Velasco, Religiosa Franciscana de la Madre del Divino Pastor, en la parroquia de San Cipriano de O Carballiño.

- Día 18: Curso de Doctrina Social de la Iglesia, en el Salón *Mundo Novo*, con el tema “Familia y Educación”.
- Días 22-24: Peregrinación diocesana a Roma con motivo del Año Jubilar de San Pablo.
- Día 23: Asamblea de Catequistas de la Diócesis de Ourense en el Colegio Salesianos de la ciudad.
- Días 25 y 26: Festivales juvenil e infantil de la Canción Misionera, organizado por la Delegación Diocesana de Misiones, en el Auditorio de Ourense.
- Día 28: Consejo Episcopal.



Beati misericordes